

BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del

ESPACIO

LOS DIOS

cliff bradley

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

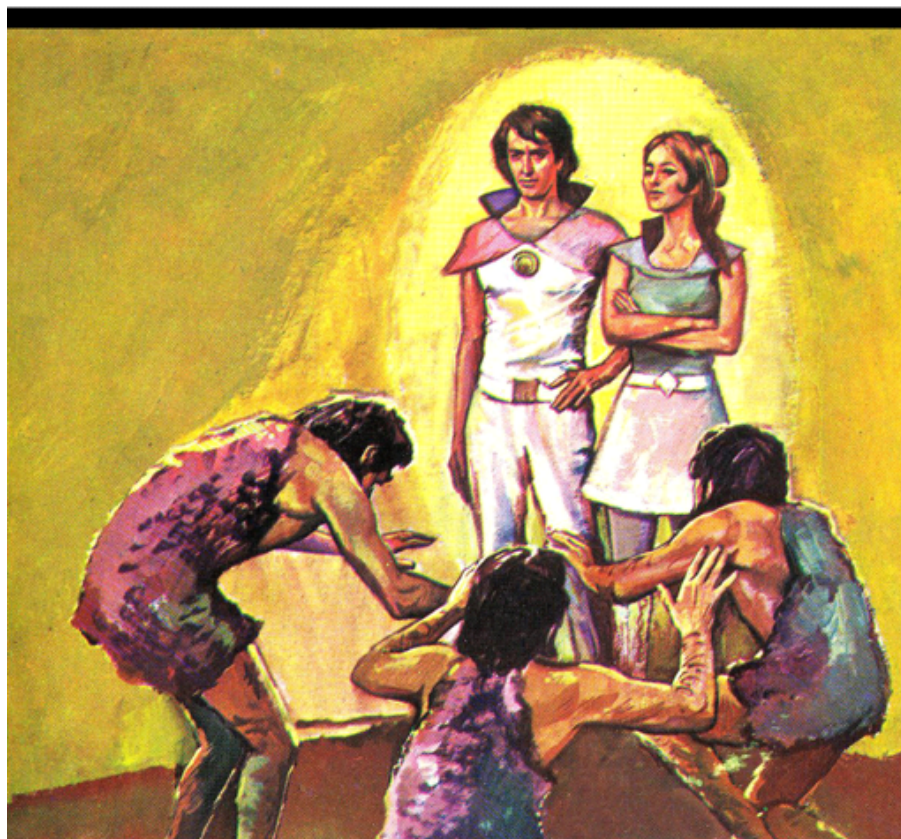
la conquista del

ESPACIO

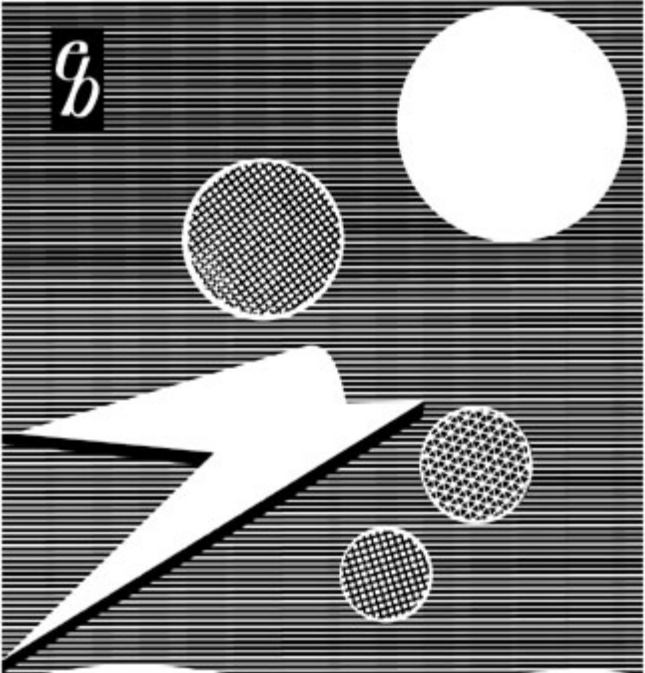
LOS DIOSES

cliff bradley

CIENCIA FICCION



cb



A stylized graphic illustration. The background is a dark rectangle filled with horizontal white lines. In the upper right corner is a large white circle. To its left is a smaller circle filled with a cross-hatch pattern. Below these are two more circles: one with a cross-hatch pattern and one with a star pattern. A large, white, stylized rocket or missile is shown in the lower left, angled upwards and to the right. The entire graphic is set against the horizontal-lined background.

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

CLIFF BRADLEY

LOS DIOSES

Colección

**LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º
88**

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

Depósito Legal: B 4.830 – 1972

Impreso en España – Printed in Spain

1.ª edición: abril, 1972

© **CLIFF BRADLEY** – 1972

texto

© **JORGE NUÑEZ** – 1972

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 – Barcelona – 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

1. — Los conquistadores de Ruder, *A Thorkent*.
2. — Y después... ¿qué?, *Curtis Garland*.
3. — Los dos cerebros de Sullivan, *Keith Luger*.
4. — Terror en órbita, *Curtis Garland*.
5. — El rastro de los inmortales, *Glenn Parrish*.

CAPÍTULO PRIMERO

—¡Los reos, adelante!

Empujados automáticamente por los *guardianes-robot*, dos hombres y una mujer avanzaron hasta las negras puertas, que se abrieron silenciosamente para dejarles paso hasta la Ultima Sala, cerrándose tras su entrada con la misma silenciosa suavidad. Luego tropezaron con el invisible muro de ondas y se detuvieron, para ser al instante abrazados, envueltos, por ellas.

La Ultima Sala... Era mucho lo que se hablaba sobre ella, pero, a decir verdad, nadie podía hacerlo con conocimiento de causa, por la sencilla razón que su mismo nombre enunciaba. De allí no volvía nadie. De ahí que los reos la recorrieran con la mirada, ávidamente.

No había mucho que ver. Negras paredes, negro techo, suelo negro y un estrado del mismo color enfrente, alto, donde sentábanse los tres jueces con sus ropajes enlutados y sus capuchones ocultándoles el rostro. No había asientos para los reos. Sólo, a la derecha, una especie de gran caja metálica con puerta de forma especial. Y eso era todo. Capaz para espeluznar a cualquiera.

—¡Erkon 32,365,904! ¡Escuche su culpa y su sentencia!

Hacía más de cinco siglos que nadie tenía nombre propio, ni apellidos. Como tantos y tantos restos de una edad bárbara e impura, habían sido eliminados por decreto para facilitar la tarea de las computadoras, al menos esa fue la razón oficial. A la llamada, adelantóse un hombre recio, no muy alto, de cabellos rubiorrojizos y ojos verdes, de acaso treinta años de edad. Realmente, estaba asustado, y no era para menos; pero se dominaba bien. Conforme avanzaba, cauteloso, la pared de ondas se flexibilizó, formando un corto pasillo. Naturalmente, eso sólo hacía patente porque pudo avanzar.

—¡Deténgase!

Hablaba el Juez Principal, pero la voz parecía surgir de todos los ámbitos del techo para caer como lluvia de plomo fundido sobre los reos inermes. El pelirrojo obedeció y de nuevo quedó ceñido por las ondas.

—¡Erkon 32,365,904! ¡Ha sido probado su delito y fijada su sentencia! ¡Usted es indigno de pertenecer a la comunidad humana y constituye para ella un notorio riesgo, un ejemplo maligno, pernicioso! ¡Toda la terapéutica se ha mostrado definitivamente incapaz de regenerarlo, por lo tanto debe desaparecer! ¿Tiene algo que objetar a su sentencia?

El pelirrojo tragó saliva con esfuerzo. De sobra sabía la absoluta inutilidad de cualquier objeción, su abogado se lo dijo. Era un caso perdido, algo insólito en la comunidad. Cometía errores.

—¡Le han sido computados docenas de errores en su trabajo, en su comportamiento público y privado, incluso en sus relaciones sagradas! ¡Usted comete errores! —la voz del Juez Principal cobró trémolos de horror—. ¡Errores incalificables e inconcebibles!

Un crimen tremendo, sin lugar a dudas. Erkon 32,365,904 — exactamente nacido en la ciudad de Erkon, el trigésimo segundo individuo venido al mundo el último día del año novecientos cuatro de la Era Radiante— lo admitió en su fuero interno. Era un caso clínico desahuciado, desesperación de los terapeutas especializados y de las computadoras. Por alguna demoníaca razón, por algo que ningún cerebro, humano o electrónico, pudo averiguar, él... cometía errores. En un mundo y una sociedad absolutamente automatizados, donde el error más nimio de cualquier pieza, humana o mecánica, podía provocar catástrofes..., él cometía errores, exactamente igual que los humanos de la Edad Oscura. Muchos, increíbles, errores. Se equivocaba, fallaba en todas las facetas de su comportamiento.

—¡Por eso ha sido condenado a desaparecer! ¡Retroceda junto a los otros reos!

Obediente, abatido, Erkon obedeció. De todos modos no cabía hacer otra cosa. La voz agorera retumbó de nuevo.

—¡Astrea, 48,116,915! ¡Adelántese a escuchar su culpa y su sentencia!

La mujer avanzó. No tendría muchos más de veinte años. De estatura mediana, era una verdadera belleza, con los cabellos blondos, los ojos color de mar serena y la tez limpia. Su cuerpo, maravillosamente moldeado, era la misma perfección física. A no dudarlo, pertenecía a una de las primeras categorías y, posiblemente, a la más alta. Al serle ordenado detúvose, mirando a los jueces, con una expresión dulce y triste, pero también altiva, y un poco desafiante.

—¡Astrea, 48,116,915! ¡Ha sido probado su delito y fijada su sentencia! ¡Usted ha vulnerado tres de las Leyes Sagradas Inmutables deliberadamente, lo ha hecho, sí, y su crimen es mucho mayor habida cuenta de que no podía alegar ignorancia, puesto que pertenece al Segundo Orden, más aún, es hija de un Dirigente! ¡Usted, con deliberado deseo, ha tenido relación genésica con un individuo al que previamente convenció para ello utilizando sus indudables dotes persuasivas y, además, engendró, concibió, parió y ocultó a ese ilegítimo hijo suyo, corrompiendo a terceros para que la ayudaran en la comisión de su crimen odioso!

La joven escuchaba rígida, altiva, triste, aquella catarata de acusaciones ardorosas, retumbantes. Sí, se sabía culpable. Las Leyes Inmutables eran sagradas, su violación acarreaba la última pena. Y hacía siglos ya que nadie podía decidir por sí mismo cómo, cuándo y con quién tener un hijo. Eso competía al Secretariado de Estadística, Subsecretariado de Población, Departamento Genético, del Ministerio de Asuntos Humanos. Las leyes eran férreas, pero también perfectas. Para mantener y aquilatar los Ordenes Sociales, cada individuo tenía claramente indicadas en su ficha personal, todas sus características somáticas, mentales, biológicas. Cuando a una mujer llegábase el turno de concebir, el Departamento se lo avisaba con una semana de antelación, debía presentarse en la Subsección correspondiente, pasar todos los controles tecnoburocráticos —cincuenta y cuatro allí— y, finalmente, le era inyectada simiente que procedía del individuo macho previamente seleccionado para ella, por las computadoras. A partir de entonces, y hasta el momento del parto, la mujer quedaba sometida a una larga serie de controles destinados a mantenerla en óptimas condiciones, así como al embrión. Nada, ni el más ínfimo dato, podía perderse, dejar de ser registrado por las computadoras, archivado en lugar adecuado, por triplicado, naturalmente, pues aquello del «por triplicado» era una de las pocas cosas salvadas de las costumbres de la Edad Oscura, los tecnoburócratas triunfantes —había quien pensaba que indestructibles por los amorfos, pero se guardaba mucho de decirlo—, consiguieron incrustarla, como otras de sus añejas costumbres, en la complejísima civilización de la Era Radiante; finalmente, al nacer, el niño era separado de su madre, pasado por otros treinta y tantos controles tecnoburocráticos y bastantes menos de los científicos, se entregaba al cuidado de especialistas y recibía el adecuado tratamiento para el cerebro a fin de cortar, de raíz, toda posibilidad de futuras maldades, herejías y riesgos de tal índole. Sin embargo, a pesar de los casi ochocientos años que llevaba en uso el sistema, algo seguía fallando de vez en cuando, ella era un ejemplo.

—¡Usted es culpable de crímenes nefandos y tremendos, que le

han sido probados suficientemente! ¡Culpable de resucitar, odiosamente, para satisfacer un vicio innombrable...!

Tenía una vieja y hermosa palabra. Amor. Pero tal palabra había desaparecido del lenguaje, incluso de los diccionarios electromentales, hacía siglos, por decreto de los Jefes Supremos. Desapareció como tantas otras, como había desaparecido la humana facultad de equivocarse, con la cual iban a eliminar a aquel pobre hombre pelirrojo.

—¡Por todo ello, la decisión sólo puede ser una e invariable!
¡Ha sido condenada a desaparecer, para bien de la Comunidad!
¡Retírese a su puesto!

La mujer retrocedió, obediente. Ya no esperaba nada, salvo la liberación total. Ni siquiera estaba segura de lo que hicieron con su hijo, aquel fruto de unas maravillosas horas de verdadero amor, de su fusión total, gloriosa, perfecta, con un hombre por ella elegido, amado, deseado... tal y como sucedía en los antiguos tiempos. En cuanto a él, a su amado, ya era una sombra amarga en su recuerdo. Sin duda lo habrían eliminado, como a los buenos, queridos, amigos que lo arriesgaron todo para ayudarles.

—¡Talgor, 21,309,807! ¡Adelántese a escuchar su culpa y su sentencia!

El tercer acusado había permanecido oyendo las otras, con una sonrisa desdeñosa y serena. Ahora avanzó y encalideció aquella sonrisa fugazmente al mirar a la mujer, que se sobresaltó. Al contrario que los otros dos, él avanzó con pisada firme, la cara alta, y se detuvo cruzándose de brazos, ligeramente abierto de piernas, con la más descarada de las actitudes desafiantes y despreciativas que cupiera dirigir al tribunal. Quizá por ello, los tres jueces cambiaron miradas y un bisbiseante cuchicheo, apagando previamente el conector de sonidos.

Era un hombre muy alto, pero tan bien proporcionado que no lo parecía. Casi llegaba a los dos metros. Tenía cabellos castaños, ondeados, en cuidada melena corta, una bien cortada barba del mismo color, facciones virilmente hermosas y dos ojos llameantes, cuya mirada no se podía sostener por mucho rato. En aquel hombre, que por otro lado no debía exceder mucho de los treinta años, todo respiraba inteligencia, energía, capacidad de mando y decisión, seguridad en sí mismo y, también, un «algo» especial, carismático, indefinible. Más que un reo semejava un rey desafiando a unos cuantos vasallos rebeldes. Pero tal símil ya no se conocía, desde más

de novecientos años atrás no existían reyes en la Tierra.

Por fin volvió a sonar la voz del juez. Más dura y más tonante.

—¡Talgor...!

—¡Un momento, jueces! —la voz del reo tronó con tal vigor que apagó la del juez, por los micrófonos. Era una voz sonora y muy agradable, digna de tal hombre—. ¡Oídmeme a mí, al que pretendéis destruir porque me odiáis y tenéis miedo! ¡A mí, que soy más fuerte que todos vosotros, aunque ahora esté en vuestro poder! ¡Yo conozco todas vuestras leyes y exijo que me oigáis!

Evidentemente, aquello era insólito. Tanto los jueces como los otros reos lo demostraron con sus expresiones o actitudes. Finalmente, el Juez Principal respondió, un tanto nervioso:

—¡Usted ya tuvo ocasión de defenderse, ha perdido todos los derechos, Talgor 21...!

—¡Mientes, juez! ¡Repasa esas leyes que llamáis sagradas e inmutables! ¡O si lo prefieres, yo te refrescaré la memoria! ¡La Ley Trescientas Treinta y Tres, especialmente reservado el número, dice bien claramente que ningún miembro del Orden Primero, cualquiera que sean sus crímenes, pierde sus derechos, ni el más mínimo, hasta el momento de ser ejecutado!

—¡Nosotros no ejecutamos!

—¡Ya sé cómo llamáis a los asesinatos legales, jueces! ¡Pero ninguno de vosotros, hombres del Orden Cuarto, me sois superiores ni podéis ordenarme!

—¡La Ley es superior a cualquier ciudadano, por alto que esté!

—¡Magnífico enunciado! ¡Pues cumplid con la Ley, dejadme hablar ahora! Luego podréis ejecutarne tranquilamente, pero no sin oír, vosotros y todos los que ya me están escuchando, mis padres y hermanos incluidos, lo que tiene que decirnos un hombre diferente a vosotros, un hombre henchido de libertad.

—¡Blasfemo! ¡La libertad existe sólo dentro del orden y la ley!

—¡Eso decís vosotros, eso afirman los que a la vez medran con ese orden legal y son esclavos suyos! ¡Pero yo lo niego, rotundamente, como hasta ahora lo he venido negando! ¡La libertad está dentro del Hombre y, mientras quede uno sólo que así piense y sienta, todo vuestro complejo de máquinas pensantes y hombres que no piensan

estará en peligro!

—¡Silencio, no se le escuchará más!

El arrogante reo respiró con fuerza. Sabía lo que iba a sucederle. De inmediato, algo como una tira de tela húmeda llegó, invisible, a pegársele a la boca y otras sujetaron sus brazos. Ondas electrónicas, una banda de neutrones ironizados impidieron hablar. Los que hasta hacía poco fueran «los suyos», le temían demasiado, aún no sentíanse seguros, no lo estarían hasta haberlo destruido, física y mentalmente.

Al cabo de un poco de tiempo, el Juez Principal volvió a hablar, de nuevo, con su voz normal, aunque un tanto más ronca.

—Talgor 21,309,907. Su crimen es el mayor de todos cuantos pueden cometerse contra la Sociedad, la Comunidad, las Leyes Sagradas e Inmutables por las que nos regimos y a las cuales debemos nuestra felicidad. Usted tiene además en su contra todas las agravantes. Pertenece al Orden Primero, tiene un coeficiente mental de A-7, estaba destinado a convertirse en uno de Los Grandes Jefes...

Seguro. Y se había convertido en el Gran Enemigo.

—Usted es declarado reo del tremendo sacrilegio, del incalificable crimen de pensar por sí mismo, rompiendo deliberadamente todas las directrices de la Ley.

La Ley que prohibía a los hombres pensar, incluso a los pertenecientes a los Órdenes Superiores, siguiendo los impulsos de su cerebro humano. La Ley que decidía qué tipo de ideas, pensamientos, debía tener un ser humano según cuales fueran sus destinos y su orden que había proscrito para siempre cosas tales como el social, su sexo y sus condiciones biosomáticas. La Ley que había proscrito para siempre cosas tales como el amor, la poesía, la filosofía, la pintura y la escultura realistas y tantas otras conquistas del hombre en la ahora denominada Edad Oscura. La Ley que había convertido al mundo en una inmensa cárcel repleta de seres falsamente felices, biológica, fisiológicamente satisfechos, un inmenso campo de concentración repleto de esclavos que no imaginaban serlo porque se les había prohibido tener ideas propias, aniquilándoles científicamente la capacidad, tan humana, de la rebeldía y la consciencia del «ego».

—Usted ha sido declarado por el Gran Consejo Supremo, culpable de planear la destrucción del Orden Perfecto, de la Gran Obra, con la insensata pretensión de devolvernos a la Edad Oscura.

En el tiempo en que los hombres sufrían y luchaban, se inquietaban, cometían innumerables errores, como aquel pobre y simpático pelirrojo, amaban con todo su cuerpo y todos sus impulsos, como aquella espléndida muchacha de sonrisa triste; al tiempo rudo, brutal, salvaje, en que se destrozaban unos a otros por los motivos más estúpidos e inconcebibles, sí, pero también eran capaces de realizar magníficas hazañas, de ser ellos mismos, de dejar sus nombres... —sus nombres, no un número—, en las páginas de la Historia. Aquella Historia proscrita ahora, negada a todos (excepto, y eso esterilizada, reducida a un aséptico compendio) a los encargados de conocerla y estudiarla, si a aquello podía llamársele estudiar.

—Usted se ha estado valiendo durante mucho tiempo de todas las prerrogativas de su posición para...

Para educar su mente, vivificar su espíritu, sí. Como un ladrón, como un pirata acaparador de botín, había ido de museo, en museo, de biblioteca en biblioteca, de rincón en rincón del mundo, persiguiendo las olvidadas reliquias del pasado. Una fuerza superior, una energía llegada del Cosmos... acaso lo que los hombres antiguos denominaban Dios, le impulsaba a tan descabellada búsqueda, en vez de indicarle a gozar de los innumerables placeres reservados para un joven y brillante A-7 del Orden Primero. Al principio, su conducta fue mirada no sólo con benevolencia, sino también con cierta simpatía. Estaba destinado a gobernar un día, cualquiera de las Nueve Provincias en que el mundo se encontraba dividido, poseía un cerebro del tipo más elevado, era lógico que intentara saciar su ansia juvenil de conocer. Ni siquiera le colocaron guardianes.

Y supo. Y conoció. En los vetustos centros donde se guardaban los restos de la Antigüedad, en aquellos lugares sombríos, solitarios, cerrados a cal y canto —con barreras electrónicas especiales y la mucho más eficaz prohibición legal— a la masa ingente de los hombres automatizados y felices a su modo, él halló la respuesta, halló la magnífica panacea de la Infelicidad. Leyó la Biblia, a Homero, a los grandes filósofos de la Edad Oscura, a los grandes sabios, en directo, sobre libracos polvorientos, descifrando a veces con su computadora «de bolsillo» palabras, frases, idiomas, olvidados por completo. Supo así que en aquella Edad llamada Oscura por sus contemporáneos, existieron hombres infinitamente superiores por lo que fueron capaces de pensar, decir, crear, en las circunstancias de su tiempo, que los más grandes de todos los sabios mediatizados cerebralmente del presente. Conoció y sintió la belleza en aquellos rimeros de pinturas cubiertas de polvo, como aquella *Gioconda* y aquellas *Meninas*... en aquellas marmóreas esculturas de dioses y

diosas de la antigüedad. Se emborrachó, literalmente, de verdadera sabiduría, de dolor y de angustia, al comprender hasta qué punto la Humanidad había decaído, vendiendo su primogenitura por una demoníaca felicidad sin horizontes.

Y ahora era el Gran Enemigo, el Lucifer de la Sociedad Feliz y Perfecta, el hereje infinitamente peligroso, porque podía conseguir, de hecho ya los había conseguido, adeptos, ayudantes, «locos» capaces de todo, que lo siguieran a destruir lo tan sabia y sólidamente establecido. Su voz era como un terremoto, su cerebro un volcán en erupción que bien podía arrasarlo todo. Había, pues, que eliminarlo. Pero sin alharacas, sin dar a las gentes motivos para pensar que el asunto era de suma gravedad. Simplemente, uno de tantos juicios de rutina.

Lo habían conseguido. Un hombre solo, un profeta, poco o nada puede contra la enorme maquinaria del poder instituido. Un proceso con sordina, rápidamente llevado, y ahora le conducían a la liquidación, entre una mujer que había descubierto el Amor y un pobre hombre que cometía errores sin cuento. Perfecto.

—Por todo ello, es condenado a la aniquilación, en beneficio de la Sociedad. Retírese con los otros reos.

No se molestó siquiera en contestarles. ¿Para qué? Todo estaba perdido y los únicos que podían oírle ya escucharon, tuvieron que escucharle, lo que les tenía que decir. Ahora, la cámara de desintegración molecular y el Infinito. ¿Existiría, realmente, como afirmaban los antiguos filósofos y las ya muertas religiones, otra vida? Seguramente sí, en otro mundo rodando por los espacios infinitos que el hombre no había conseguido aún estudiar bien, por más que ya supiera que existían infinitos mundos habitados. Sólo que aún no había sido posible ir más allá del Grupo Familiar.

—En la Edad Oscura, esa que usted tanto aprecia y que deseaba resucitar diabólicamente, a los criminales se les hacía objeto de atroces torturas, para después darles muerte por medios sumamente bárbaros, que espeluznan. Sin embargo, hace muchos siglos que nuestra sociedad suprimió las torturas, como abolió la guerra y otras muchas lacras inhumanas. Usted sabe de qué modo van a ser los tres, eliminados de la superficie del planeta. Ahora entrarán en la cámara de desintegración. Una vez dentro, sus organismos moleculares serán instantáneamente desintegrados, desaparecerán de manera total y efectiva. Los científicos que construyeron ese aparato creen que las moléculas así desunidas pueden volver a unirse, a cohesionarse, en algún punto del

ultraespacio. Hasta ahora, a decir verdad, no han conseguido pruebas fehacientes de ello. Tal vez usted, con su mente superior y sus ideas personalísimas, encuentre la respuesta a esa incógnita. De ser así, incluso tendrá que estarnos agradecido, dado que le proporcionamos el medio de llevar a otro mundo sus teorías y sus intentos.

La ironía del Juez Principal era tan burda como maligna. Pero el hombre arrogante no le contestó. Era darle demasiada importancia.

—Ahora deberán pasar a la cámara de desintegración.

Allí no había verdugos. Ni guardianes esbirros. Bastaba con las ondas electromagnéticas. Los tres condenados, a otra orden del Juez Principal, avanzaron despacio, con diferentes expresiones, hacia la negra cámara. El pelirrojo gruñó, nervioso.

—Espero que no sea muy brutal.

—Según parece, amigo, ni se siente —le animó con una sonrisa el hombre del Orden Superior. Y pasó delante, con su firme paso, desdeñoso, sereno. La joven le siguió, cerrando marcha el pelirrojo.

Cuando llegaban a la cámara, la puerta de la misma comenzó a abrirse en silencio. Era una compuerta de materiales especiales, accionada electrónicamente desde fuera de la Última Sala. Allí dentro sólo había, al parecer, tres sillones de una especie de materia compacta y traslúcida. Malaquita de los Urales mezclada con aleaciones metálicas especiales, recientemente inventadas por los científicos del Segundo Orden que se dedicaban a la Astrofísica y similares. Eran unos raros sillones, formados por placas de malaquita; las aleaciones, por bandas de vinilo y otros materiales difíciles de identificar. Sobre cada sillón había una especie de casquete lleno de protuberancias, de las cuales salían filamentos iridiscentes. Delante, otra de aquellas placas serviría para poner los pies.

—Siéntense en los sillones.

Sólo había tres, por eso se juzgaba por tandas triples. El hombre del Orden Primero sentóse en el sillón central. Inmediatamente lo hicieron la mujer a su derecha, y el pelirrojo a su izquierda.

Un instante después, todos aquellos artilugios cobraron vida, enroscándose, encajándose alrededor de los cuerpos de los condenados. El pelirrojo comenzó a sudar copiosamente. Era lógico, se trataba de un Orden Dieciocho con coeficiente mental S-2. En cuanto a la mujer, hacía tremendos esfuerzos para permanecer serena y, al

sonreírle el hombre orgulloso, le contestó con una sonrisa desvaída. Él le dijo, entonces, suavemente:

—Me gustaría cogerle la mano.

Ella entendió. Y pareció relajarse, aliviarse.

La puerta de la cámara se cerró lentamente, separándoles del mundo al que hasta entonces pertenecieron. Los cascos descendieron automáticamente y se encajaron en sus cráneos, sintieron de inmediato cómo unas protuberancias interiores de los mismos les barrenaban las paredes del cráneo.

Una especie de ameba fría, viscosa, envolvió lentamente sus cuerpos, transmitiéndoles una suave trepidación casi voluptuosa. De repente, hubo como un enorme chispazo blanco, incandescente, que llenó todo el interior de la cámara.

Luego, la llamarada se extinguió. Y allí, en los sillones, ya no había nada. Los tres condenados acababan de ser desintegrados, enviados al espacio infinito. Al Misterio Total.

CAPÍTULO II

En cierto sentido, aquélla era una peregrinación. O una procesión. Y cuando sus componentes vieron aquella especie de rayo blanco, o fulgor deslumbrante, que parecía descender directamente del rojo sol para ir a chocar contra la pequeña cima del centro de la isla, por sí misma también pequeña, fue natural que se aterrorizaran. También que concedieran al hecho una explicación sobrenatural.

Allí, en la cima de la pequeña colina, el hombre despertó como de una pesadilla. Al pronto, no acertó a coordinar sus ideas, todo le parecía como envuelto en una bruma dolorosa aunque no en exceso. Luego recordó y, a la vez, sintió que «algo» extraordinario le había acontecido. Entonces abrió los ojos, lentamente, mientras su cerebro iba recuperando, en medio de un curioso embotamiento, la capacidad de asimilar y discernir.

Se descubrió tendido en un pequeño espacio de terreno despejado, cubierto de altas y espesas hierbas esmaltadas de flores muy hermosas y totalmente desconocidas. También había densos y hermosos matorrales, dos o tres grandes árboles de copas removidas por la brisa, un céfiro fragante, tonificante, que le erizó la piel, llevándole a recordar cuanto le había sucedido. Sobre él había un cielo intensamente azul y unas nubes blanquísimas, de lento caminar. Pasaron veloces dos pájaros exóticos, con un largo grito como de bienvenida. Una especie de insecto grande, alado, verdinegro, brujuleaba por allí, zumbando de modo monocorde. Y eso era todo.

Se incorporó despacio, advirtiendo lentamente un hecho asombroso. Era él, sin lugar a dudas, y estaba entero. Físicamente completo y normal. Luego tenían razón los científicos que construyeron la cámara de desintegración, sus moléculas, pulverizadas por el potentísimo rayo ultrasónico de microneutrones, no se habían dispersado durante el proceso de expansión por el espacio exterior, sino que siguieron en cierto modo unidas, manteniendo su cohesión ordenatoria dentro del campo de luz gravitatoria y al chocar contra un obstáculo sólido, por algún misterioso proceso de transmutación, volvieron a reintegrarse a su unidad original. Ni tan siquiera su cerebro había padecido, al parecer, únicamente aquella modorra como de embriaguez de vinos muy añejos...

El hombre se puso en pie, estirando y flexionando

cuidadosamente sus miembros, como para asegurarse de que conservaban todas sus capacidades, a la vez que sus ojos atónitos, sagaces, inteligentes, giraban despacio contemplando el panorama circundante.

—Caí en una pequeña isla deshabitada y selvática, en un mundo perdido en algún rincón del Universo, pero dónde las condiciones atmosféricas y biológicas parecen ser muy semejantes a las de la Tierra —monologó despacio, para sí mismo, como aquel que está siendo protagonista de algo realmente trascendental. En efecto, se encontraba en una isla cuyo tamaño no debía exceder de una cincuentena de kilómetros cuadrados, muy recortada, completamente cubierta por la vegetación, ceñida por un mar de esplendoroso y puro azul. A lo lejos, no obstante, distinguíanse bien las siluetas de otras islas, mayores casi todas, al parecer. Lo que no se veía eran embarcaciones de ninguna clase, ni en la mar ni en el aire. De hacerlo, los peregrinantes habrían llegado hasta la isla en embarcaciones, pero la abordaron en una cala profunda que no podía distinguirse bien desde el lugar donde estaba el hombre transportado a través del Espacio Infinito.

Una especie de gruñido, a su izquierda, lo alertó. Cauteloso, avanzó en aquella dirección apenas unos cuantos pasos, hacia el lado opuesto del cerco de densos matorrales de verdes hojas y hermosas flores nuevas.

Y al ver lo que gruñía suspiró con una mezcla de alivio, alegría y comprensión.

—Vaya, el experimento se completa. Aquí tenemos al buen amigo que comete errores.

En efecto, era el pelirrojo quien gruñía, sentado, agarrándose la cabeza con ambas manos y con absoluta expresión de aturdimiento, bastante cómica por cierto. El otro le habló con su acento ligeramente imperioso, aunque cordial.

—Y bien, amigo pelirrojo. ¿Cómo está su cabeza?

El pelirrojo se sobresaltó y miró en su dirección, con una divertida expresión de desconcierto.

—¡Por los Grandes Jefes! ¿De veras no hemos muerto? ¿Dónde estamos? La cabeza me duele como después de una noche de fiesta y nada entiendo...

—Domínese y prepárese. Si no me he vuelto loco, hemos

viajado a través del Espacio hasta donde sólo el Supremo Hacedor lo sabe, pero para chocar con un astro que tiene características biológicas y atmosféricas semejantes a las terrestres; o mejor dicho, a las que debían imperar en la Tierra cuando todos los hombres cometían errores igual que usted.

El pelirrojo dilató la mirada, boquiabierto.

—¿Quiere decir que estamos vivos, enteros y en otro mundo?

—Sí, por todas las trazas. Dentro de una pequeña isla muy hermosa. Y eso me recuerda que éramos tres. Espero que nuestra bella compañera de condena haya podido seguirnos en perfecto estado. ¿Puede levantarse y caminar?

—Pues... Yo creo que sí, dolerme el cuerpo no me duele apenas, sólo un cosquilleo molesto.

Mientras hablaba, el pelirrojo se incorporó. Por contraste con el cuerpo perfecto, musculado y esbelto del otro, tenía la piel llena de pecas y el cuerpo desproporcionado, con un inicio de estómago, el torso y los brazos muy desarrollados, los muslos casi delgados. De hecho, en todo se acusaba la diferencia entre ambos. Se palpó cuidadosamente, mientras sacudía la cabeza.

—Pues no tengo nada roto. La verdad, no lo entiendo. ¿Así que ya no estamos en la Tierra? ¿No es una gran broma?

—A mí me parece que no, aunque sí es una gran experiencia humana, de eso no caben dudas.

—Sólo recuerdo aquel insoportable cosquilleo, aquella luz violenta y cegadora, un como golpe súbito y luego... no lo sé explicar.

—Como si todo su ser se hubiera convertido de repente en un manojo de estrellas fugaces recién disparadas en un cohete de fiestas y unidas al tiempo por hilos invisibles. Un dolor atroz y terriblemente voluptuoso llegando de todos los puntos del negro vacío y retornando a él de inmediato.

—¡Eso, exactamente! Claro, sólo soy un S-2, un operario sin pizca de conocimientos superiores, jamás sabría expresarme...

—Olvide eso, amigo. Ya no estamos en la Tierra, ni nadie tiene poder o autoridad sobre nosotros. Ahora somos tan libres, tan dueños de nuestros actos, como ni siquiera yo soy capaz de imaginar.

El pelirrojo aún parecía más aturdido.

—¿Libres? ¿Dueños de nuestros actos? Escuché sus palabras, señor, al Tribunal. Eran hermosas y magníficas, hacían resonar extraños ecos dentro de mí y me embriagaban como el vino nuevo. Pero no podía entenderlas. ¿Qué significan en realidad? ¿Para qué sirven?

—Significan, amigo, que en adelante podrás cometer todos los fallos y errores que te plazcan, sin que nadie te lo reproche ni te anatematice como un peligro social. Y que tendrás que proveer tu subsistencia por ti mismo, ingeniándotelas cada día, y a cada nueva situación, para salir adelante y bien parado.

—Pero..., pero eso no puede ser. Yo no estoy programado, mi cerebro...

—Te lo repito, olvida todo tu pasado, como si acabaras de nacer. Tendrás forzosamente que hacerlo, si deseas sobrevivir. Y ahora, busquemos a nuestra compañera de condena, ojalá no se haya perdido por el Espacio Infinito, ni caído en ese hermoso mar, tan azul.

No tuvieron mucho que esforzarse. Unos cincuenta metros hacia el lado opuesto del punto donde cayera él, la encontraron, aún desvanecida, pero ya recuperándose. Había caído en el borde justo de un hontanar fresco y recoleto, encima de una gran mata de flores blancas. Los dos hombres se detuvieron a admirarla con distintas expresiones, por cierto.

—¡Vaya, parece que está bien! Sí que es hermosa, mucho más que las mujeres que yo he conocido. Claro, pertenece a un Orden Superior.

—Es belleza pura y absoluta. Un don del Supremo Hacedor.

—¿Quién es ese Supremo Hacedor al que ya mencionó dos veces? ¿Alguien que sólo conocen ustedes, los del Orden Primero?

—No, amigo. Alguien a quien habíamos olvidado, suplantándolo por un poder inventado por nosotros mismos y que nos esclavizó valiéndose de nuestra misma insensatez. Pero eso ya no nos debe importar. Reanimémosla.

La mujer reaccionó más o menos como ellos, de un modo intermedio. Sus grandes y luminosas pupilas de-mostraban su desconcertado aturdimiento.

—Así que nuestras moléculas han viajado dispersas por el espacio hasta aquí y se han reunido, volviéndonos a nuestro anterior

estado físico sin deterioro para cuerpo ni mente. Es prodigioso.

—El Universo está repleto de prodigios. Y bueno, usted ya lo intuyó allá, en la Tierra, ¿no es así?

Ella asintió, sosteniéndole la mirada. Los hombres y mujeres de los Órdenes Superiores no sentían vergüenza ni reparo alguno en hablar amistosamente con desconocidos como no la tenían de otras cosas. Estaban por encima de tales nimiedades.

—Sí... También había oído hablar de usted... ¿Qué nombre debo darle? Porque ya hemos salido de allí.

—En efecto. Y ésta es una importante cuestión. Dado que cada uno de nosotros se ha convertido, por obra y gracia del aniquilamiento molecular y posterior reconstrucción aquí, en un ser nuevo, concreto y plenamente dueño de sus destinos, creo que tenemos necesidad de un nombre también concreto. Opino, si no les parece mal, que adoptemos como nombre propio el de nuestra ciudad de procedencia en la Tierra. Así, me llamaré Talgor.

—Y yo Astrea.

—Y nuestro amigo pelirrojo será Erkon. ¡Cuán sencillo, y qué hermoso es bautizarse!

—¿Bautizarse?

—Así llamaban en la Edad Oscura al rito de dar nombre a un nuevo ser humano. Bueno, amigos, henos aquí, en un desconocido y para nosotros innominado astro. Podemos respirar a pleno pulmón un aire como ya a duras penas era posible encontrarlo en la superficie de la Tierra; a nuestro alrededor hay una vegetación exuberante, idéntica, por lo que puedo ver, a la que hubo en nuestro planeta antes de la Gran Hecatombe. Hay insectos, aves también, imagino que del mismo modo habrá animales de sangre caliente. La isla es demasiado pequeña para contener fieras, no advertí rastros de edificaciones u otras obras humanas. Incluso puede que este mundo esté libre de seres física y biológicamente parecidos a nosotros, lo que no impide que puedan existir seres inteligentes... De cualquier modo, habremos desde ahora de permanecer unidos, buscando nuestra subsistencia.

—¿Quiere decir que deberemos recolectar por nosotros mismos productos vegetales y animales?

—Tal como hacían nuestros antepasados en la Edad Oscura, sí. Para nosotros se terminaron las píldoras, Astrea, del mismo modo que

acabó todo lo demás. Aquí, desde ahora, somos plenamente dueños de nuestras personas, vidas y futuro. Y eso significa trabajo, inquietud, dolor... infinidad de sensaciones que nuestra raza ya había olvidado. ¿Green que podrán soportarlo?

La mujer seguía mirándole intensamente.

—Pertenezco al Segundo Orden, como usted sabe. Soy estudiante superior, en sexto grado, de Bioquímica, Biofísica y Biología, con un coeficiente mental D-9, superable —dijo—. Creo que sí podré adaptarme a este género de vida salvaje, semejante al de los hombres primitivos.

—¿Y usted, Erkon? Recuérdelo, no hay otra solución.

—Entonces, señor, lo intentaré. Sólo les ruego que disculpen mis fallos y errores, no los puedo evitar.

—Y ésa será una bendición, amigo. Bien, ahora debemos actuar. Aquí nos encontramos, como recién nacidos bajo la mirada del Supremo Hacedor. Como debieron estar Adán y Eva en su Paraíso Terrenal... —vio las expresiones de sus compañeros y sonrió, disculpándose—. Lo siento, olvidaba que ustedes dos lo desconocen todo. El Supremo Hacedor tenía muchos nombres en la Edad Oscura, y los hombres le veneraron de muchos modos. En un viejísimo Libro Santo llamado la Biblia, se cuenta la creación de la primera pareja humana. Como supongo que va a sobrnos tiempo para conversar, ya les iré explicando todo aquello que descubrí en mí peregrinar ansioso por todos los Museos del Pasado, donde se han ocultado celosamente las bellezas y verdades de los antiguos a los ojos y las mentes de nuestros superfelices hermanos de la Era Radiante. Así comprenderán que nada hemos perdido. ¿Listos? Yo me adelantaré y usted, Astrea, me seguirá, usted, Erkon, cierre la marcha. Podría suceder que tropezáramos con animales desconocidos y, tal vez, peligrosos. Habrá que conseguir algo con qué cubrirnos y también armas.

—¿Armas?

—Forzosamente. Usted no sabe qué es eso, Erkon, alguna cosa buena había de tener nuestra civilización. Los antiguos las usaron desde muy temprano y tanto las perfeccionaron que acabaron autodestruyéndose casi por completo. Nosotros las reinventaremos para defendernos y para cazar. ¡Cuidado! ¿Qué es eso?

Había oído el ruido de algo que se movía en la espesura, allí delante, subiendo la colina. Y, a pesar de su perfección de miembro del Orden Primero, no pudo evitar un escalofrío aprensivo. Porque en

la Tierra no quedaban ya grandes animales, bestias peligrosas, nada que pudiera dañar al omnipotente ser humano, por otra parte aislado en sus macrópolis semisubterráneas e intercomunicadas casi exclusivamente por el aire. Pero aquí, ¿qué peligros, qué misterios podrían existir, amenazarles?

Desde luego, tanto Astrea como Erkon sintieron miedo. Ellos no eran un Orden Primero, no fueron programados, criados, educados, para decidir y gobernar. Fascinados, miraron hacia aquel ruido ominoso que se iba acercando, agrandando, como si un rebaño de grandes animales avanzaran cautelosos entre la espesura del bosque.

Y entonces vieron a los primitivos.

CAPÍTULO III

La tribu de Etana era una gran tribu, con muchos hombres fuertes y belicosos. Atto, hijo de Etana, era el más fuerte, más astuto y valiente de todos los hombres de la tribu, el mejor cazador; de ahí, que, por ello y por ser el primogénito de la Madre Hechicera, fuese el jefe de los guerreros y cazadores. Sin embargo, ahora Atto sentía cómo los espíritus del miedo le helaban la sangre y doblaban sus rodillas. No era un miedo semejante al que un hombre podía sentir ante el gran león de las cavernas, o el gigantesco elefante lanudo, o los demonios acorazados que habitaban los pantanos y las orillas de los ríos, capaces de partir a un guerrero de una dentellada. Era otro tipo de miedo, parecido al que toda la tribu sentía cuando su madre, Etana, imploraba a los Espíritus de los Antepasados una buena caza, o la muerte de los enemigos de otra tribu, o la curación de un enfermo o herido. Eso, pero aún mayor.

Porque ellos habían venido en peregrinación sagrada aquí, a esta isla pequeña y hermosa en el mismo corazón de las Aguas Azules, en el centro del gran puñado de islas de la tribu, errabundos por la Gran Tierra del Este, pasar a sus actuales cazaderos, escapando al Cataclismo de Fuego que todo lo destruyó. Fue en esta isla donde el pequeño puñado de aterrorizados guerreros se detuvo y sobrevivió durante siete manos de días, comiendo todo lo que la isla podía darles, mientras el mundo se hundía a su alrededor bajo la furia cataclismal desatada por los Antepasados. Y desde entonces, hacía muchas, muchísimas lunas, ellos venían cada nuevo resurgir de la Tierra a traer sus ofrendas al Poder de los Antepasados, que fue benévolo salvando la vida a la tribu.

Y apenas encallaban las balsas en la arena, cuando las dos hermanas de Atto, sucesoras un día de su madre, ya demasiado vieja para realizar el largo y arriesgado viaje a la isla sagrada, realizaban sus primeros ritos, había ocurrido el prodigio. Todos lo vieron, aquella luz surgida del Padre del Día, un relámpago estallando en la cima de la colina que dominaba la isla. Todos lo vieron y un terror íntimo, intenso, a lo sobrenatural, desconocido, embargó sus oscuras mentes casi vírgenes de pensamientos, haciéndoles caer de bruces en la arena gimiendo como perros vapuleados por su amo.

Ahora, Atto estaba capitaneando a sus cazadores temblorosos

por entre la espesura, en una prueba que se ponía a sí mismo. Tenía que subir a la colina, averiguar qué fue el prodigio. El padre de la Vida envióles una señal, sin duda. Pero, ¿cuál?

Eran en total una veintena de machos y solo dos hembras, las hermanas de Atto. Ellos vestían cortos taparrabos de piel de venado sujetos a la cintura con tiras de cuero crudo, algunos llevaban también pieles de pantera, o de lobo, o de lince, aunque era el tiempo caluroso. Únicamente tres llevaban, con orgullo, pieles de león, y las disecadas colas del gran felino hábilmente sujetas al cinturón del taparrabos sobre su propia rabadilla con las crines del extremo de la cola batiendo el suelo. Atto era uno de aquellos bravos que se atrevieron a cazar el gran gato melenudo, el Devorador de Hombres. Las dos mujeres usaban unas faldas de piel de gamo cuidadosamente trabajadas y cosidas con delgadas tiras de cuero crudo. Adornábanse con collares de pedrezuelas de colores, de colmillos de león, de pantera, de cocodrilo. Los cazadores empuñaban sus azagayas de madera endurecida al fuego, con largas puntas de sílex fina y cuidadosamente trabajado, ligadas con tiras de cuero y una especie de betún vegetal, hachas de piedra encajadas en mangos de madera y cuchillos de sílex pendían, sujetos de sus «cinturones», o de una especie de curiosos tabalíes colgados del hombro. También llevaban algunos, al hombro, bolsas de piel llenas de suaves, redondos guijarros seleccionados en los pedregosos cauces de los torrentes, o bolas de arcilla puestas a secar al sol. Las largas cabelleras llevábanlas atadas con lianas o tiras de cuero, las barbas revueltas y sucias llegábanles al pecho a todos ellos. Las mujeres usaban dos trenzas hábilmente tejidas, cargaban con los utensilios mágicos para la ceremonia. No eran desagradables de mirar...

De pronto, Atto, que iba ligeramente adelantado, descubrió, allí delante, parados en el pequeño claro herboso, a los Hijos del Sol.

El jefe de los cazadores sintió como si un bisonte salvaje le hubiera golpeado de pronto en pleno pecho y un terror pánico hizo temblar todos sus huesos, mientras le castañeteaban las rodillas. Porque el prodigio era demasiado grande para su cerebro apenas desarrollado, que no lo podía asimilar ni concebir. Los tres seres que estaban allí, ante sus ojos, eran tan diferentes a cualquier otro animal de su propia especie, macho o hembra, que jamás en sus expediciones viera nada igual. Eran Seres de Luz, increíblemente hermosos, y más altos que los de su raza. Hijos del Sol, él, todos sus compañeros, habían presenciado el prodigio de su descenso sobre la isla sagrada de la tribu de Etana. Lo que eso significaba abrióse a duras penas paso en su mente, abrumándolo y casi enloqueciéndolo. ¡El Padre del Día

enviaba a sus Hijos de Luz a la tribu de Etana!

Se había quedado como clavado en tierra, mirando alelado, aterrado, a los tres seres sobrenaturales que a su vez parecían algo inquietos por su presencia y la de su horda. La verdad era que los cazadores y las dos mujeres estaban agrupándose como un rebaño de animales deslumbrados, atemorizados, a su espalda, emitiendo sordos gruñidos reveladores del pánico que los embargaba ante la magnitud de aquella aparición inesperada, sobrenatural. Y él era su jefe, debía hacer algo, probarles a los Hijos del Sol que nada debían temer de la tribu de Etana, sino al contrario, que los hombres de Etana eran sus perros fieles.

Ellos, los de la tribu de Etana, habían alcanzado un cierto desarrollo intelectual, tenían su propia lengua, poco extensa, pero suficiente para satisfacer todas sus necesidades de comunicación. Tres cuartos de palabras, un cuarto de gruñidos muy expresivos. A decir verdad, otras tribus también tenían sus lenguas y muchas de ellas se parecían grandemente, al punto que los cazadores podían entenderse con los prisioneros que cogían, antes de sacrificarlos a los Antepasados y comérselos. Pero ahora, a Atto no le salían las palabras. Además, no estaba nada seguro de que los Hijos del Sol, los Seres de Luz, pudieran entender sus toscos gruñidos. Hizo, pues, lo que era obligado ante los Poderes Sobrenaturales, el acto de profunda sumisión.

Los tres recién llegados habían visto emerger a aquel primitivo peludo, sucio, armado con piezas del Neolítico Inferior, casi más bestia que hombre en la apariencia, y a su horda gruñidora, asustada, de la verde espesura. Al pronto, incluso Talgor sintió viva aprensión, porque en su mundo y su tiempo tales seres sólo podían verse en los museos antropológicos, en las representaciones para los estudiosos. Era como pegar un brusco salto en el vacío para retroceder veinte mil años en la historia del Hombre, simplemente. Un salto de veinte mil años... y de sólo el Supremo Hacedor sabría cuántos miles de años-luz en el Cosmos Infinito, hasta aquel mundo en evolución, de características al parecer muy semejantes a las de la Tierra que acababan de abandonar definitivamente. ¿Sería, después de todo, más o menos eso lo entendido por «muerto»? ¿Un salto fugaz en el Tiempo y el Espacio? Pero los científicos del Orden Segundo que se ocupaban de tales investigaciones estaban de acuerdo en que Tiempo y Espacio no existían, eran puras entelequias inventadas por el hombre en los principios de la Ciencia para volver accesibles los Grandes Misterios.

De repente, el que parecía jefe de la horda tiró al suelo su azagaya y se dejó caer, de cuatro patas, adoptando exactamente la

postura del perro atemorizado que aguarda un palo de su amo y quiere hacerse perdonar. Tan absoluta fue la imitación que de su boca salieron, exactos, los quejidos perrunos. Y, al instante, todos los demás primitivos le imitaron.

Aquello sólo podía explicarse de un modo. Y Talgor no en balde era un Orden Primero, con un cerebro A-7, sólo tres puntos por debajo del máximo desarrollo mental posible y conocido allá en su planeta. De hecho, su cerebro estaba potenciado al treinta por ciento de la capacidad intelectual calculada como máximo ideal alcanzable, en un lejano futuro, cuando el ser humano llegara al límite de sus posibilidades. Aproximadamente, su desarrollo intelectual doblaba en capacidad al de los más grandes y notorios sabios de los últimos tiempos de la Edad Oscura. Así, captó inmediatamente, gracias a sus conocimientos arrancados a los residuos de la vieja cultura pre-Era Radiante, el significado exacto de la acción de los primitivos. Y una intensa alegría lo invadió, al comprender todas las posibilidades que se abrían ante él.

—Amigos —dijo, utilizando la transmisión telepática, altamente desarrollada en su Orden Superior y que permitía, con la modulación sin sonido apenas de las palabras, hacer que éstas resonaran en los oídos a que iban dirigidas incluso a distancias de muchos kilómetros como si se les hablara desde corta distancia—. Amigos, escúchenme y comprendan. Estamos comenzando la mayor y más fascinante experiencia posible para un ser humano, para uno de nuestra civilizada sociedad terrestre. Nos estamos convirtiendo en dioses.

La mujer comprendió plenamente y su expresión lo demostró. El pelirrojo era mucho más lerdo.

—¿Dioses?

—Sin la menor duda, lo somos para estos primitivos que viven aún en pleno Neolítico, basta con verles. Su actitud es clarísima, refleja la máxima veneración unida al máximo sometimiento. Fíjense bien.

Lo estaban haciendo, y tanto. La mujer suspiró con fuerza:

—De modo que nos consideran seres sobrenaturales...

—Caídos del cielo, o acaso del Sol, llegados en un rayo luminoso, o en otro vehículo sobrenatural por el estilo. Estamos tan seguros con ellos como en el salón de ocios de nuestras casas, en la Tierra. O tal vez más.

—Pero son horribles, son como... como animales. ¿Cree que tendrán capacidad intelectual?

—Sin duda alguna. Fíjese, en cierto modo van vestidos, también se adornan con collares, con pieles de fieras. Usted ha tenido que ver representados en nuestros museos a todos esos animales del lejano pasado terrestre. ¿No le recuerdan nada esas pieles, la del que parece su jefe, por ejemplo?

—Sí. La de un animal que se extinguió en la Gran Hecatombe, pero ya para entonces apenas si quedaban unos pocos ejemplares en libertad. Se llamaba...

—León. Y era el más grande, hermoso y majestuoso de los felinos, su rey. Mire esas armas. Son azagayas de palo, con puntas de sílex. Imagínese a uno de esos primitivos afrontando a un león, dos veces más pesado que él, con colmillos, mírelos, el jefe los lleva en ese collar, y garras también. Sí, amiga mía, nos encontramos en pleno Neolítico, lo que tenemos delante son seres humanos idénticos a nuestros antepasados de hace veinte mil años terrestres, sin duda con un embrión de sociedad, organizados en un pequeño núcleo ofensivo-defensivo para la caza y la guerra con otras hordas semejantes, en los inicios de una civilización que, con el tiempo, tal vez siga los mismos estadios evolutivos que nuestra propia especie en la Tierra. Deben tener también rudimentos religiosos, una especie de culto a los muertos y a los fenómenos naturales, a los astros... Astrea, ¿se da cuenta? El Supremo Hacedor nos ha hecho un inmenso favor trayéndonos aquí. Y también estaba en lo cierto, con su burda ironía, el juez que nos leyó la sentencia.

Sus compañeros no parecían tan seguros de ello, sobre todo el pelirrojo. Pero la mujer repuso, suave:

—Es posible que sea así, Talgor. En todo caso, usted debe manejar esta situación. Nosotros, yo misma, necesitaremos bastante tiempo para amoldarnos a ella, tendrá que explicarnos muchas cosas acerca del propio pasado de nuestra raza terrestre que ahora ignoramos. Y esos primitivos, también deberán ser convenientemente aleccionados, imagino.

—Voy a hablarles. Están aterrorizados, necesitan palabras y gestos de paz. Nosotros ya hemos olvidado lo que significan las guerras, pero ellos se encuentran, precisamente, en un estado de perpetua lucha física por la vida. Me adelantaré, esperad.

—Tenga cuidado.

—Son tan seguros como perros de casa.

Adelantó despacio, pisando cuidadosamente porque sus descalzos pies no estaban, ni mucho menos, avezados a la aspereza del terreno. Y a dos metros de Atto, se detuvo para hablarles con serena, persuasiva, imperiosa voz:

—Desconozco vuestra lengua y ni siquiera sé si me entendéis. Pero de algún modo habrá que iniciar este contacto entre el Pasado y el Futuro, la Prehistoria y la Cibernética. Ah, por lo menos reaccionáis.

Atto escuchó aquella voz sin alzar la cara de la tierra. Nunca había llegado nada parecido a sus oídos, era mucho mejor que el sonido de la fuente y de la brisa o el canto de algunos pájaros. Oía hablar a un Hijo del Sol, un Ser de Luz, él, Atto, hijo de Etana.

Aulló de nuevo y mordió la hierba, aumentado su sumisión agradecida y asustada. Los demás le imitaron, en conmovedora melopea. Pero ninguno alzó la cara, no lo osaban.

Talgor lo podía entender. Sonriendo, acercóse a Atto y le tocó un hombro con el pie.

—Mírame, tú, que pareces ser el jefe. Yo te lo ordeno.

Como todos los del Orden Primero, poseía potencia parapsicológica mental. Y aunque el cerebro de Atto estaba cien estados por debajo de su nivel cultural, captó confusamente aquella orden a él dirigida. De modo instintivo, como el perro o el caballo al llamarles el amo, se atrevió a alzar la cara y mirar al Ser de Luz.

CAPÍTULO IV

El hombre del Neolítico y el de la Era Cibernética miráronse a los ojos por primera vez. Talgor advirtió en el acto, en los ojos castaños de Atto, todo lo que confusamente se revolvía en su espíritu. Esbozando una sonrisa, volvió a hablarle en el mismo tono.

—Imagino que habrá que entendernos poco a poco. ¿Tienes un nombre? ¿Quiénes sois y de dónde venís?

Atto sólo podía intuir que el Hijo del Sol no le era hostil. Intentó hablar, no pudo, únicamente acertó a devolverle una ancha sonrisa tímida. Estaba demasiado asustado. Él era el primero entre los hombres, a quien tocaba y hablaba un Ser de Luz llegado del Gran Espacio Azul.

Talgor volvió a entender.

—De acuerdo. Comenzaremos por el principio. Escucha, éste es mi nombre. Yo soy Talgor. ¿Comprendes? Talgor.

Repitió adrede el nombre que había adoptado poco antes de expresar así su plena independencia. Al hacerlo, golpeóse con el índice el pecho, por tres veces. Y una chispa de comprensión llenó los ojos del primitivo. Entonces alargó el brazo y señaló el velludo pecho, medio cubierto por la piel de león, de su casi interlocutor.

—¿Y tú? ¿Tienes nombre? ¡Contéstame!

Atto entendió. El Ser de Luz le había dicho su nombre, le estaba preguntando el suyo. Una embriaguez densa embargó su espíritu. Porque si intercambiaban sus nombres directamente, él iba a convertirse en hermano de magia del Ser de Luz. El, Atto, hijo de Etana.

Cerrando el puño, golpeóse vigorosamente el pecho, rompiendo a hablar por fin.

—Yo soy Atto, hijo de Etana. Atto, hijo de Etana.

Su ronca, nerviosa voz, apenas resultaba inteligible para los oídos de los terrestres. Talgor repitió despacio aquellas palabras y Atto demostró una intensa alegría. El Ser de Luz aceptaba ser su hermano

de magia.

—Atto es tu nombre. Etana debe ser el de tu tribu.

—¡Atto, Atto! ¡Atto, hijo de Etana!

Ahora, los demás primitivos estaban atisbando la insólita conversación, aunque permanecían tirados en Tierra. Astrea y Erkon, por su parte, juntos a corta distancia, escuchaban intrigados, más tranquilos, pero aún procurando asimilarlo todo.

El contraste entre ambos hombres no podía ser mayor. Los primitivos eran recios, pero de baja estatura. El propio Atto, uno de los más altos, apenas sobrepasaría el metro sesenta de estatura, no llegaba ni al arranque del cuello de Talgor, incluso ahora, puesto de pie, debía mirarle hacia arriba. Frente a Talgor, su cuerpo elástico, perfecto y a la vez vigoroso, su rostro de orgullosa belleza viril, sus claros ojos imperiosos y su piel color de trigo nuevo, el primitivo semejaba un animal salvaje, sucio y maloliente. Veinte mil años de evolución les separaban. Sin embargo, los dos eran hombres.

Con señas, despacio, gráficamente, como si hablara a un sordomudo —por más que hacía muchos siglos que no existían sordomudos en la Tierra, eran eliminados científicamente a poco de nacer, una vez comprobado su defecto incurable, al igual que se hacía con todo lo defectuoso— Talgor indicó a la horda silenciosa y sumisa, de nuevo a Atto. Y éste comprendió. Orgullosamente, alzó la hirsuta cabeza, volviendo a golpearse el pecho con el puño cerrado.

—¡Atto gran cazador, Atto jefe de cazadores, Atto manda a los hombres de la tribu de Etana!

Naturalmente, usaba su escueto vocabulario. Para el superdesarrollado cerebro de Talgor, entender al primitivo iba resultando cosa de juego. Y sabía la importancia del momento, de todo cuanto hiciera. De modo que repitió, una por una, distintamente, las broncas palabras del primitivo.

Atto, entonces, sintió ganas de brincar y aullar su alegría. Porque el Ser de Luz, el Hijo del Sol, sabía hablar sus propias palabras, las de la gente de Etana, era, pues, su amigo, iba a protegerles contra todos sus enemigos. Y a él le confería un poder superior sobre todos los hombres, al repetirle, ante los demás, que era su jefe, su amo.

En efecto, los otros primitivos, presas de terror supersticioso, comenzaron a aullar golpeando el suelo con sus frentes, las afirmaciones de Atto. Sólo sabían que el Hijo del Sol, el Ser de Luz,

acababa de decirlo, Atto, hijo de Etana, era su jefe, su amo. En adelante para ellos Atto sería sagrado.

Talgor comprendía muy aprisa. Sonriendo ordenó con el gesto esperar a Atto. Volvióse y habló a sus compañeros, adrede en alta voz.

—Esto marcha bien. Creo que acabo de implantar en este mundo la monarquía de derecho divino, sin proponérmelo. Este hombre, porque sin duda son humanos, debemos admitirlo, parece llamarse Atto y ser su jefe. La horda, o tribu, parece tener nombre también, se llaman «los de Etana». Como han podido advertir, tienen una lengua, muy tosca, sin duda, pero suficiente para sus necesidades intelectuales. Y nos consideran algo así como seres divinos.

—¿Qué piensa hacer, Talgor? —inquirió Astrea.

—Lo único razonable en esta situación. Necesitamos alimento, vestidos y calzado, cobijo y protección. Hay que ser realistas, Astrea, toda nuestra capacitación, todo nuestro desarrollo intelectual no va a servirnos si nos sale al paso un león hambriento, lo que al bueno de Atto su azagaya con punta de piedra. Voy a convertirlos en amigos y servidores nuestros. En cierto modo, es ir contra mis convicciones, aquello que en nuestro mundo me enfrentó con los de mi clase. Pero no existe alternativa, porque es muy diferente la circunstancia general.

Atto escuchaba embelesado la conversación de los Seres de Luz, imitando lo que hacían los otros primitivos, que también iban poco a poco perdiendo el miedo pánico al intuir que les eran propicios. Para ellos, el rápido y suave fluir de aquellas voces, sobre todo la de la maravillosa mujer, era como un canto de pájaros. Talgor volvióse a Atto y reanudó su conversación. Señaló con la diestra el brillante mar, el suelo y el contorno de la isla. Luego le preguntó, también por señas, si ellos vivían allí. Al mismo tiempo, trataba de penetrar telepáticamente en el tosco, apenas desarrollado, cerebro del primitivo, cosa que resultaba muy difícil en cierto sentido y muy fácil en otro.

Atto estaba sintiendo plenamente aquella influencia telepática, como una especie de embriaguez de bayas maduras. Intuyó que el Ser de Luz penetraba en él y eso aumentó su alegría, su pánico, su orgullo. Si el Hijo del Sol entraba en él, sería como Etana y él sería, en cierto modo, también un Hijo del Sol. Entonces, todos los cazadores, no sólo de su tribu, sino de las demás, deberían obedecerle o los Seres de Luz les harían perecer para que su carne sangrante alimentara a la gente de Etana en continuos festines.

Respondió como pudo a las preguntas. Talgor iba repitiendo y archivando en la memoria sus palabras. El dificultoso intercambio prosiguió por algún tiempo y resultó fructífero.

—No habitan aquí. Han venido atravesando el mar, creo entender que para realizar alguna especie de rito religioso. De todos modos no deben residir muy lejos, en tierra firme o en alguna de aquellas islas que nos rodean. Desde luego, nos consideran seres sobrenaturales. Voy a reforzar su creencia, porque nos conviene.

Llamó a Atto por señas. Y Atto avanzó, temeroso, de rodillas y codos, con las cabezas inclinadas pero obedeciendo. Los demás primitivos permanecían ahora mirando, las hermanas de Atto, sobre todo. Talgor le hizo detenerse a corta distancia de Astrea y de Erkon.

—Óyeme, Atto. Ella es Astrea. Repítelo, despacio. Astrea, Astrea.

Atto entendió y repitió, como pudo, el nombre de la Hija del Sol, cuya sonrisa levemente crispada —porque el fuerte olor del primitivo le hería con violencia las membranas nasales— lo traspasaba de confusa felicidad. Y de pronto, siguiendo un impulso de su instinto, dejóse caer a sus pies, como un perro, rindiéndole el mayor homenaje posible. En cierto modo, su acción la conmovió.

—¿Qué hace?

—Rinde homenaje instintivo a la Belleza. Si alguna prueba nos faltara, ésa sería suficiente para probar que es un hombre. Atto, levántate.

Atto obedeció. No podía mirar a la cara a la Hija del Sol, la del cabello luminoso y los ojos como pedazos de brillante cielo, un temblor sacrosanto llenaba sus miembros y debilitaba sus rodillas ante aquél maravilloso Ser de Luz. También el otro Hijo del Sol, el de cabellos y pelos rojos, y ojos como las aguas de los torrentes montañosos, le causaba terror, pero de otra índole. Y, sobre todo, temía, reverenciaba, al gigante sereno e imperioso que lo adoptaba y penetraba en él.

Talgor le preguntó si habían visto algo al llegar a la isla. Atto se refirió, como pudo, al prodigio que vieron y les impulsó a trepar la colina. Talgor entendió.

—Vieron un gran resplandor aquí arriba. Debíó producirlo nuestra llegada. Jamás el ser humano llegará a penetrar todos los prodigios. Pero en este caso somos afortunados. Ya sólo nos queda

reforzarles la idea de que hemos venido directamente del Sol.

—Así que nos convertiremos en dioses.

—Y me pregunto si los antiguos dioses de nuestro mundo no tendrían a fin de cuentas un origen semejante al nuestro. La teoría es fascinante. Sí, Atto, nosotros hemos venido del Sol. Él nos envió a este ignoto planeta, tan parecido a nuestro propio mundo en tantas cosas, pero infinitamente más hermoso, porque vosotros aún no habéis aprendido a arrasarlo. Bueno, tú no me vas a entender, tanto mejor. Y ya que estamos aquí, cada cual cumplirá con su papel. Nosotros somos dioses, el dios Talgor, la diosa Astrea, el dios Erkon. Y vosotros, pobres primitivos, sumidos en la total oscuridad intelectual, algo os beneficiaréis de nuestra llegada y nuestra compañía.

Hizo el discurso casi para sí mismo, un poco para sus dos compañeros de ordalía. Pero Atto creyó que se lo dirigía a él, dándole cuenta de un mensaje esotérico totalmente ininteligible. Entonces recordó a qué vinieron a la isla, ahora doblemente sagrada. Y abriendo mucho la sonrisa, imitando a su modo instintivamente los ademanes de Talgor, se volvió y aulló unas órdenes a sus hermanas, las sacerdotisas; a los otros cazadores.

—¡Yo soy Atto, hijo de Etana, el Gran Cazador, el Jefe de Hombres! ¡Todos lo habéis visto, los Hijos del Sol, los Seres de Luz, han venido entre nosotros directamente desde el Gran Azul para darme su poder y su fuerza, el Gigante Dorado me habló a mí, Atto, hijo de Etana, y a nadie más, a mí tocó y a nadie más, está dentro de mí y su boca ha pronunciado mi nombre tres veces y otras tres! ¡Ahora yo soy un protegido de los Hijos del Sol, soy casi como ellos, mi fuerza es mayor que la del león, el elefante y el gran oso juntos! ¡Y vosotros me deberéis obediencia de perros, hombres de la tribu de Etana, pues ya soy más grande que mi madre! ¡Al suelo, aullad como perros, yo lo mando!

Él mandaba. Y los demás obedecieron. Acababa de nacer un soberano de derecho divino: así lo entendieron los terrestres. Talgor lo dijo, con ironía, a sus compañeros, en especial a Astrea.

—Ahí tenemos otra buena prueba de que son humanos. Hasta hace unas horas todos eran prácticamente iguales, ese Atto sólo debía ser jefe por el derecho bastardo y feble de ser más fuerte o mejor cazador, pero cualquier día, uno cualquiera de sus compañeros se lo arrebataría, todos podían aspirar a eso. Ahora ya no, ahora Atto se acaba de arrojar, con astucia de la más humana, un derecho divino. En adelante, ante sus propios ojos y los de los demás se hallará en un

plano superior, será inatacable.

—Es extraordinario. ¿Sería así, también, el comienzo del poder y la realeza en nuestro mundo?

—Así, o poco diferente. No resulta mal material de estudio éste, en verdad. Apenas uno cree haber obtenido favores divinos, se aprovecha de ello para esclavizar por el terror a los demás. Y los demás lo aceptan. Después de todo, entre nosotros y esta gente no hay tan distancia como parece a simple vista.

Pero ya estaban, a otra orden de Atto, sus hermanas llegando, a rastras, portadoras de ofrendas para los nuevos dioses venidos del Sol a dar su protección y mucha fuerza a la tribu de Etana.

CAPÍTULO V

Muchas cosas tenían que aprender los primitivos con respecto a los Hijos del Sol. Por ejemplo, que no podían aceptar así como así cualquier ofrenda, ni andar como ellos por el mundo. Talgor se encargó de hacérselo comprender a Atto y éste lo entendió prestamente, aunque su cerebro no era lo que se dice muy desarrollado.

Por ejemplo, los delicados pies, la delicada piel de los Seres de Luz, no podía compararse con el cuero curtido de los de Etana. Pero eso se podía arreglar muy bien y pronto, se lo demostró el dios Talgor.

—Necesitamos sobre todo un calzado. Creo que esta gente debe tener mucha habilidad para tejer lianas, fibras vegetales y cosas así. Nunca utilicé un cuchillo de sílex, naturalmente. Pero puedo indicarles lo que quiero y ellos lo realizarán.

Primero pidió a Atto una de las pieles con que se cubrían. Atto les entregó la suya de león. Tan sólo hacía cinco lunas desde que lo mató, él solo, en lucha épica de la que aún conservaba cicatrices no del todo curadas. Cuando Talgor le pidió su hermoso cuchillo de sílex, también se lo dio. Todo lo suyo, todo lo que poseían los de Etana, era por derecho propio de los dioses amigos que le habían alzado tanto sobre los demás hombres. Se fijó atentamente en las indicaciones de Talgor y, al verle colocar su pie encima de la piel, haciendo el ademán de cortarla alrededor del mismo, sonrió ampliamente. Comprendía, los Seres de Luz exigían que entre sus pies y la áspera tierra hubiera una piel de león. Era un rito que debería seguirse en el futuro.

Así fue como las hermanas de Atto cortaron sendas plantillas en la piel de la fiera, abrieron en ellas agujeros, en los puntos señalados por el dedo de Talgor, con sus punzones de hueso endurecido al fuego y sus agujas de pedernal, cortaron delgadas tiras de piel de sus propias faldas y las pasaron adecuadamente por los agujeros. Habían construido las primeras sandalias, el primer calzado. Naturalmente, sólo para los dioses. Aún pasaría mucho tiempo antes de que un rey-sacerdote osara calzárselas.

—Bueno, no son gran cosa, pero protegen bastante la planta de los pies. Ahora necesitamos vestidos.

—No me pondré una de esas apestosas pieles por nada del mundo, Talgor.

—No pensé en eso. Más adelante, les enseñaremos a elegir para nosotros pieles de animales especiales, a curtirlas y ablandarlas de modo adecuado. Por fortuna, la temperatura es excelente. De todos modos, he visto grandes hojas, muchos elementos vegetales aprovechables. Sin lugar a dudas, esta buena gente actúa por mero instinto, pero conviene no excitárselo.

También se alimentaron. Cuando Atto les ofreció sus propios alimentos, carne cruda que traían envuelta en grandes hojas verdes desde la isla, mucho más grande, que les sirvió de última escala en su viaje, Talgor la rechazó. Eso los aturdió y, evidentemente, entristeció. El propio Atto sintió en peligro su recién nacida realeza. Si los dioses rechazaban su ofrenda de carne excelente de cerdo salvaje, era porque no la querían.

Pero Talgor tenía otros proyectos.

—Llevan piedras de pedernal. Vamos a demostrarles que somos los dueños del fuego, por más que sin duda lo conocen es muy probable que aún no hayan aprendido a provocarlo. Además, tenemos que habituarnos a consumir alimentos en estado natural, so pena de autocondenarnos a morir de hambre.

—No creo que yo pueda nunca habituarme —dijo Astrea con un mohín de asco—. Sin embargo, usted tiene razón; o lo conseguimos o moriremos. Si al menos hubiera huevos de aves, o frutos. En nuestro mundo, en la Edad Oscura, existían árboles frutales al aire libre, en la superficie incontaminada del planeta.

—Y aquí también habrá. Pero no podemos exigirle demasiado a una isla tan pequeña y a una gente tan primitiva. Démosle tiempo al tiempo, ahora tratemos de encender fuego. Erkon, usted es un buen electromecánico, ¿verdad?

—Sí, señor. Pero no veo cómo mis conocimientos pueden usarse aquí. Aparte de que, ya sabe, si me equivoco en algo puedo provocar una catástrofe.

—Me parece que no. Mire, le voy a convertir en dios del fuego y el rayo, encaja con el color de sus cabellos y su piel.

—No le entiendo, señor.

—Los de su Orden son todos muy mañosos, gente hábil con

cualquier instrumento mecánico. Supongo que no ha de resultarle difícil frotar dos piedras hasta que salten chispas.

La faz de Erkon se iluminó.

—¿Sólo eso? Es un juego que, de niños, nos divertía mucho cuando nos llevaban de vacaciones a la superficie. Se cogían dos trozos de pedernal y se sacaban chispas.

—Exactamente, Erkon. Pues ahora lo hará para encender una bonita hoguera con ramas y hierbas secas.

—¿Una hoguera? Pero, señor, no comprendo...

—Ya lo veo. En cierto sentido estamos mentalmente como ellos, Erkon. Le explicaré. Hace muchos miles de años, en nuestro mundo los hombres se calentaban no como usted conoce, sino simplemente apilando maderos y ramas secas de árboles, prendiéndoles fuego con artilugios increíblemente toscos, como ese de los dos trozos de pedernal, y arrimándose al fuego.

—Si usted lo dice, señor. Bien, supongo que primero habrá que reunir esas ramas y hojas secas.

—Eso lo harán mucho mejor nuestros amigos.

Atto atendía y no entendía. Pero entendió la orden. Poco después, los primitivos habían apilado una buena cantidad de leña y hojarasca seca en mitad del pequeño prado donde acampaban. Se mantenían, salvo Atto, alejados de los Seres de Luz, con respetuoso temor. El propio Atto tenía una idea de que ellos se proponían encender las Lenguas Rojas y estaba terriblemente asustado. ¿Traerían el rayo? En tal cosa él podría morir fulminado.

Cuando Talgor le pidió su raspador de pedernal, se lo tendió temblando. Talgor se llevó a sus compañeros a un extremo y señaló a Erkon determinado peñasco que sobresalía del terreno.

—¿Usted qué opina, Erkon? ¿No es ferruginoso?

—Sí, señor. Debe contener una buena cantidad de hierro esa pirita.

—Consiga un trozo. Y hagamos el experimento.

Fue un éxito. Cuando los primitivos vieron saltar las chispas entre las manos de Erkon, el pánico ante lo Sobrenatural volvió a dominarlos, llevándoles a tirarse al suelo aullando y ocultando sus

caras. El propio Atto así lo hizo. Estaba equivocado, los dioses se enojaron, no aceptaron su ofrenda de carne, iban a fulminarlo con el rayo.

Pero cuando oyeron crepitar la llama en la hojarasca, se atrevieron a mirar y descubrieron la hoguera encendida, su asombro superó a su miedo. Talgor les sonrió, señalándoles a Erkon de manera expresiva. Y entonces los primitivos se acercaron, ululando a cuatro patas, al aturdido, desconcertado y, también, feliz Erkon, como un rebaño tímido, parándose a prudencial distancia para reverenciarlo profundamente. Porque él era el Señor del Fuego, el que podía a voluntad encender la Llama.

—Ahora, amigo Erkon, usted se ha convertido en el dios más temible de todos.

—¿Yo señor? ¿Sólo por haber encendido, esta hoguera?

—Ya irá aprendiendo cuál es su real importancia actual. Ahora intentaremos asar esa carne, masticarla, deglutirla y alimentarnos. Deberemos ir con mucho cuidado, porque ni nuestra dentadura, ni nuestros estómagos, están habituados a tal tipo de alimentación, podría resultarnos muy dañina.

Él mismo, venciendo su repugnancia instintiva a la vista de aquella carne cruda, roja y sangrante, preguntándose con desazón de qué animal provendría, indicó a Atto que con su cuchillo de sílex cortara tres delgadas lonchas de ella, tarea que Atto, felicísimo al comprender que continuaba siendo objeto de la benevolencia de los Hijos del Sol, realizó cuidadosamente, tanto como supo y pudo. Aún así, aquellas lonchas eran de tamaño y grosor desmesurado para los terrestres.

El propio Talgor se encargó de asarlas en la llama viva, porque ninguno de los primitivos osaba acercarse a la hoguera, ni siquiera Atto. Desde luego, ellos también asaban la carne de sus presas, pero especialmente lo hacían con la carne de los enemigos muertos, en los sacrificios; y sólo podían realizarlo en su gran caverna, donde Etana mantenía permanentemente el Espíritu de la Llama con sus ayudantes, aquel Espíritu bajado de la Nube y el Trueno muchas lunas atrás, cuando el propio Atto aún no había nacido, y recogido por Etana, la hechicera, valerosamente, de entre los restos del gran árbol sagrado que el rayo abatió y aniquiló. Ahora, el dios del cabello color de fuego les traía la llama, pero sin matar a nadie, haciéndola brotar de entre sus manos al chocar aquellas dos piedras diferentes de color, la piedra negra y la piedra roja, Ellos, los de Etana, eran los primeros en ver el

prodigio.

Y ya sabía que los Seres de Luz no podían comer nada crudo, sino sólo alimentos pasados por la Llama y la Brasa. Era lógico, pues ellos venían de la Gran Llama, del Señor del Día, el Sol. Se lo diría a Etana y ella lo comprendería, ella, también, se encargaría de atender debidamente a los dioses llegados del Gran Azul. Después de todo, ¿no era él su hijo, no era ella su madre? Estaría orgullosa de que él, Atto, hubiera sido elegido por los Seres de Luz.

Cuando la carne estuvo razonablemente asada, a juicio subjetivo de Talgor —que jamás comiera carne asada, ni frita, ni de ninguna otra forma, porque en su mundo hacía muchos siglos que los alimentos tomábanse comprimidos, en cápsulas, lo mismo que el agua, y los humanos casi habían olvidado los movimientos de masticación y deglución, iniciándose ya la mutación fisiológica tendente a reducir drásticamente las piezas dentales, ya inútiles, y el estómago, casi inútil también, así como el paquete intestinal— la retiró del fuego, la contempló con una expresión dubitativa, hizo una mueca, se encogió de hombros, la depositó encima de una de las grandes hojas y, tras dejarla enfriar lo suficiente, volvió a tomar el cuchillo, tajándola con cuidado en pequeños pedazos. Luego tomó uno, le dio vueltas entre los dedos, preguntándose a qué sabría aquello realmente, y si podría masticarlo, deglutirlo y asimilarlo. Por fin, con el mismo ánimo de un antiguo científico que probara por un compuesto de ignorados resultados, se lo llevó a la boca y comenzó a masticarlo.

Sus treinta piezas dentales manteníanse en perfecto estado, puesto que, aunque no se utilizaban para cortar, machacar y destrozor alimentos sólidos, estaba instituida una gimnasia mandibular destinada a mantener la belleza de la ya casi inútil dentadura, desde que los técnicos en Fisiología Humana descubrieron que no bastaba con el constante cuidado de encías y piezas dentales para mantener su brillo y solidez. Tal gimnasia consistía en la masticación de unas resinas sintéticas impregnadas de agradables y refrescantes sabores, que además anestesiaban hasta cierto punto la zona bucal y la libraban de microbios patógenos. No se conservaba la dentadura por otra razón sino la puramente terapéutico-biológica, dado que de perderse ella el organismo todo sufriría excesivos quebrantos. Si había que conservarla, siendo ya poco menos que inútil, debía mantenerse su armonía, eso era todo.

Y ahora, un miembro preclaro del Orden Primero volvía, después de mil años, a masticar un verdadero trozo de carne asada con sus bellos dientes.

Sabía a rayos —pensó Talgor—. Pero sin duda contenía proteínas y vitaminas suficientes para reanimar su organismo. Masticándola despacio, convirtiéndola en una papilla, tal vez se podría tragar, y el estómago la asimilara. Naturalmente, los jugos así extraídos pasarían a la sangre a través de las paredes estomacales, como indicaban detalladamente aquellos antiquísimos tratados de Medicina y Fisiología Humana que él repasó lleno de curiosidad y tanto iban a servirle ahora, al igual que sus demás descubrimientos. Porque si los hombres de la Edad Oscura podían alimentarse directamente con carne de animales, de peces, de aves; con huevos cocidos, fritos en zumos de plantas; con legumbres y frutos de los árboles y de las plantas, también ellos tres podrían, luego de un razonable período de readaptación a las condiciones naturales. O lo conseguían, o perecerían de inanición, no habían otras opciones.

Sus compañeros, y los primitivos, mirábanle silenciosos, atentos. Los primeros temiendo verle caer fulminado por un envenenamiento o algo parecido; los segundos, creyendo presenciar el mágico ritual de la alimentación de un dios. En cierto modo resultaba ridículo, si no fuera fascinante. Unos hombres que casi desconocían el uso del fuego, los alimentos condimentados, y otros que ya olvidaron aquel estadio de su alimentación. Tan lejos unos como otros del simple hecho de comerse un pedazo de carne asada.

Cuidadosamente, fue deglutiendo aquel pastoso amasijo de fibras machacadas por sus dientes y muelas. No le dolían las mandíbulas, buena señal. Y el bolo alimenticio pasó bien por su esófago, una sensación un poco rara, eso fue todo; De momento no parecía haber problemas.

Tomando otro de los pedazos se lo tendió a la mujer.

—Cierre los ojos y mastique despacio. El sabor no es desagradable, pero le falta cierta condimentación, acaso sal. No noto nada preocupador.

Nerviosa, reluctante, pero también hambrienta, ella tomó el pedazo de carne y lo miró con asco. Luego recordó que era una bióloga, una científica e investigadora.

Se metió el pedazo de carne en la boca y masticó.

CAPÍTULO VI

Después de varios días en la pequeña isla sagrada de la tribu de Etana, había que partir.

Talgor lo decidió.

—Naturalmente, no podemos quedarnos permanentemente en este diminuto pedazo de tierra. Apenas si existen sino esos orejudos animales de piel suave, insectos, pájaros, y los peces y crustáceos del mar, unos pocos de esos árboles frutales, el agua de ese manantial. Por otra parte, nuestros amigos de la tribu de Etana desean sin duda retornar. Lo que ocurre es que no se atreven a decírnoslo, temen enojarnos. En cambio, si les decimos nosotros que deseamos acompañarles en su viaje su felicidad se colmará.

Habían tenido aquellos días para adaptarse, al menos él y Astrea, a su nueva situación. También para aprender muchas cosas con respecto a este mundo virginal en el que acababan de caer. Por ejemplo, ya, entendían casi completamente el pobre y expresivo lenguaje de los primitivos, incluso lo habían enriquecido con su propia mímica y su dicción de seres superiores. Podían, pues, entenderse perfectamente con Atto, su portavoz.

Habían aprendido a alimentarse directamente con productos naturales, añadiendo a la carne pescados que los primitivos atrapaban con suma habilidad en las aguas azules de la caleta, y los frutos, de magnífico color, redondos casi, de pulpa blanca, harinosa y dulce, sabrosísimos, que Talgor identificó con el nombre de manzanas, hallados en otra ladera de la colina. Sus estómagos estaban pasándolas moradas para digerir y asimilar aquellos alimentos, pero hasta entonces no habían experimentado sino molestias ligeras que, con el tiempo, sin duda terminarían, siempre y cuando cuidaran el modo de alimentarse. Por lo demás, sentíanse fortificados debidamente, hambre no pasaban, desde luego. Y estaban comenzando a saborear la para ellos deliciosa, por insólita, vida al aire libre, absolutamente salvaje.

Habían pernoctado en una pequeña gruta de la ladera de la colina, sobre un colchón de hierbas y hojas, un tipo de lecho que sus antepasados desconocían ya antes de la Gran Hecatombe, a finales de la Edad Oscura. Pero la verdad fue que durmieron como leños, despertándose despejados, hambrientos y alegres.

Una cosa estaba también aconteciendo entre Talgor y Astrea. Pertenecientes ambos a los supremos órdenes sociales de su civilización, y por la misma índole de sus mentalidades y de los «crímenes» que les trajeran a esta situación presente, eran especialmente aptos para desarrollar velozmente los más antiguos impulsos humanos, a la vez que los clarificaban y quintaesenciaban.

Y ahora, que se habían liberado de aquella agobiante civilización aniquiladora de la voluntad y el libre albedrío del ser humano, tanto Talgor como Astrea redescubrieron el Amor.

—Sí, tienes mucha razón —decía Talgor tuteándola por vez primera, rompiendo otra de las múltiples barreras del mundo que habían abandonado para siempre, la ley que prohibía tutear a un miembro de otro orden, superior o inferior—. Y debo decirte que todo esto me abruma y me aturde, pues hasta ahora jamás había pensado en el Amor sino como en una antigua filosofía de edades lejanas. Sin embargo, no puede haber Amor sin libertad. Quien no puede pensar ni actuar por sí mismo no puede amar, es evidente. Tendrás que educarme en ese aspecto, Astrea. Y hay otro problema de máxima importancia: en un mundo como éste... ¿podremos afrontar la responsabilidad que lleva consigo querernos?

Sin embargo, aquel importantísimo problema privado podía esperar. Lo urgente, ahora, consistía en acomodarse lo mejor posible a las circunstancias todas de su recién estrenada existencia entre los primitivos, en un mundo en los mismos albores de la civilización, totalmente virginal.

—Partiremos mañana. Pero vuestras embarcaciones son toscas y frágiles en extremo, un constante peligro mortal lanzarse sobre ellas por el mar.

Atto ya podía entenderse bastante bien con el dios Talgor. Explicó-le cuidadosamente, contestando a sus preguntas, que sus balsas de madera nueva no sólo eran sólidas y seguras, sino bastante manejables. También sus sistema de navegación. Talgor se lo explicó a Astrea y a Erkon.

—Al parecer, estamos en el centro o poco menos de un archipiélago formado por numerosas islas, restos de un territorio que se hundió en el mar, sin duda, y a juzgar por el relato de Atto, a consecuencia de un importante cataclismo geológico ocurrido hace algunas generaciones, puesto que ellos conservan mitológicamente su recuerdo. Sus antepasados lograron entonces refugiarse en esta isla y sobrevivir. Cuando pasó el cataclismo, emigraron a una tierra

continental que está hacia el Oeste, pero desde entonces peregrinan una vez cada año, en el momento que se inicia la primavera, cuando la tierra se cubre de flores y todos los árboles y plantas verdean, aquí para realizar una ofrenda sagrada a los espíritus de sus antepasados, pues consideran sagrada a esta isla. A eso debemos su presencia aquí, tan oportuna. Atto asegura que las islas mayores del archipiélago están habitadas, naturalmente por enemigos suyos. Ellos han descubierto un medio de utilizar las corrientes, yendo de isla en isla con sus almadias, hasta llegar aquí. El viaje de retorno lo realizan por un camino diferente y suelen parar en un golfo, o bahía, distante seis jornadas de marcha de su punto de partida. La tribu, una vez parten los guerreros y las sacerdotisas de la expedición, se traslada despacio hacia el Sur, de modo que llegan a ese golfo más o menos cuando lo hacen ellos.

—Espero que no haya tormentas, o se desvíen las corrientes.

—Ya pensé en ello. Si construimos unos remos... Ya sé, Erkon, no sabe de qué hablo. Se trata de unos largos palos con un extremo mucho más ancho, que al comienzo de los tiempos servía a nuestros antepasados para propulsar sus naves. Nosotros, los de los primeros órdenes, solíamos utilizarlos en nuestras diversiones deportivas; yo le indicaré su forma dibujándosela en la arena. Elegiremos el material adecuado y los primitivos lo cortarán, bajo nuestra dirección y con su habilidad para manejar esos cuchillos de sílex, nos haremos con unos cuantos remos de canaleta. Intentaremos que las dos mujeres tejan con esas hojas anchas, y lianas, o tiras de corteza, también con parte de las pieles de animales que trajeron como ofrendas, unas toscas velas. Las sujetaremos a un mástil y aprovecharemos el viento.

Cuando Atto conoció las órdenes de los Seres de Luz no acabó de comprenderlas. Pero sí entendió que deseaban enseñarles, a él y a los suyos, nuevas maravillas, sin lugar a dudas beneficiosas, como todo lo que hasta el momento les habían enseñado. De modo que aulló sus órdenes a sus cazadores y ellos pusieron sus hachas a contribución, sus hermanas acopiaron velozmente el necesario material y lo prepararon, torpes, inhábiles, nerviosas, pero felices, bajo la dirección de Astrea. Por su parte, Erkon era acaso el más feliz de todos, ya que estaba comprobando hasta la saciedad, la existencia de humanos capaces de cometer cien torpezas y errores por cada uno de los suyos. Dotado de extraordinaria habilidad manual, mecánica, comenzó a asimilar determinados aspectos puramente materiales de su situación y en un dos por tres convirtiéndose en una especie de capataz, utilizando a veces la media docena de palabras de la lengua de los trogloditas por él ya aprendidas, para darles sus órdenes y regodeándose

secretamente cada vez que ellos cometían un error.

Y allí estaban los resultados. Encima de cada una de las almadías, formadas cada una de ellas por una docena de troncos de madera de álamo, largos los dos centrales unos siete metros, más corto, en desviación, los otros hasta formar un tosco remedo de proa, alzábanse ahora sendos troncos de álamos blancos, de unos cinco metros de altura, ni delgados ni gruesos, a los que se había adosado ramas rectas y gruesas del diámetro de una pantorrilla, encajadas a unos tres metros y medio de altura formando brazos transversales. Cuerdas tejidas hábilmente por los cazadores con fibras vegetales, y tiras de las pieles de animales con que se cubrían sujetaban aquel tosco embrión de palo y jarcia, uniéndoles además el pesado y aún más tosco embrión de vela, tejido penosa y no menos diestramente por las hermanas de Atto. Además, para cada una de las tres almadías había ahora cuatro toscos remos de canaleta, formados con otros tantos troncos de árboles jóvenes de madera tierna vaciados a hachazos y endurecidos al fuego de la hoguera que permanecía constantemente alimentada por las sacerdotisas y la diosa Astrea.

El equipo de los primitivos no les embarazaba demasiado. Cazaron muchos de aquellos huidizos y saltarines animales peludos de largas orejas que tanto abundaban en la isla, los desollaron y limpiaron y los maceraron en agua del mar, guardándolos, tras asarlos espetándolos en palos, entre grandes hojas, amontonados en el centro de las balsas. También recogieron agua dulce en curiosas vasijas de bejucos finamente trenzados, cuyo interior estaba forrado por lo que parecían lisas y delgadas pieles traslúcidas de animales y que no eran sino vejigas de cérvidos y bóvidos. Aquellas vasijas cerrábanlas con placas de arcilla y luego las amarraban cuidadosamente a los troncos de la almadía.

Talgor y Erkon enseñaron a los primitivos cómo deberían manejar los remos, enseñanza vorazmente asimilada por ellos.

—Son totalmente humanos, están ávidos de conocimientos y agradecen profundamente lo que les ofrecemos como regalos inapreciables. Pero eso no nos debe engañar, no olvidemos que durante muchos milenios nuestros antepasados emplearon cada nuevo descubrimiento científico ante todo para matarse unos a otros, hasta la Gran Hecatombe.

Finalmente, el día de la partida llegó. Era radiante, sin una nube en el cielo y el mar como un espejo. En la almadía de Atto subieron Talgor y Astrea, mientras Erkon lo hacía con las hermanas de Atto, en otra. Los primitivos las desencallaron y, siguiendo el

aprendizaje recibido, tomaron los toscos remos, comenzando a remar de modo aún torpe, pero eficaz. Al ver cómo las almadías progresaban sobre el agua azul, se gritaron unos a otros estruendosamente su alegría. Acababan de conseguir otro instrumento dominador de fuerzas naturales; daban así, un pequeño paso más en la larga ruta de la civilización.

CAPÍTULO VII

—Es fantástico. Jamás imaginé que se pudiera navegar así.

Era fantástico. Iban navegando entre las hermosas islas, por un mar tan tranquilo, tan tranquilo, que semejava un inmenso estanque de olas suaves, perezosas. Un mar por otra parte repleto de toda suerte de peces, desde los voladores, que saltaban como flechas de plata, hasta los juguetones y amistosos delfines retozando casi de continuo alrededor de las tres almadías que avanzaban despacio, pero mucho más aprisa de lo que nunca consiguieron, empujadas por la brisa del Noroeste que con esfuerzo henchía las pesadas y toscas velas de cuero y hojas. Ahora mismo, a estribor, se alzaba una isla grande, quebrada, con dos altos picachos de cimas casi peladas, como cuernos de un animal prehistórico. Para Astrea, como para Erkon, aquel viaje emprendido tres días atrás era lo más fascinante jamás vivido.

—¿No es verdad, Talgor? Un mar repleto de vida, de peces comestibles, de especies que desaparecieron en nuestro planeta hace mil años, o acaso más. Y estas islas repletas de vegetación, tan diferentes a las de nuestro planeta. ¿Qué te sucede, Talgor? Llevas mucho tiempo reconcentrado, sombrío, como aturdido.

Talgor suspiró profundamente y miró a Astrea cambiando despacio, no totalmente, su expresión, que de cierto era reconcentrada.

—No es nada, Astrea. Tan sólo una insensata idea sin ninguna base. Sí, tienes razón, todo es fascinante, el cielo luminoso, la brisa, el mar de zafiro reventando de peces, esas islas que son como joyas, donde la vida vegetal triunfa de modo arrollador.

Estaba pensando en otro mar, también intensamente azul, pero muerto o poco menos, habitado apenas por unos peces en su mayoría aún contaminados e incomedibles. En otras islas semejantes a aquéllas, pero totalmente exentas de vegetación las más de ellas, rocas desnudas, hostiles, donde a duras penas comenzaban a formarse, tras mil años de silencio estéril, una nueva alfombra vegetal. Pero lo que pensaba era tan absurdo, tan insensato, que no se atrevía a admitirlo, no aún.

Astrea se dio cuenta de su estado de ánimo y lo atribuyó a una

crisis de desaliento. Pero, por otra parte, resultaba inconcebible; los del Orden Primero, jamás se desalentaban por nada ni ante nada. Era sobremanera extraña la actitud de aquel hombre de quien comenzaba a enamorarse sinceramente, como un día lo estuvo de aquel otro que ya era una sombra pálida.

Talgor captó en sus ojos sus pensamientos y rápidamente cerró su propia mente a su mirada, a su intelecto. Sonriendo, la acarició con una caricia maquinal, instintiva, delicada, tranquilizadora como su voz.

—A veces me sumerjo en mis pensamientos como un abismo, Astrea. No me lo tomes demasiado en cuenta. Estamos viviendo la aventura más extraordinaria que alguien de nuestro mundo y nuestra época pudieran imaginar. A no ser que otros, antes que nosotros, hayan llegado aquí ya.

Ella aceptó su explicación. Era muy lógica.

—También yo he reflexionado acerca de eso. ¿Lo imaginas posible?

—Cabe en la lógica de las posibilidades. Desde hace algo más de cien años nuestros jueces han estado perfeccionando la cámara de desintegración molecular. Por lo que sé, primero hubo muchos años de fracasos, luego se consiguió desintegrar totalmente cuerpos animales del tamaño de los nuestros, pero al parecer se provocaba el aniquilamiento absoluto del ser desintegrado. Después se logró efectuar lanzamientos controlados y comprobables, pero las máquinas rastreadoras daban como resultado la dispersión excesiva del conjunto de moléculas en el espacio, lo cual, forzosamente, impedía su ulterior reunión. Sólo hace una veintena de años que los científicos encargados de ese proyecto han obtenido una certeza matemática, por otra parte incontrastable empíricamente, de que conseguían lanzar de modo coherente, cohesionado, el conjunto molecular desintegrado dentro del haz de ultrasondas de neutrones a través del espacio hasta distancias inimaginables y, por supuesto, incognoscibles por los medios de detección con que cuentan. Como tal vez sepas, la meta de todo el proyecto consiste en la construcción de un desintegrador molecular de tal naturaleza que pueda proyectar a un ser humano a través del espacio y el tiempo, a la velocidad 4-D, o sea lejos, fuera de nuestro mundo tridimensional, y reconstruirlo totalmente en otros mundos habitables dentro de nuestra galaxia, mundos de los cuales se han detectado ya algunos centenares de miles en perfectas condiciones de habitabilidad aparente.

—Y en uno de ellos hemos caído nosotros. Eso significa que consiguieron su objetivo.

—Cierto. Pero lo ignoran. Y nosotros mismos ignoramos si somos los primeros en quienes el experimento tiene éxito completo o antes que nosotros hubo otros. Calculo en unos seiscientos los condenados que fueron enviados al espacio en los últimos diez años. También hay que contar con otros factores, por ejemplo, que la posición relativa de nuestro planeta con respecto a la Elíptica haya hecho, cosa tan probable que debemos aceptarla, que todos esos lanzamientos, aun siendo otros tantos éxitos, hayan dispersado terrestres desintegrados por todos los confines del Universo. Imagínate cuáles puedan ser las probabilidades de tropezamos aquí con algún camarada de la Tierra.

—Tienes razón. Es como disparar a ciegas sobre un gigantesco blanco lejano, donde giran millones de granos de polvo.

—Un símil bastante exacto. Y no podemos olvidar el factor tiempo. Ignoramos cómo llegamos hasta aquí, a qué distancia nos encontramos de la Tierra en medidas concretables por métodos astronómicos, pero también cuáles puedan ser las mutaciones del factor Tiempo. Una diferencia de meses, o incluso de horas, entre dos lanzamientos desde la cámara de desintegración, aun aceptando que ambos lanzamientos llegaran a acertar a este mundo, podría acaso suponer, a través de la distancia recorrida, centenares, o incluso miles, de años expresados en el tiempo-base de aquí. Y todavía existen otras hipótesis posibles.

—Entonces será mejor contar sólo con nuestras propias fuerzas.

—Sí, es lo sensato.

Otra isla emergió del horizonte casi delante de las almadías. Poco a poco fue mostrando sus relieves. Era alta y quebrada, bastante grande. Las almadías parecían dirigirse directamente a ella, empujadas por la brisa y la corriente marítima, Talgor se puso a mirarla de aquel modo intenso, con el entrecejo fruncido, y luego de un rato llamó a Atto, preguntándole si la conocía.

Atto había llegado ya a una razonable familiaridad con los Seres de Luz, aunque, desde luego, su mente no podía ni tan siquiera concebir la idea de imaginarse semejante a ellos, a pesar de todas las semejanzas físicas y fisiológicas que podía constatar. Asintió, reverente:

—Es una isla grande, tenemos que ir a ella, necesitamos agua

dulce y comida. Pero allí hay enemigos.

—¿Qué clase de enemigos?

—Hombres como nosotros. Son dueños de la isla, no les gusta que nadie desembarque. Nos verán y vendrán a cazarnos. Pero otras muchas veces lo han hecho y nunca nos pudieron matar a todos. Esta vez nosotros les mataremos y comeremos su carne aderezada en la hoguera. Vosotros nos ayudaréis a vencerles y os comeréis lo mejor de sus muslos.

Astrea reprimió a duras penas una arcada y Talgor hizo una leve mueca muy expresiva. Luego contestó al primitivo con fría aunque suave voz:

—Atto, debes saberlo y decírselo a los demás. Nosotros, los Hijos del Sol, no nos alimentamos con carne humana. Incluso, lo habrás visto, nos cuesta mucho trabajo comer la de los animales, los peces y hasta las frutas.

Atto lo había visto y no podía comprenderlo. Pero los Hijos del Sol, como seres sobrenaturales que eran tenían derecho a ser distintos. Y él había ofendido al dios Talgor, eso podía acarrearle males sin cuento. Compungido, se excusó:

—Perdona a tu perro, pero yo no puedo comprenderos. Dime qué cosa coméis allá arriba y Atto lo cazaré para vosotros.

—Tranquilízate. Nuestro padre, el Sol, nos envió aquí para ayudaros a vivir mejor y ser más fuertes, más civilizados, enseñándoos muchas cosas buenas y necesarias. También nos dijo que deberíamos aprender a comer algunas de vuestras comidas, aunque al principio nos repugnasen. Pero jamás la carne de los hombres, porque todos los hombres son iguales para nuestro padre, el Sol.

Atto no comprendía. Sólo sabía que siempre los de Etana habían comido la carne de sus enemigos muertos o prisioneros también por qué motivos.

—Nosotros comemos a los enemigos para impedir que su espíritu vengativo nos aceche durante la oscuridad y nos llene el cuerpo de demonios. También para meternos en la sangre su fuerza y su valor.

—Estáis equivocados. Yo os daré valor y fuerza muy superiores a los de cualquiera otros cazadores, de cualquier tribu. Los de Etana dominarán a todas las otras tribus, serán poderosos, conseguirán

tantas cosas buenas como tú no puedes imaginar. Todo eso, y más que yo os daré, tendréis con nuestra protección. A cambio de eso, entre otras cosas que deberéis hacer, estará la de no volver más a devorar carne humana. Si no obedecéis, mis hermanos y yo nos marcharemos a buscar otros hombres más respetuosos con nuestro padre el Sol y será a ellos a quienes concedamos nuestros beneficios.

Naturalmente, tales discursos debía resumirlos Talgor no sólo en palabras, sino en su exacto sentido para que el cerebro de Atto lo entendiera. Pero la crudeza de imágenes del primitivo difícilmente se podría expresar, así como la pobreza de su vocabulario. Ahora, se quedó aterrado y dubitativo, rumiando las para él abrumadoras amenazas del Hijo del Sol. Sin hacerle más caso, dejándole cocerse en su propia salsa, Talgor volvióse a Astrea y se pusieron a conversar telepáticamente en un hermoso juego erótico, una aproximación espiritual preparatoria de más profundos y sólidos lazos. Por su parte, los primitivos, que al ser empujados por la brisa apenas nada tenían que hacer, holgazaneaban sobre los troncos de las almadías, o bien pescaban con unas ingeniosas redes, muy prácticas, fabricadas con fibras vegetales convenientemente entrelazas.

Cinco horas después, sobre la media tarde, las almadías, empujadas por un viento que había ido derivando al Sureste lentamente, cobrando cierta fuerza y levantando olas poco peligrosas, por otra parte, para los navegantes se acercaba a aquella isla, que ya cubría un tercio del horizonte visible a la que Talgor contemplaba desde largo rato atrás con una honda arruga en la frente y una expresión extraña, intensa, como abstraído.

Era una isla grande y hermosa, de costas bastante recortadas, pero en cuyo centro, más o menos, abríase una amplia y bellísima bahía. Una cadena de montañas de cierta elevación formaba su espinazo y, prácticamente, toda la isla aparecía cubierta por una vegetación de pinos, encinas y monte bajo muy espeso. De extremo a extremo, bien podría tener una veintena de kilómetros. Las olas chocaban contra sus acantilados festoneándolos de espuma y las aves marinas revoloteaban junto a la costa, en abundancia. El sol, casi encima de su punta más meridional, llenábala también de reflejos áureos.

Atto había arribado a ella ya otras veces. Aunque ahora llevaba como compañeros a tres Seres de Luz, Hijos del Sol, no por eso olvidó sus precauciones. El año anterior, sin ir más lejos, cuatro de sus cazadores habían quedado tendidos en el valle y la playa, otros nueve resultaron heridos y de ellos a dos hubo que dárselos a los peces. Los

habitantes de aquella isla no eran muchos, pero sí muy belicosos. Ya les habrían visto llegar y estarían preparados para recibirles en el lugar de siempre, al fondo de la bahía.

Gruñó por eso sus órdenes a sus compañeros, que se dispusieron a tomar precauciones. Pero Talgor intervino, imperioso:

—Si dices que esa gente estará esperándonos dentro de la bahía, no vamos a darles el placer de que nos ataquen como otras veces. Antes no podíais hacer sino seguir el capricho de las olas, pero ahora podéis moveros a vuestro albedrío. Pasaremos de largo por delante de esa bahía y seguiremos hacia el Norte, en esa dirección que nos empuja el viento, yendo a atracar en otra cala algo más arriba. Eso nos dará tiempo para hacer agua y recolectar alimentos antes de que ellos puedan alcanzarnos.

Atto se guardó muy mucho de disentir del Hijo del Sol. Ellos eran una veintena, los de la isla cuatro veces más, seguramente. Y si, gracias a las disposiciones del Ser de Luz, lograban retornar todos a la tribu, sería la primera vez, en todo el tiempo recordado. Así, aulló sus órdenes, los otros tomaron los canaletes, él manejó las cuerdas de la tosca vela tal y como Talgor le indicaba y la almadía, desviándose, empujada por la fuerte brisa, saltó sobre las olas pasando de largo por la bocana de la bahía. Las otras siguiéronla de cerca.

El agua salada pasaba por encima de los troncos a menudo, mojando por igual los rudos cueros de los primitivos y la piel delicada de los terrestres. Los primeros ni notaban sus efectos, no así los segundos, sobre todo Astrea. De todos modos, había que hacerlo y se hizo. Talgor, fruncido el ceño y muy atento a la configuración de la costa, daba de vez en cuando una orden imperiosa a los primitivos. Costeaban a menos de una milla de tierra; el viento y la corriente les empujaban hacia la costa. Doblaron así un alto promontorio y pasaron de largo por delante de una costa acantilada, fragosa, en lo alto de la cual se descolgaba una abundosa vegetación de matorral. Luego, en la costa se abrió la boca de una cala bastante grande. Talgor respiró hondo y brilló en sus ojos una como luz negra.

—¡Por ahí entraremos!

Unas enérgicas remadas desviaron a la almadía lo suficiente para que las mismas olas la empujaran al interior de la cala, por donde se deslizó suavemente. A un lado y a otro alzábanse dos altos promontorios. Y cuando hubieron penetrado un poco más, descubrieron una pequeña extensión de aguas azules y tranquilas, una playa de arena blanquísima, en forma de media luna, y un valle

frondoso que penetraba en la isla hasta las mismas faldas de un monte tupido de bosque. Además, otra cosa. Un poblado.

Un poblado donde la presencia a todas luces inesperada de las almadías, provocaba una gran excitación de pánico. Lo componían una docena de chozas formadas por ramajes y barro, casi simples cubiles de alimañas, agrupados alrededor de una más grande y mucho mejor trabajada, sobre cuyo techo alzábase una delgada columna de humo blanquecino, rota pronto por la brisa. El conjunto encontrábase ubicado entre los árboles, a un tiro de piedra de la playa, sobre un ribazo que terraplenaba el terreno. Ahora, un par de docenas de mujeres y acaso doble número de niños, éstos totalmente desnudos, se disponían a huir al monte, empavorecidos, mientras cinco o seis viejos empuñaban hachas o azagayas yéndose, decididos y salvajemente heroicos, a la playa para proteger el poblado indefenso a costa de sus vidas, a sabiendas de la inutilidad de su gesto. Esta vez, el odiado y temido enemigo había sabido engañar a las gentes de Luba, todos cuyos jóvenes guerreros estaban esperándoles en la gran bahía a casi un cuarto de día de camino, para rechazarlos y tender en la playa los cuerpos de muchos de ellos, con los cuales la tribu haría un gran festín. Les tocaba a ellos ser muertos y comidos.

Atto no tardó en advertir el éxito inicial de la maniobra del Hijo del Sol y una gran euforia lo invadió. Se puso a aullar su alegría a los demás primitivos y éstos le contestaron, coreándoles los de las otras almadías. Por primera vez los hombres de Etana iban a poder cobrarse las innúmeras derrotas a manos de la gente de la isla.

Pero también Talgor se daba cuenta de lo sucedido.

Y estaba raro, lo notó inquieta y desconcertada Astrea. Seguramente su delicado y superior espíritu, ante la perspectiva de una lucha sangrienta entre aquellos subhombres, devoradores de carne humana, sentía la misma violenta repulsión que el de ella.

—¡Atto, no habrá lucha! ¡Todos vosotros obedeceréis mis órdenes, o nosotros nos quedaremos con esas gentes y no nos volveréis a ver!

Sobró aquella amenaza. Atto sintió temblar sus huesos y cayó de rodillas ante el dios enojado. Sus cazadores temblaron también. Pues, ¿qué eran ellos sino perros ante los Hijos del Sol? Y si cumplían su tremenda amenaza, ¿acaso ninguno de ellos volvería a su tribu? Sin duda perecerían todos...

Las almadías maniobraron con destreza, encallando en la arena

una tras otra como a doscientos metros a la derecha del pequeño y patético grupo de viejos luchadores. Talgor saltó el primero a la playa, seguido por Astrea, Atto y los demás. Pero a su ademán, los primitivos quedaron quietos, empuñando sus azagayas y sus hachas. Erkon llegó aprisa, reuniéndoles y también, desconcertados, los otros, que no entendían sino que los Hijos del Sol prohibíanles luchar y matar a sus ancestrales enemigos.

—¿Esa gente habla como vosotros?

—No lo sé. Etana dice que también vinieron del otro lado del mar lo mismo que nuestros antepasados, cuando el mundo se hundió y las aguas lo devoraron todo. Siempre han sido nuestros enemigos.

—Acompáñame. Y que los demás esperen aquí. ¿Tienes miedo?

Atto no tenía miedo a ningún hombre u animal. Pero sí un pánico profundo, de índole religiosa, a ofender o desagradar al Hijo del Sol. Se golpeó con el puño cerrado el pecho.

—Atto no tiene miedo, dónde tú vayas él irá.

—Entonces, acompáñame. Te enseñaré algo que ignoras, a ver si sabes comprenderlo.

—¿Qué enseñarás a Atto ahora, Hijo del Sol?

—A mandar con tu voz y ser obedecido, sin tener que luchar. Sígueme. Y baja tu azagaya, esos hombres son viejos y están asustados.

Era verdad. Los de la isla estaban asustados. Ellos habían combatido muchas veces contra los de Etana, también contra otros primitivos que habitaban en otras de las cercanas islas. Jamás vieron sus ojos a un ser como el que estaba aproximándoseles ahora, con la piel dorada y la estatura gigantesca, al menos a sus ojos atónitos. ¿Quién sería, y por qué se les acercaba solo, sin armas, acompañado por un único guerrero que tampoco parecía hostil? Se miraron y gruñeron entre sí, palabras inquietas. No les gustaba aquello, no lo comprendían. Por si acaso, alzaron sus azagayas y se pusieron amenazadores.

Talgor no hizo caso a sus gestos ni a sus gruñidos. Sabía lo que debía hacer. Llegó sin prisas a unos treinta pasos de ellos y se detuvo, ordenando a Atto:

—Grítales quién soy y lo que puede sucederles si nos atacan.

Atto obedeció, aullando una sarta de terribles amenazas. Talgor, los brazos cruzados sobre el pecho, miraba a los de la isla y vio cómo reaccionaban.

En tiempos ya lejanos, leyenda para ellos, los de la isla formaron parte de una gran horda de primitivos empujada al mar por otra raza más numerosa y vigorosa, forzados luego a asentarse en una tierra que un día se hundió en los abismos durante un cataclismo geológico del que sólo quedaban aquella siembra de islas. Los de Etana pertenecían al mismo pueblo. Y aún no pasó tanto tiempo como para que las variantes del primitivo lenguaje común se convirtieran en ininteligibles para quienes hablaban otra de ellas. Entendieron cuatro de cada cinco palabras de Atto y, muy bien, algo tremendo. El ser distinto era un Hijo del Sol, había descendido, con los otros dos que quedaron con el resto de sus enemigos, más atrás, en un rayo luminoso desde el seno de su padre hasta la cima superior de la isla sagrada de sus enemigos. Ahora les acompañaban en su viaje de retorno. Los de Etana, pues, eran protegidos del Sol, inatacables e invencibles, aquel Ser de Luz provocaba la Llama y el Rayo juntando las manos, podía aniquilarles a ellos con un soplo de su boca.

Los isleños sintieron entrechocar sus dientes y doblárseles las rodillas de terror pánico. Pero aún vacilaban cuando Talgor avanzó solo, pausado, mirándoles fijamente. Y a cada paso suyo, los viejos guerreros sentían aumentar su terror. Finalmente, uno no aguantó más, dejó caer la azagaya y se echó al suelo, en la rubia arena, aullando como un perro.

Los demás le imitaron de inmediato. Hubieran muerto corajudamente ante enemigos mortales, hombres como ellos. Ante un dios, un Ser de Luz, un Hijo del Sol, ¿qué eran ellos, sino polvo?

Talgor les contempló unos instantes así, con reconcentrada expresión. En su mente bullían ahora muchos y muy encontrados pensamientos, también una leve amargura le llenaba la boca. Miraba a aquellos hombres temblorosos, gimientes de pánico, sumisos como perros, y recordaba a otros hombres, los de su supercivilizada sociedad. No había tanta diferencia entre unos y otros, en lo esencial.

—Tranquilizaos, hombres —les dijo después—. Ni yo ni mis acompañantes os haremos ningún daño, a vosotros o a vuestros hijos y mujeres. Yo les he traído la paz.

Los isleños sólo entendieron que el dios de voz sonora y dulce como el viento del mar en primavera, no iba a hacerles daño. Se tranquilizaron, pero mantuvieron su actitud de acatamiento. Y allí

arriba, en la espesura, las mujeres y los niños del pueblo, ahora, miraban atónitos la escena, mientras los de Etana permanecían apiñados detrás de Astrea y Erkon, silenciosos, inquietos y sin comprender. Atto, aislado de todos, se esforzaba por hacerlo.

—El hombre de Etana dijo la verdad. Soy, y también mis dos compañeros, un Hijo del Sol. Nuestro padre nos ha enviado para ayudaros a los hombres, a todos vosotros, a los de Etana y a los de esta isla, también a los de otras islas, a los de la gran tierra más allá del mar. Traemos grandes dones para todos vosotros y también leyes que deberéis cumplir.

Naturalmente, usó las palabras justas para acertar en la apenas desarrollada inteligencia de aquellos primitivos. Sobre todo, usó de su influjo telepático. Y ellos le entendieron, aunque confusamente. El Hijo del Sol les traía beneficios y paz, no muerte y destrucción, era, pues, un dios benéfico. También les traía leyes, órdenes que deberían cumplir, so pena de sufrir terribles castigos. Era, pues, un dios temible.

—¿Quién es el de más edad entre vosotros, uno al que respeten los demás?

Guro, hijo de Alaja, se incorporó, tembloroso. Cincuenta y dos veces habíase renovado la primavera desde su nacimiento, fue un gran cazador, un poderoso guerrero, había matado a muchos hombres, de los de Etana y de los de las otras islas. Ahora ya no era jefe, pero los suyos tenían muy en cuenta sus palabras en el consejo de los guerreros. Reuniendo todo su valor, atrevióse a ponerse sentado sobre sus talones y con las palmas hacia adelante, en conjuro, la mirada en los pies del dios, y a responder:

—Guro, hijo de Alaja, se atreve a hablarte, Hijo del Sol. Soy muy viejo y he sido jefe de mi pueblo, los guerreros me escuchan. Ahora soy tu perro y pongo mi cuello bajo tu pie.

—Bien. Tú me sirves. ¡Atto! Acércate, deja tus armas en la arena.

Desconcertado, Atto obedeció, preguntándose qué le querría el dios. Todo aquello era muy extraño, completamente nuevo.

—Guro, hijo de Alaja, ponte en pie y mira a Atto, hijo de Etana, jefe de su pueblo.

Guro obedeció. Y los dos primitivos contempláronse entre hostiles y curiosos. Talgor se había apartado dos pasos y les miraba.

Todo lo demás era silencio ahora, a la luz del atardecer.

—Atto, tiende tu mano abierta. La derecha, la de la azagaya.

Nervioso, inquieto, Atto obedeció.

—Guro, tiende también tu mano, júntala con la de Atto.

El isleño así lo hizo, ambas manos quedaron juntas temblorosas.

—Ahora, cerrad cada uno vuestra mano en la del otro. Fuerte.

Obedecieron. No entendían. ¿Qué deseaba el dios?

—Esta es la señal de paz entre vosotros y entre vuestros pueblos. Con la mano que lanza la azagaya y empuña el hacha estáis apretando la mano del otro, y ésa es la paz. En adelante, cuando un hombre de Etana y otro de esta isla se encuentren, se tenderán la mano y apretarán así sus dedos, luego cazarán, lucharán, comerán y dormirán juntos, como hermanos. Y si alguien rompe este pacto, mi padre el Sol lo destruirá a él y a los suyos, romperá sus armas y hará que su espíritu vague eternamente entre tinieblas perseguido por todos los espectros de la noche. ¿Lo habéis entendido, los dos?

Lo habían entendido. La maldición era tan terrible, que todos sus huesos pusieron a temblar, chocaron sus dientes y sudaron frío. Porque los primitivos sentían horror a las tinieblas y a los espíritus de los muertos, un horror difícilmente concebible. En adelante, no serían ellos quienes rompiesen el pacto del dios.

—Ahora decidlo, Atto, hijo de Etana, ya eres mi hermano. Guro, hijo de Alaja, ya eres mi hermano.

Lo repitieron. Para ellos, la palabra era un conjuro, cada palabra tenía muchos significados, según fuera sola o en compañía de otras, según se pronunciara de una u otra forma. Ahora, ellos eran como nacidos del mismo vientre y como si hubieran cazado juntos al león.

Talgor ordenó acercarse a los de Etana y levantarse a los isleños. Cuando todos estuvieron reunidos, aunque todavía ambos grupos separados, dictó sus órdenes con imperio. Los primitivos escucháronle con absoluta sumisión.

—Guro, envía a dos hombres a reunirse con los cazadores y guerreros, para darles la buena nueva de nuestra llegada y contarles todo lo sucedido aquí. Diles que hemos llegado para terminar toda

lucha entre vosotros y los de Etana, porque os miramos a todos como hijos nuestros por igual. Vamos a daros a vosotros los mismos dones que a los de Etana; también leyes que deberéis seguir. Así tendréis prosperidad y viviréis en paz...

CAPÍTULO VIII

Las mujeres y los niños, llamados por los ancianos, reaparecieron temblando y llenos de curiosidad. Al ver a los terrestres, reaccionaron como todos los primitivos. Ellos eran los más débiles, los que más ganarían con la paz. Cuando de labios de Guro escucharon que ya no deberían temer de los de Etana, no podían creérselo, pero cuando añadió que los Hijos del Sol ordenaban y garantizaban la paz, ya no dudaron más.

Hubo algo más. Guro contó que los Antepasados estaban enojados con ellos, habían descargado un terrible castigo sobre el poblado. Varios de sus habitantes yacían poseídos por el Espíritu del Fuego, ya habían muerto algunos y ningún exorcismo tenía éxito. Añadió, mirando de reojo a los de Etana, que al ver aparecer sus almadías pensaron que eran ellos quienes trajeron el mal y ellos quienes deberían aplacar a los Antepasados. Pero ahora el Sol les enviaba a sus hijos y seguro que los Seres de Luz sabrían vencer al Espíritu del Fuego.

Talgor y Astrea pidieron ver a los enfermos. Les condujeron a una cabaña muy apartada de las demás.

Allí, en la penumbra del crepúsculo, descubrieron, tirados como animales, a tres hombres, dos mujeres y nueve niños de distintas edades, todos sin lugar a dudas muy enfermos. Cuando vieron aparecer a los terrestres, el terror pánico se reflejó en sus rostros lívidos. Sudaban algunos, otros tiritaban con fuerza.

Astrea, como tocaba a su profesión, había estudiado Medicina. De hecho en la sociedad supercivilizada que había abandonado ya no existían las enfermedades; los seres humanos alcanzaban, normalmente, el límite biológico de la vida de aquella especie alrededor de los doscientos años. Además, se había logrado retardar la degeneración de células y tejidos, arterias y huesos, de tal modo que los primeros síntomas de vejez solían presentarse después de los cien años de edad y a los ciento treinta un hombre, o mujer estaban considerados en plena madurez física y mental. Ella sólo tenía treinta y uno, era una adolescente todavía. En cambio, su potenciado cerebro D-9 acumulaba conocimientos de su profesión que en los últimos tiempos de la Edad Oscura, antes de la Gran Hecatombe, habríanla convertido en un genio de la Medicina.

—Tienen una enfermedad que en la Edad Oscura era conocida como fiebre intermitente —dictaminó—. Al parecer la producían una serie de subenfermedades características de las regiones templadas y tropicales de nuestro planeta en aquellos tiempos. Existían unos insectos, llamados mosquitos, que la transmitían en alguna de sus variantes, otras eran altamente contagiosas.

—¿Podrías curar a esos desdichados?

—Compréndelo, tal enfermedad ya no existe en nuestro mundo desde hace mil años, Talgor. Tengo que recordar lo que nos explicaban en la Historia de la Medicina. Necesito algún tiempo, pero hay una terapéutica eficaz. Higiene, la limpieza... Si mañana puedo explorar la isla, tal vez encuentre algo que podamos utilizar, plantas medicinales antifebrífugas, qué sé yo... Toda esta noche la pasaré reflexionando, para mí será una experiencia totalmente nueva. Y no sé siquiera si algo lograré.

Era otro de los grandes problemas con los que aquellos seres ultracivilizados se enfrentaban en aquel mundo primitivo. La Enfermedad, desaparecida totalmente del suyo, vencida por la Ciencia, alzábase ante ellos como un temible espectro del pasado. ¿Serían ellos vulnerables?

—No lo creo. Hace muchos siglos que nos inmunizamos. Sin embargo, nos encontramos en un mundo distinto. Pueden existir en él gérmenes, virus, que podrían moverse en nuestros organismos. ¡Si vieras cómo estoy echando de menos mi laboratorio!

—Aquí sólo disponemos de nuestros cerebros, Astrea. Y ellos deberán sacarnos de todos los apuros.

Y sus apuros iban a ser muchísimos. Porque poco después, por ejemplo, Atto llegó, no muy tranquilo, a pesar de todo, anunciándoles que los hombres de la isla venían.

Eran cerca de un centenar, tal vez. Salieron de las espesuras y se amontonaron sobre el terreno despejado, formando un grupo sombrío. Ya se había puesto el sol, y el día terminaba con un crepúsculo muy hermoso. Sin duda los enviados encontraron a los cazadores, corridos por la maniobra de los forasteros, cuando venían a toda prisa hacia la aldea, repletos de temor y de odio. Lo que les dijeron a no dudarlo había provocado una gran turbación en sus espíritus, pero no bastaba. Guro se lo dijo a Talgor.

—Manan, hijo de Ula es quien manda a todos los guerreros. No le gustará lo que hemos hecho.

Al parecer en la isla existían varios poblados, tres o cuatro, situados en lugares estratégicos. Cada poblado tenía su propio jefe, pero toda la isla obedecía a uno.

Y aquel Maan debía ser tan cuidadoso de su poder como todos los jefes en todas partes.

—Iremos a ver a Maan, hijo de Ula. Seguidme los dos.

Talgor ya tenía su plan de acción bien definido. Por eso sólo se hizo acompañar de Atto y de Guro, los cuales, desarmados, siguiéronle a corta distancia como perros fieles.

La horda de cazadores neolíticos se removió como un rebaño de ovejas que olfateaba al lobo, cuando le vieron avanzar. Sin la menor duda, todos los primitivos sentían un supersticioso terror ante el ser sobrenatural enviado por el Sol a su mundo, sin duda para gobernarlos y castigarlos si desobedecían. Estaban ocurriendo cosas incomprensibles y tremendas ante las cuales no podían reaccionar. Observaron cómo avanzaba, sola, impasible, la para ellos gigantesca figura del Ser de Luz, tan distinta a la propia y no les cupieron dudas sobre su total derecho a mandarlos. Poco a poco, todos sintieron como el mismo pánico oscuro les ablandaba los huesos.

Todos menos uno. Maan, hijo de Ula, era el más fuerte y el mejor luchador de entre ellos. Había conseguido ser reconocido por jefe de todos los hombres. Era también, un ser especialmente brutal y feroz, astuto, quisquilloso. Las noticias que le dieron los dos ancianos lo asustaron, pero aumentaron su irritación. Por el camino vino rumiando terrores alternados con rabias y el resultado era que ahora se encontraba indeciso. Pero todo su ser clamaba por luchar y matar. Aulló a sus cazadores que él no temía a los Hijos del Sol y que iba a demostrárselo, luego avanzó dos pasos, alzó la larga azagaya y la disparó.

La tiró con velocidad y puntería, al pecho de Talgor. Pero Talgor le era infinitamente superior en todo. Los miembros del Orden Primero no sólo potenciaban sus magníficos cerebros al máximo, sino también sus cuerpos. El deporte físico era una de sus dedicaciones continuas. Sus cuerpos poseían a la vez fuerza y elasticidad, además de belleza. Vio el inicio del ademán del primitivo y supo qué se proponía, antes, incluso, de que Maan disparara su pesada azagaya. Calculó matemáticamente la distancia y el impulso del arma. Cuando ésta llegaba buscándole el pecho, dio un ágil salto de costado y la azagaya se limitó a pasarle, inofensivamente, a más de medio metro de distancia para ir a clavarse en la arena, entre los horrorizados Guro

y Atto.

Entre los primitivos surgió un ulular profundo. Nunca antes vieron a Maan fallar un disparo. Y aquel Ser de Luz tenía la agilidad del gran gato moteado de la Tierra Grande.

El propio Maan quedó como paralizado por el fracaso. Luego, cuando Talgor avanzó hacia él, a paso elástico, el primitivo reaccionó, echando mano a su hacha de piedra. Había atacado a un dios. Tenía que seguir atacando, no le quedaba otra salida.

Era justo lo que deseaba Talgor. En aquel mundo imperaban la fuerza salvaje y la lucha. Había que probar a los primitivos que él, un dios, era más fuerte y mejor luchador que cualquier hombre. Sólo así completaría su dominio sobre ellos.

Esperó, pues, a pie firme, el ataque de Maan, como esperaría el torero la embestida del toro furioso. Y cuando el primitivo llegó a su lado y trató de descargarle el formidable golpe con su hacha de sílex, fintó, ágil; le atrapó la dura y velluda muñeca armada, y de un bien medido tirón, le hizo perder el equilibrio en la embestida, dejándole a su merced. Un instante después,

Maan, con un rugido de terror, rabia e incredulidad, veíase con el brazo derecho torcido a su espalda, por una mano cuya fuerza no podía contrarrestar, caía de rodillas, y, a pesar de todos sus esfuerzos y todo su vigor físico, iba a parar de bruces en la arena. Convencido de que no le quedaba otro remedio, Talgor aumentó la torsión y, con un chasquido que todos los primitivos escucharon en el impresionante silencio, el antebrazo de Maan se partió.

El dolor hizo aullar al primitivo, aullido que provocó otro mucho mayor de la horda atónita. Pero Talgor estaba decidido a ser implacable. No le quedaba otro remedio, si deseaba mantener la vida y el prestigio.

Soltando al vencido Maan, saltó hacia atrás. La breve lucha apenas le había provocado una ligera traspiración; respiraba algo más fuerte, eso era todo. Afrontó a la horda y le habló, imperioso:

—¡Oídmme, hombres! ¡Maan, hijo de Ula, me ha atacado, despreciando mi aviso! ¡Todos habéis visto cómo me atacaba y cómo le he vencido! ¡Ahora está caído a mis pies, podéis verlo, y su brazo, el que usó para atacarme, está roto! ¡Maan merece un castigo y yo se lo daré!

Los primitivos gimieron como perros. Todos ellos estaban ya

archiconvencidos de hallarse ante un dios y su pánico era absoluto. Sin embargo, aún no hundieron las caras en la arena, porque el dios les anunciaba el castigo del sacrilegio que había osado atacarle y querían, necesitaban verlo.

Dirigiéndose al vencido, que se retorció de dolor en la arena, Talgor le ordenó levantarse. Maan, ahora, también sabía que atacó a un dios y que estaba perdido sin remedio. Se levantó despacio, agarrándose el antebrazo roto.

—¡Mírame! Tú me has atacado para matarme, aunque te avisaron que venía en paz y a haceros bien. Ya no eres un hombre, Maan, hijo de Ula. En adelante se meterá dentro de ti el espíritu de un perro y tu propio espíritu vagará eternamente por las sombras. Serás un perro de ahora en adelante, Maan, hijo de Ula. Aullarás como un perro, andarás a cuatro patas como ellos y no cogerás la comida con las manos sino con tu boca, como hacen los perros. ¡Ya eres un perro, Maan, hijo de Ula! ¡Demuéstralo!

Ante los ojos aterrorizados de la horda, Maan, que había permanecido de pie, rígido, mirando fascinado a Talgor, cayó de rodillas lentamente, se puso a cuatro patas como si no sintiera el dolor de su brazo fracturado, y, alzando la cara emitió exactamente el aullido del perro sin amo.

Fue demasiado para la horda. Acababan de presenciar un gran prodigio; el Hijo del Sol, el Ser de Luz, había convertido a su jefe en un perro, quitándole el alma y mandándola a vagar eternamente por la negrura. ¿Cabía un castigo más atroz para un primitivo?

Todos se echaron a la arena, soltando sus armas, entrechocando dientes, aterrorizados y temiendo ser también convertidos en perros. Incluso Atto y Guro no lo pudieron resistir. A pesar de creerse amigos del dios, tiráronse también a tierra y le reverenciaron. Era demasiado, demasiado.

Aunque sólo era hipnotismo. Por más que Talgor entonces lo ignoraba, el efecto producido por su fortísima voluntad de supercivilizado con una mente potenciada para mandar en la muchísimo menos desarrollada mente del primitivo había sido excesivo, algo semejante a si se aplicara una potente descarga eléctrica para encender una simple bombilla casera. Algo había estallado dentro del cerebro de Maan, hijo de Ula, y nunca más reaccionaría frente al impacto hipnótico; nunca volvería a ser un hombre. Continuaría siendo, sintiéndose, actuando como un perro, y daría origen a un mito religioso que perduraría milenios y milenios.

Pero de momento ni el propio Talgor lo podía imaginar. Dominó con su sonora voz el quejumbroso ulular de la horda.

—¡Nadie tocará a Maan, hijo de Ula, mientras sea perro! Quien lo toque se convertirá en lo que él es ahora. Oídmelos bien. En adelante, Guro, hijo de Alaja, será vuestro jefe, el de toda la isla. Los guerreros tendrán sus jefes de campaña, pero será siempre un consejo de ancianos quien gobierne al pueblo, porque en él estará reunida la experiencia. Repetid mis palabras, hombres, una por una, yo lo ordeno.

La horda obedeció. Y al repetir aquellas palabras, volvíanlas sagradas, establecían un pacto con los dioses y creaban un código legal. Nadie, en adelante, por espacio de muchos milenios, se atrevería a vulnerarlo.

CAPÍTULO IX

Muchos prodigios ocurrieron en aquella isla durante los tres días siguientes, prodigios que los primitivos grabaron tan profundamente en sus espíritus, y transmitieron a sus descendientes con tal fidelidad, que milenios después formarían magníficos mitos.

Por ejemplo, al día siguiente, cuando el sol apareció, Astrea, acompañada por las hermanas de Atto y otras dos mujeres de la isla, salió a explorar la tierra. Llevaban como escolta a dos de los cazadores de Etana y a otros tantos isleños, ahora vueltos hermanos de sangre y amigos, por medio de la ceremonia especial que Talgor ideó y en la cual le sirvió Erkon de mucho, encendiendo varias hogueras en un tiempo mágico para los primitivos. Nadie pensaba ahora en luchar, o en devorar carne de enemigos. Con ellos se encontraban los Hijos del Sol, los Seres de Luz, y todo había cambiado tan bruscamente que sus cerebros no podían asimilarlo.

Astrea no había dormido, resucitando en su mente viejos estudios cursados en su mundo, tenidos casi por inútiles, mero sustrato intelectual de su profesión. Gracias a ellos, no obstante, pudo descubrir algo en la flora isleña, que podía servirle para sus propósitos. Cuando hacia el mediodía retornó a la aldea, dos de los niños y una de las mujeres habían muerto; los demás estaban mal de veras. Hizo que los vivos fueran sacados de la choza y transportados junto al manantial de donde se surtían los primitivos de agua potable. Aguas abajo del mismo, los enfermos fueron lavados concienzudamente, siguiendo sus instrucciones, por las sacerdotisas de Etana y las mujeres escogidas de la isla, que ya eran también sacerdotisas por tal hecho, mientras en recipientes de arcilla cocida hervía aquellas hierbas medicinales y vigilaba su cocción en tres pequeñas hogueras. Todos los primitivos permanecían a distancia, inmóviles, contemplando las para ellos prácticas mágicas.

—No tengo ni la menor seguridad de haber acertado —le confió, preocupada, a Talgor, que a su vez había estado realizando otras tareas importantes con Erkon como la de subir a lo alto de una de las montañas mayores de la isla, acompañados por isleños y hombres de Etana—. Ojalá acierte.

—Acertarás. Estamos iniciando una tarea asombrosa y muy duradera, que no puede fallar.

—¿Tú crees? Yo me siento más desalentada cada vez. Es tan increíblemente primitivo este mundo...

Lo era, y mucho. Pero Talgor ya sabía la magnitud y la índole de la tarea que tenía por delante. Abrumadora y fantástica, magnífica, increíble... muy adecuada para un Orden Primero, rebelado contra las leyes de su supercivilizada sociedad y condenado por ella a expulsión absoluta de la misma.

Él y Erkon no habían perdido su tiempo, mientras Astrea rastreaba plantas medicinales. Llevándose a algunos cazadores, penetraron en la isla y treparon a lo alto de uno de sus montes mayores. Desde allí pudieron contemplar un panorama maravilloso en verdad. Islas cercanas y lejanas por todas partes excepto a Poniente, donde la línea de la tierra, quebrada y alta, por cierto, extendíase en todo el horizonte. Atto le dijo que aquélla era la tierra firme a donde ellos deberían llegar. Talgor se había agenciado una piel curtida de animal, blanquecina y tersa. Ahora, con el zumo de unas bayas y un pincel que le fabricó diestramente Erkon, utilizando una ramita de arbusto, dibujó los contornos de la isla en que estaban. También debidamente todas las que desde allí se divisaban. Los primitivos no osaban acercarse a ellos, imaginándoles realizando ritos mágicos y en habla con su padre, el Sol. Habían quedado algo más abajo, apiñados, comentando entre sí los prodigios de que eran testigos.

También los dos terrestres inspeccionaron el terreno, recogiendo algunas piedras que Erkon hizo cargar a los primitivos. Talgor iba muy reconcentrado, pero ni siquiera Erkon lo advertía. Hizo recolectar fibras vegetales, determinados tipos de ramas, de tallos, de flores... también algunos insectos y otros animales, de los que al parecer la isla no abundaba. Resinas... cosas que los primitivos llevaron a la aldea con máximo cuidado, considerándolas ya sagradas.

Al parecer, los isleños también navegaban en sus almadías, a otras islas que sabían deshabitadas y, a veces, si tenían necesidad o buen viento, a la tierra firme para procurarse carne. En la isla apenas si había animales grandes, fuera de aquellos de largas orejas y suave pelo, con el cual los isleños se fabricaban cobijas para el tiempo frío, y una especie de cerdos salvajes, feroces y muy difíciles de capturar. Los isleños comían mucho pescado y también crustáceos, que recolectaban en los acantilados de la costa. Desde luego, ignoraban totalmente la agricultura, aunque sí conocían el valor alimenticio de ciertas bayas y ciertos frutos, los cuales recolectaban y guardaban entre arena seca.

Cuando Astrea calculó que la cocción era óptima, hizo retirar del fuego las vasijas y después, dejar que se enfriaran. Con arcilla, que

abundaba en un punto no lejos de la aldea, Erkon había fabricado velozmente, ante el asombro de los primitivos, aquellas vasijas y también unos cubiletes, los cuales secó después a fuego lento. Entonces Astrea hundió uno de los cubiletes, en una de aquellas vasijas, llenándolo del líquido resultante de la cocción de hierbas, miró a Talgor y le dijo por telepatía:

—Ojalá resulte...

Él la animó del mismo modo y ordenó que alzarán a uno de los enfermos más graves, un niño de unos doce años, que tiritaba entrechocando dientes y deliraba presa de alta fiebre. Mientras su padre, asustadísimo, obedecía, Erkon le abrió la boca y Astrea hízole tragar la infusión, quieras que no. Luego fue repitiendo la tarea con los demás, hasta que no quedó líquido.

—Necesitaré más de esas hierbas, pero no tengo ganas de seguir buscándolas, estoy fatigada y arañada.

—No hace falta. Irán las mujeres que te acompañaron. Diles lo que quieres, ellas te lo traerán.

Las cuatro «sacerdotisas» escucharon atentamente la explicación de Astrea, sonrieron y partieron veloces. A media tarde volvieron cargadas con tal cantidad de aquellas plantas que sobraría para curar, si en verdad eran eficaces, a todos los enfermos.

Al atardecer, Astrea comprobó con gran alegría y no menos alivio, que, a todos les remitía velozmente la fiebre, luego de la tercera toma de tisana.

—¡Acerté, Talgor, acerté! ¡Es maravilloso, no puedo comprenderlo, sólo pude guiarme por sombras de recuerdos...!

—Posiblemente algo más te guió —le repuso él con seria sonrisa. Y la acarició despacio, haciendo que la mirada de Astrea se cuajara, cambiando su expresión.

—Talgor..., ¿se puede amar más de una vez? Tu sabes de eso y de todo, mucho más que yo.

—Los antiguos afirmaban que sí, pero que sólo existía un verdadero y grande amor. Yo sólo sé que estoy comenzando a sentir hacia ti algo que no imaginaba que existiera; que es profundo, grande, hermoso y puro.

—A mí me está ocurriendo igual. Se me borra velozmente el recuerdo de aquel otro al que amé al modo antiguo, en nuestro

mundo. Tú lo suplantas cada vez con más fuerza. Es un gran prodigio, ¿verdad?

—Sí, lo es...

Los enfermos sanaron velozmente. Alguna o algunas de las hierbas recolectadas por Astrea debían, en efecto, ser antipiréticas. Otras poseerían propiedades terapéuticas que hacían aquellas tisanas altamente eficaces para curar tal enfermedad. Sea como fuere, a los ojos atónitos de los primitivos el prodigio estaba claro. La Hija del Sol, el Ser de Luz, había expulsado del sufriente cuerpo de sus parientes a los Demonios del Fuego y el Dolor, dándoles de nuevo el Sople de Vida. Para ello, se había servido de unas hierbas que crecían en la isla por todas partes y que ellos, en adelante, podrían coger y cocer con agua del manantial ya vuelto sagrado. Usarían aquellas vasijas del barro rojo amarillento que tanto abundaba al pie de la colina roja y que el dios de cabellos de fuego había modelado con sus propias manos, enseñándoles cómo debía hacerse, para que después les sirviera para guardar más alimentos. Los Hijos del Sol cumplían con creces todas sus promesas, dándoles abundancia, bienestar, salud, paz y alegría. Eran, pues, dioses buenos, dignos de todo acatamiento. También dioses temibles. Por allí andaba Maan, hijo de Ula, convertido en perro, para atestiguarlo. Debíaseles, pues, un reverente temor.

La revolución realizada por Talgor, en aquella pequeña comunidad humana, en unos pocos días, resultó comparable, por su importancia y efectos posteriores, a cualquiera de las grandes revoluciones de la historia de la Tierra. Porque no sólo dio a los primitivos nuevas técnicas, nuevos utensilios, nuevos medios de combatir las enfermedades endémicas que los afligían, sino también las bases de un verdadero código legal.

—El hombre no volverá a comerse la carne del hombre en sus festines... Los Ancianos formarán en Consejo... Habrá en adelante paz de hermanos entre los de esta isla y los de Etana. Cada uno podrá ir tranquilamente a la tierra del otro y solicitarle ayuda. Cazarán juntos y juntos comerán. Los hombres de cada tribu podrán ir a buscar mujeres en la otra, pero tendrán que llevar regalos abundantes para la familia de la mujer y no se la llevarán por la fuerza...

Era, en efecto, una gran revolución. Una pequeña semilla incrustada en tierra fecunda, que permitiría a un puñado de primitivos caminar más aprisa por la larga y áspera senda de la Civilización.

Sólo Talgor sabía por qué estaba poniendo tanto interés, tanta paciencia y tanta energía en aquella tarea.

CAPÍTULO X

Siete días después de su arribada a la isla, los terrestres la abandonaron, en compañía de las gentes de Etana. También llevaban con ellos a tres hombres jóvenes y tres muchachas núbiles de los isleños. Se trataba del último eslabón de la cadena con la que Talgor se proponía unir a ambas tribus. Los tres muchachos tendrían que desposarse con mujeres de la tribu de Etana y convivir durante un año con la tribu, cazando y luchando a las órdenes de Atto. Cuando los de Etana realizaran su nueva peregrinación a la isla sagrada, retornarían a su isla con sus mujeres. Las muchachas se habían casado ya con tres jóvenes cazadores de los de Etana, que no tenían esposa en su tribu, y les seguían ahora a tierra firme.

Era una muy hermosa y luminosa mañana, cuando Talgor dio la orden de partir. Cargadas de presentes y alimentos, las almadías hundíanse en el agua, pero habían sido recubiertas cuidadosamente con arcilla en su parte superior, reforzadas cuerdas y velas, que ahora eran totalmente de pieles y vejigas de cerdo salvaje cuidadosamente cosidas. Los alimentos iban resguardados del agua salada, al menos los destinados a los terrestres, en «cajas» de arcilla casi líquida mezclada con hierbas, que la habilidad manual de Erkon había inventado y resultaron ser excelentes. Otro regalo de los dioses a los primitivos de la isla, que los despidieron con inusitadas demostraciones de dolor, paliadas por la promesa recibida de que serían otra vez visitados en un día cercano.

Ahora, las almadías ya no dependían de las corrientes y del capricho de las olas, por completo. Erkon también se había ocupado en construir más canaletes, endureciéndolos al fuego, y los de Etana tenían grandes deseos de llegar a su tribu con los Hijos del Sol. Por cierto, Talgor no había descuidado otros detalles en apariencia nimios, pero muy importantes. Ellos tres ya calzaban verdaderos calzados que Erkon se ocupó, ayudado por los más hábiles de los primitivos, en cortar de sendas pieles de cerdo salvaje, ya curadas, y unir, utilizando agujas de hueso y resistentes fibras vegetales además de delgadas tiras de piel, a unas suelas de cuero de buey salvaje, cuyo grosor y dureza garantizaban la duración de aquellos rústicos borceguíes. También iban cubiertos con jubones de delgadas pieles cuidadosamente cortadas por Erkon, sobre patrones dibujados en la arena por Astrea, quien, como mujer, tenía metido en los tuétanos lo suntuario, y luego

cosidas delicadamente por las hábiles isleñas y las no menos hábiles — a más de celosísimas de su papel de sacerdotisas— hermanas de Atto.

Talgor había hecho más. Se hizo cortar de un determinado árbol, una determinada rama que él mismo, con el sílex, peló y trabajó cuidadosamente, tarea manual a la que los del Orden Primero no estaban ni mucho menos habituados pero que realizó poniendo en ella los cinco sentidos. También se hizo preparar determinados tendones de dos cerdos salvajes recién cazados, formando con ellos una especie de cuerda. Sólo a sus compañeros dijo qué estaba haciendo.

—Como ves, Astrea, construyo un arco. Allá, en nuestra sociedad, lo usábamos, como sabes, para jugar por puro deporte, para fortalecer nuestros músculos y divertirnos en las competiciones deportivas. Pero en la Edad Oscura durante miles de años, el arco fue arma capital de los humanos, en sus guerras y en la caza. Y me parece que estos primitivos aún lo desconocen. Yo podía atravesar un blanco sito, a cien metros de distancia con un arco de aquéllos, pero naturalmente eran muy distintos, así como las flechas, a lo que ahora puedo fabricar. De todos modos, puede sernos muy útil en adelante.

Sólo se fabricó uno para él; no había tiempo ni medios para hacer más. También fabricaron, él y Erkon una veintena de flechas con varas cuidadosamente escogidas de alguno de entre los árboles de las umbrías, peladas, aguzadas por una de las puntas y endurecidas a fuego lento, mientras en la otra punta acoplábanles plumas de pájaro en calidad de timones. Una serie de pruebas realizadas por ambos, una vez el arco estuvo construido y endurecido también a fuego lento, les sirvieron para rectificar fallos de construcción y contar con un arma de gran efectividad a unos sesenta metros de distancia. Aquellas flechas de madera no eran gran cosa, pero acoplándoles puntas de sílex de hueso, podían matar a un hombre, o a un animal mediano, a tal distancia.

Partieron, pues, vestidos y relativamente armados, de la isla, no sin antes realizar otra hazaña. Aquella isla era larga de unos veinte kilómetros, pero estrecha. En algunos puntos no medía arriba de tres kilómetros a vuelo de pájaro. Por uno de aquellos istmos hizo Talgor que los primitivos transportaran las tres almadías a hombros, hasta una caleta serena, donde reunieron todo el equipaje y se embarcaron. Con ello no sólo ahorrabán una jornada de viaje por mar, sino que aprovechaban de inmediato la brisa mañanera, para la partida.

—Sólo hay una veintena de millas marinas hasta esa pequeña isla y después habremos entrado en el gran golfo de tierra firme. El viento y la corriente nos permitirán realizar el viaje en una jornada, si

no surgen complicaciones.

Nadie le preguntó por qué se sentía tan seguro.

Y no se engañó. Poco después del mediodía llegaron a la costa de una isla pequeña y deshabitada, donde no se detuvieron. Podían advertir que se encontraban en mitad de la embocadura de un inmenso golfo, bordeado de tierras altas y frondosas, lleno de bosques. Un enorme promontorio oscuro penetraba en el mar, al Norte, y hacia el Sur, apenas divisábase, como una nube azul, lo que no era sino otra punta de tierra. Atto afirmó que se trataba de un profundo seno del mar, lleno de islas. Los de Etana no lo habían recorrido todo; no se atrevían, dijo, porque la tierra estaba llena de grandes fieras. También había más allá, hacia el fondo del golfo, tribus enemigas con las que estaban normalmente en guerra.

Aquéel era el mar más maravillosamente azul y luminoso que los terrestres pudieran imaginarse; también el más tranquilo y fragante. Ahora mismo la brisa traía los olores de la cercana tierra firme mientras bogaban hacia ella. Muy lejos, detrás de los primeros montes, alzábanse otros de muy altas cimas, rocosas, sin duda descarnadas, aunque tenían sus laderas tupidas de bosques. Volaban grandes pájaros marinos por encima de las almadías y los delfines manteníanse formándole escolta. Astrea lo miraba todo entusiasmada.

—Este es un lugar maravilloso, Talgor, no existe en nuestro mundo nada parecido.

—Existió, hace muchos miles de años, en los albores de toda civilización. También allí, entonces, los mares estaban colmados de peces comestibles; las tierras cubiertas de árboles y matorrales, de flores brillantes; de animales grandes y hermosos, unos útiles, otros peligrosos, o terribles. También el cielo veíase surcado por los pájaros y el aire traía gratos perfumes, y la luz del sol no era dura, implacable, sino generosa, como aquí ahora.

Su voz profunda, sonora, modulada, en tono muy bajo, sólo para ser oído por la mujer que le escuchaba, tenía resonancias extrañas, que hicieron a Astrea mirarle con fijeza.

—¿Echas mucho de menos a la Tierra, Talgor?

—Mucho menos que tú. Mira qué bellos son esos delfines. Son de la misma especie que abundaba en los mares terrestres en la Edad Oscura. Decíase que eran mamíferos vueltos al mar y que eran tan inteligentes como los humanos, amigos de éstos, amables y simpáticos.

—Si se parecían a éstos, sin duda lo debieron ser...

Siguiendo las órdenes de Talgor, los primitivos desviaron a golpe de canaleta las almadías y las toscas velas coadyuvieron, tomando adecuadamente el viento, a llevarlas hacia la costa. Atto miraba atentamente y demostró su alegría al señalar un punto de la misma.

—¡Allí desembarqué una vez, hace años, en mi segundo viaje!

Era al parecer una amplia playa, antesala de un valle abierto, no muy grande, cercado por un arco de colinas abruptas y boscosas. Talgor hizo ir allí a las almadías y aún estaba alto el sol cuando encallaron en la dorada arena. Había cesado por completo la brisa y un silencio profundo lo llenaba todo, salvo el rumor eterno del oleaje. Talgor, como de costumbre, fue el primero en saltar a tierra, siguiéndole Astrea y luego los primitivos que sacaron las almadías del agua.

No era demasiado lo que podían distinguir, pero sí lo suficiente para darse una buena idea de la región. Delante de ellos había una franja de matorrales sobre dunas bajas. Más allá árboles no muy grandes, de copas verde-gris, y otros mucho más altos, con espléndidas copas anchas, formadas por finas agujas verde oscuro, que siempre parecían tener en ellas anidando a la brisa. A la derecha alzábase un gran monte, abrupto, con laderas tupidas de bosque, cerrando todo el horizonte oriental. Luego había colinas abruptas, que también aparecían cubiertas de arboleda. Al Norte uníanse a otro monte aún mayor, muy abrupto también, cuya parte superior y cimas más altas aparecían desnudas de vegetación, surcadas por profundas barranqueras donde el sol de la tarde formaba profundidades violeta oscuro. El color de las peñas de aquel monte era más claro que el de las rocas del que cerraba el horizonte oriental. También sus estribaciones descendían hacia el mar, penetrando en él para cerrar la bahía. Al Oeste, a lo lejos, había una isla grande, de muy altos y recortados perfiles. Otra, mucho más pequeña y cercana, surgía del mar a corta distancia del promontorio norte de la bahía y entre ambas, casi daban la impresión de cerrar el gran golfo por aquella parte.

Talgor se adelantó solo, portando su arco y las flechas metidas en una piel de cabra salvaje puesta a su espalda y sujeta por una tira de piel, colocada en banda sobre su pecho. A los primitivos parecióles aún mayor su estatura y más formidable su aspecto, conforme trepaba a lo alto de una duna grande para mirar a lo lejos. Luego desapareció ante sus ojos, para reaparecer poco después, sin prisa. Ya todos

estaban en tierra firme, sobre la suave arena de la playa. Habló a Atto como solía, tranquilo e imperioso.

—Llevad las almadías detrás de las dunas, entre los árboles. Acamparemos allí. Que tus cazadores acopien leña seca para las hogueras. ¿Sabes si por aquí hay animales peligrosos?

—Tiene que haberlos. Grandes gatos manchados y también puede que leones. Allí delante, al pie de ese gran monte, nosotros hemos cazado hace tiempo al gran gato de melenas y también al otro, mucho mayor y más terrible, que vive en las cavernas. Ya quedan muy pocos por aquí, pero más al Norte aún abundan en las grandes montañas. Tampoco se ven ya cerca del mar los gigantes peludos de cuernos largos como un hombre, y más aún, que tienen una nariz muy larga y la mueven como una gran serpiente; de esas, ya ni siquiera en muchos días de marcha hacia el Norte es fácil encontrarlos pero en los días de la madre de Etana sí que había. Era muy difícil cazarlos pero con la carne de uno de ellos tenía toda la tribu para comer durante más de una luna. Lo que sí abundan son las bestias peludas que atacan moviéndose sobre las patas traseras y comen de todo, carne y también ramas de árboles... Al otro lado de los montes, a tres jornadas de marcha, hay una llanura muy grande y pantanosa, llena de lagartos más grandes que un hombre y cuya piel es dura como lascas de piedra, a cuyas bocas están llenas de dientes crueles y pueden partir a un hombre en dos pedazos, de una dentellada.

Atto hizo pausadamente su explicación, con todo lujo de detalles gráficos, al estilo que siempre han usado los cazadores, imitando también las voces de las grandes bestias peligrosas y su modo de moverse, de acechar y de atacar. Fue la suya una verdadera y completa pantomima mágica, escuchada silenciosamente por los demás primitivos, que, avezados a convivir con aquellas bestias y a temerlas, trataban todo lo referente a ellas con respetuoso y religioso cuidado. Talgor tradujo la información a sus dos compañeros terrestres, que también escuchaban atentos.

—Al parecer, hay animales semejantes a los antiguos leones, leopardos, elefantes, osos y cocodrilos de la Tierra.

Hubo que explicárselo mejor a Erkon, que desconocía totalmente la existencia de tales bestias feroces en su planeta de origen en antiguos tiempos, dado que a los del Orden Decimoctavo, como a los de todos los órdenes inferiores al Séptimo, sólo se les instruía en aquello para lo cual deberían servir toda su vida y en ninguna otra cosa más. El bueno de Erkon, demostró claramente no tenerlas todas consigo.

—¿Quiere decir que podemos tropezamos con semejantes bestias feroces y que pueden atacarnos? ¡Por los Grandes Jefes, eso no me gusta nada, pero nada!

—Tranquilícese, Erkon. Los primitivos están tan avezados a luchar con esas fieras y a cazarlas, como usted al trabajo que realizaba en nuestro planeta.

Pero Talgor, que sólo conocía a aquellas fieras por lo que sobre ellas estudiara en los museos, ya que habían desaparecido absolutamente a consecuencia de la Gran Hecatombe, como casi todas las formas de vida terrestre, la humana incluida en un 95 por ciento, no quiso arriesgarse con ellas. Ordenó dismantelar en parte las almadías rompiéndolas por la mitad y colocarlas a modo de parapeto, entre los árboles, formando un cercado que completóse con ramajes cortados y apiñados. Los primitivos entendieron muy bien su aprensión y les pareció aún mejor su precaución, demostráronlo por la presteza y el ímpetu de su trabajo. Al cerrar la noche, los treinta y seis componentes de la expedición se apiñaban literalmente dentro de aquel recinto, alrededor de la hoguera encendida por la maña de Erkon, en la que se asaban trozos de la carne que habían traído de la isla. Cuando Astrea expresó su disgusto por aquella promiscuidad, Talgor le dio sus razones para preferirla.

—No me atrevo a separarme y mucho menos a quedarme solo contigo bajo cualquiera de esos árboles. En las islas no había peligro, son demasiado pequeñas para sustentar animales grandes y agresivos. Aquí, en la tierra firme, es muy distinto, Astrea. Por lo que sé de esos bichos indicados por Atto puedo decirte que son capaces de destrozarnos con garras y dientes, en un abrir y cerrar de ojos. De día, mi arco y estas flechas, aunque muy primitivas, pueden tal vez dar buena cuenta de una de esas fieras a distancia prudencial, también los primitivos saben cómo vencerlas. De noche, estamos inermes ante ellas. Los primitivos, ya lo has visto, temen a la oscuridad como a ninguna otra cosa y de nada nos servirían las flechas. Es preferible sufrir el insoportable olor de nuestros compañeros, a perecer apenas comenzada nuestra aventura. La prudencia no es cobardía ni la temeridad valor.

CAPÍTULO XI

Astrea apenas si consiguió dormir, colocada entre Talgor y Erkon, acurrucada contra aquél, los tres separados por un espacio despejado demasiado pequeño, debido al profundo respeto supersticioso de los primitivos; de la horda cuyo olor a rebaño agobiaba sus delicadas narices y cuyos guturales ruidos, fruto de un sueño casi puramente animal, pero surcado de pesadillas, por vez primera debieron escuchar y soportar. Talgor no dormía tampoco. Como todos los del Orden Primero sólo necesitaba cuatro horas de sueño cada noche para recuperar del todo las energías gastadas en una jornada. En cambio, Erkon no tardó en sumirse en el profundo sueño característico de los pertenecientes al Orden Decimoctavo, trabajadores manuales que necesitaban ocho horas diarias de reposo absoluto.

Los primitivos dormían ahora como las liebres. Los ruidos normales de la noche no eran capaces de conmovérles, pero cuando Talgor, que se había levantado cuidadosamente al ver dormida a Astrea, descubrió a ras de tierra cerca, y al otro lado del parapeto, lo que parecían ser cuatro estrellas verdeamarillentas moviéndose despacio de un lado para otro, a ras del suelo, y ya iba a despertar a Atto para preguntarle, advirtió que no sólo éste sino casi todos los demás cazadores, estaban despiertos y empuñaban hachas y azagayas a la vacilante luz de la hoguera. Ni tuvo siquiera que preguntar, Atto se lo aclaró:

—Grandes gatos manchados. Atacan de noche. Pero temen al fuego, como todos los gatos.

Así que allí afuera, una pareja de panteras estaban rondando el campamento... y los primitivos las descubrieron por el olfato, extraordinariamente desarrollado en ellos. Atto y otros se acercaron al parapeto, mientras era atizada la hoguera por las mujeres también despertadas. Ligeramente excitado por la aventura, Talgor, que sentía despertar en él cierto atávico impulso jamás hasta entonces conocido, tomó el arco y una de las flechas y fue a reunirse con Atto, que le miró indeciso.

—¿Dónde están esos gatos?

—Míralos.

Les vio. Se movían como sombras huidizas en la misma línea del leve resplandor luminoso de la atizada hoguera. Uno de los cazadores lanzó su azagaya diestramente, pero la sombra felina saltó y penetró en la oscuridad, haciéndole fallar el tiro.

—Son muy astutos —informó Atto—. Se dan cuenta cuando vamos a tirarles la azagaya y de noche no es fácil acertarles.

Talgor no le contestó. Pero tensó cuidadosamente el rudimentario arco y le puso la flecha. Ahora, los primitivos mirábanle intrigadísimos y su olfato de cazadores estaba diciéndoles que el Hijo del Sol había creado una nueva y formidable arma. Talgor puso los cinco sentidos en no cometer un error que podría tener malas consecuencias para su prestigio. Pero sentíase empujado por aquella fuerte, extraña, desconcertante ansia de cazar y matar al gran gato, él, hombre de un mundo donde ya no quedaban tal tipo de animales...

Vio aparecer de nuevo las dos estrellas fosforescentes allí, en la negrura. Tenía una vista excelente, pero no podía equipararse con aquellos cazadores neolíticos. Atto, ahora, casi estaba a su altura, le había adivinado la intención y su voz sonó excitada, en tono bajo, sibilante :

—¿Matarás al gran gato con esa vara, dios Talgor?

—No estoy seguro. De día, sí podría hacerlo, de noche me ocurre como a vosotros, no es tan fácil.

—Ahora está a seis manos de pasos cortos. Es así de alto. Cuando veas sus ojos de frente, él no está parado y con el cuerpo de frente, sino de lado, listo para saltar si nota que se le va a tirar algo.

Mentalmente, Talgor le agradeció la información. Conteniendo el aliento tensó del todo el arco y apuntó a los ojos del felino, siguió su movimiento más por cálculo mental que por verlo, y disparó.

La flecha emitió un característico silbido suave al cortar el aire. Y casi de inmediato, allí delante se escuchó un chillido agudísimo seguido de fuertes ruidos. Los primitivos parecieron quedarse atónitos un instante, mientras Astrea y Erkon despertaban sobresaltados. Luego parecieron enloquecer y sus gritos debieron alejar a todo bicho viviente en un kilómetro alrededor del campamento. Atto miraba a Talgor con asombro inmenso, también a su arma.

—¿Cómo pudiste darle al gran gato con tu palo y herirle en medio de la negrura? Ninguno de nosotros, ni yo mismo, lo habríamos logrado con nuestras azagayas.

Dominando una exaltación que lo asombraba, Talgor le contestó, sereno, que para él era más fácil. Tranquilizó a Astrea y luego, tomando otra flecha, pidió al intranquilo Erkon que cogiera una de las ramas encendidas para alumbrarle. Atto, con su azagaya, y otros cinco o seis excitados primitivos con las suyas y con teas, le sirvieron de escolta, pues quería comprobar, si, en efecto, había sido capaz de asaetear a oscuras al peligroso animal.

Lo encontraron, efectivamente, a unos veinticinco metros de distancia y entre unos matorrales. «Por pura casualidad», pensó Talgor mientras le miraba excitado por su éxito. La tosca flecha disparada con vigor, a tan corta distancia, había atravesado el cuerpo de la fiera, entrándole por debajo del brazuelo izquierdo y tocándole, sin duda, el corazón. A la luz de las antorchas agitadas por los no menos excitados primitivos, el soberbio animal que aún se movía convulsamente en estertores de agonía, dejando escapar su roja y brillante sangre por los bordes de la herida, abiertas las feroces pupilas, remangado el belfo y mostrando los crueles colmillos marfileños, así como las negras garras corvas, parecióle realmente enorme, temible y fiero. Recordó en el acto qué clase de animal acababa de matar, pero eso era lo de menos. Lo demás, aquella emoción caliente y salvaje que lo embargaba, a él, un Orden Primero, un supercivilizado príncipe de una sociedad que hacía mil años desterró de sus leyes el derramamiento de sangre, tal vez a causa de los muy pocos seres que quedaban vivos tras la Gran Hecatombe, que desconocía no sólo las güeras, sino la misma caza con armas hirientes; que para sacrificar a los animales de consumo utilizaba haces de rayos concentrados. De repente, él, que jamás derramó una gota de sangre, ni cometió ninguna violencia, había matado de un flechazo a una pantera y sentía ganas de aullar su alegría como aquellos cazadores trogloditas.

Porque los primitivos estaban ciertamente aullando de alegría. Y miraban a Talgor y a su arma mágica con un respeto redoblado, muy superior, en cierto sentido, al que sintieron al verle vencer al jefe de los isleños. Ellos eran cazadores puros, de la caza vivían, aquellas grandes fieras eran sus enemigos peores, también naturales. Ser un gran cazador, para ellos constituía el mayor timbre de poder y gloria. Y el Hijo del Sol era un gran cazador, invencible abatidor de fieras en la noche aterradora.

Cuando penetraron en el cercado defensivo, cargados con el cadáver de la pantera, ciertamente un magnífico animal que debía medir dos metros y medio, de los que uno correspondía a la cola, todos los cazadores y las mujeres comenzaron a ulular una melopea sin duda de orden mágico, al tiempo que chocaban, ellos, sus hachas

unas contra otras y agitaban las azagayas rítmicamente. Depositaron a la fiera muerta con sumo cuidado junto a la hoguera, dejando un espacio libre para ella, como dejaron otro mayor para los tres dioses. Astrea miraba atónita al leopardo muerto, con una luz especial en sus hermosos ojos. Atto habló a Talgor haciéndole, como siempre, pero acaso más profundo, el gesto de reverencia.

—Permite, dios Talgor, que tus perros dancen la danza del leopardo para celebrar en tu honor, como corresponde, tu gran hazaña.

Talgor le dio el permiso. Y mientras los cazadores trogloditas iniciaban una danza mágica repleta de significados, él y Astrea siguieron contemplando al leopardo.

—Qué hermoso y terrible animal —murmuró ella con una especial entonación. Y él repuso:

—Sí que lo es. Haré que desuellen cuidadosamente su piel y la curtan y limpien con el mismo cuidado. Después, con ella, las mujeres te fabricarán un hermoso vestido.

Astrea se estremeció, volvióse y le miró a los ojos. Había captado hasta cierto punto lo que le ocurría. Notándolo, Talgor asintió, con profunda sonrisa:

—Sí, estoy terriblemente excitado. Y asombrado también. Dime, ¿tú qué sientes ante este espectáculo, esa roja sangre vertida, ese enorme y feroz animal ya muerto, inofensivo, que mató mi mano? Sé muy sincera.

—Terror, asombro y desconcierto. También una embriaguez desconocida. Al oírte decir que me harás con su piel un vestido, todo mi ser se estremeció. Y fue una sensación muy grata. ¿Por qué, Talgor, qué nos está ocurriendo?

—Te lo diré. Al parecer, basta un poco de sangre vertida, la muerte salvaje y violenta de un animal peligroso y salvaje, para que se borren de un papirotazo mil años de una civilización que había abolido la guerra, la caza y toda violencia física vertedora de sangre como algo horrible, nefasto y merecedor del máximo castigo. Un poco de sangre vertida y nosotros dos, que estábamos en la cima intelectual y moral de nuestra sociedad supercivilizada, nos hemos colocado al nivel de estos primitivos. En verdad te digo, Astrea, que es mucho lo que tenemos que aprender y grandes los misterios que se ocultan en lo más profundo de nosotros mismos.

CAPÍTULO XII

Las panteras debieron espantarse ante el estruendo de la ceremonia humana, porque no volvieron a merodear alrededor del campamento. Con el alba, éste fue levantado, después que el propio Atto y dos de sus mejores cazadores hubieron desollado cuidadosamente a la fiera muerta por Talgor, limpiando muy bien su piel. Desde luego, también limpiaron de carne sus huesos, porque los primitivos no podían desdeñar ninguna carne. Y el propio Talgor recibió como ofrenda el hígado y otras vísceras del leopardo. Atto se lo dijo, los primitivos consideraban el hígado como asiento de la fuerza y el valor.

—Tú la mataste, a ti te pertenecen.

Para Talgor tratábase de otra prueba. Sin embargo, como ignoraba qué animales fueron considerados comestibles y cuáles no en la Era Oscura, por sus antepasados, tenía ciertas ventajas al respecto. Aceptó las ofrendas y separó, mejor dicho se hizo separar cuidadosamente el hígado y el corazón de la fiera, haciéndolos asar a fuego lento, ceremonia mágica que los primitivos contemplaron con la atención de siempre. Aquél fue su desayuno, corazón e hígado de pantera. Y con ello instauró otro rito sagrado que perviviría durante milenios.

Caminar por aquel territorio era tan agradable como excitante para los terrestres, cada cual por sus motivos personales. Atto marchaba ahora delante, con varios de sus cazadores, abriendo marcha y rastreando el terreno. Los terrestres seguíanle a cierta distancia, aislados de la horda que venía respetuosamente, a unos cincuenta pasos más atrás. Los primitivos marchaban alegres, al menos las gentes de Etana, animados por la proximidad a su tribu y porque en aquella peregrinación no perdieron a nadie a manos de enemigos, antes bien ganaron inmenso prestigio y habían hecho alianza de hermandad con los isleños. Estos iban perdiendo sus primitivos temores rápidamente, al ver cómo las promesas de los Hijos del Sol eran cumplidas. Y todos sentíanse muy fuertes, fortísimos, invulnerables e invencibles porque los dioses, en persona, se habían dignado descender del Gran Azul para ayudarles y enseñarles muchas maravillas.

Hermosa era, en verdad, la campiña. A veces aparecían

terrenos despejados, aunque no abundaban ni eran amplios. Lo normal, constituíanlo bosquesillos y sotos espesos, donde se entremezclaban los árboles resinosos de altas copas rumorosas y aquellos otros, mucho más bajos, de hojas pequeñas, verde-grises, bordeadas de pequeñas púas, con gruesos troncos y grandes copas. Junto a los cauces de agua crecían otros muchos árboles, que Astrea y el propio Talgor iban identificando, él con esfuerzo y, ella con asombro. Había también mucho monte bajo, grandes extensiones de matorral. Y flores, muchas flores, de variados colores y formas, alegrando la vista.

La vida animal era, al menos, tan abundante como la vegetal. Insectos múltiples zumbaban y se movían por doquier. Saltaban veloces en su huida los peludos animales de largas orejas, lagartos de diversos tamaños, algunos no más largos que un dedo de Talgor, otros de más de medio metro, escapaban también entre la hierba y las matas. En dos ocasiones Astrea estuvo a punto de gritar ante la fuga reptante de serpientes, largas de más de un metro. Una vez, un rebaño de hermosos animales, de los cuales los mayores lucían magníficas cornamentas salieron disparados con increíble velocidad, desapareciendo en la espesura. Los primitivos ya les habían olfateado, Atto y tres más corrieron tras ellos con extraordinaria agilidad. Cuando retornaron, una hora después —tiempo empleado por los demás para descansar y los terrestres para reconocer, repletos de curiosidad, el terreno— traían, atado a un largo palo, uno de aquellos animales, muerto. Comida.

—Son ciervos —dijo Talgor, cuando ellos tres examinaron la hermosa pieza de caza, atravesada por un par de azagayas—. En los últimos tiempos de la Edad Oscura ya casi no quedaban en la Tierra. Solían criarlos en reservas boscosas alejadas de las ciudades, para que los potentados se divirtieran cazándolos con sus armas de fuego.

—Eran, sin duda, mucho más crueles y despiadados que estos primitivos, pues éstos sólo matan animales para devorarlos y subsistir.

—La crueldad del hombre fue creciendo al mismo ritmo que sus conocimientos y su grado de civilización, hasta que lo destruyó todo, incluso a sí mismo. Es la gran lección que aprendieron los escasos supervivientes de la Gran Hecatombe y dio origen a nuestra propia sociedad. Aunque, después de todo, quizá no la aprendieran...

No sólo había animales inofensivos. Poco después del regreso de los cazadores con su presa, cuando todos subían penosamente la falda de un collado entre dos cerros, habiendo dejado ya el mar a su izquierda, un gran ruido, un rugido potente, se escuchó en la espesura,

no lejos, a su derecha. Ahora sí que Astrea gritó, mientras Erkon palidecía y buscaba con la mirada lo que produjera el ruido amedrentador. Talgor descolgó su arco y alistó una flecha en él, buscando también al animal capaz de tal rugido. Vio cómo los primitivos se apresuraban a formar un círculo, con las mujeres y el venado en medio. Atto, con otros pocos cazadores, acercóseles y les habló con una nota enfática en la voz.

—Es el gran gato de cabellera espesa. Nos ha descubierto y nos avisa que estamos pisando sus dominios.

El gran gato de cabellera espesa, el león, el rey de las fieras. Le vieron aparecer muy pronto, arrogante y magnífico, sacudiendo las melenas y azotándose con la cola, sobre una roca a poco más de cien metros de distancia y algo por encima de los humanos. Les contemplaba con indiferencia, sin temor. Presentando a sus ojos un aspecto a la vez amedrentador y fascinante. Temblando por ambas cosas, Astrea murmuró:

—Es... enorme... Y terrible... Mucho mayor que el leopardo...

Por lo menos el doble de envergadura y peso le calculó Talgor, de nuevo presa de aquel oscuro impulso de raíces ancestrales. No sentía miedo, sólo necesidad de salir a medir su valor, su agilidad, su energía, su inteligencia, con el rey de las fieras. Y le costaba refrenarse.

Los primitivos se habían quedado quietos, incluso los cazadores parecían intranquilos. El propio Atto, que había cazado leones sin ayuda, se mostraba prudente, cosa muy lógica en quien llevaba el cuerpo marcado por sus garras y colmillos. Se acercó a los terrestres sin mirarlos, atento al terreno circundante:

—Es el macho. Nos llama la atención y nos asusta, para que sus hembras puedan atacarnos mejor.

—¿Nos van a atacar?

—Cuando tienen hambre atacan a todo lo que se les pone delante. Y las hembras son las que cazan. El gran macho sólo ataca si se le molesta.

—¿Podríamos atacarle tú y yo?

Centellearon los ojos oscuros de Atto. Aquella propuesta era la que más le podía agradar.

—Atto ha cazado al gran gato cabelludo, ha luchado con él y le

ha dado muerte. Por eso es el jefe de la tribu. Ahora, yendo contigo, Atto no teme al gran gato. Pero no es bueno descuidarse, aunque tú seas un dios, por más que tu arma lanzadora de varas sea capaz de matar a gran distancia.

—Nunca he luchado con un león, Atto, así les llamamos nosotros. No existen en el reino de nuestro padre. Pero ahora siento deseos de medirme con ese rugidor.

Astrea trató de detenerlo, atemorizada. Sin embargo, sabía que no iba a poder. Erkon estaba demasiado asustado a la vista de la enorme fiera y los primitivos sólo comprendían que el dios deseaba cazar al gran gato melonado, cosa que bien podían entender y les excitaba enormemente. Comenzaron a ulular de modo gutural, mientras alistaban sus azagayas. También sabían que no sería el macho, sino las hembras, quienes atacaran.

Atto aulló órdenes a sus cazadores. Orgulloso, trémulo de un ansia que podía ahora comprender Talgor por la suya propia, avanzó hacia el león.

Talgor le hizo a Astrea una caricia tranquilizadora.

—Esa piel nos será muy útil por las noches, cuando enfría el aire.

—Ten mucho cuidado, por los Grandes Jefes.

—Soy un Orden Primero. Y ahora, un dios.

Lo dijo con orgullo, con clara percepción de su poder y su deber. Había dado muerte al leopardo, ahora debía matar al león. Y eso era forzoso realizarlo. Se colocó, pues, a la derecha de Atto, sin prisas, tensando cuidadosamente el arco y acoplándole una de las flechas, a la que pusiera cuidadosamente engastada, una fina punta de sílex triangular, de bordes afilados, que el propio Atto le fabricara en la isla con un trozo de piedra por él elegida al efecto. Calculó que podría acertar al enorme león a una distancia de cien pasos y matarlo, si se mantenía quieto. Ni siquiera iba a correr peligro.

Pero no era lo mismo dispararle a un blanco en un campo de deportes que hacerlo a una fiera de doscientos kilos de peso y tres metros y medio de envergadura, de hocico a cola. Le invadía un temblor de excitación que no había conocido nunca y le costaba trabajo dominar. Avanzó sin quitar ojo al león, que ahora les miraba azotándose la cola, como asombrado por la audacia de aquel par de pigmeos insolentes. Emitió, de pronto, otro largo rugido, como

avisándoles que no estaba de humor para bromas.

—¡Cuidado, las hembras!

Atto había gritado porque él sí conocía la táctica de los leones. Y los dos cazadores que les escoltaban giraron veloces, azagaya en ristre.

Las leonas, tres en total, habían aprovechado ya la maniobra del macho para deslizarse a los flancos de la horda humana. Pero una de ellas vio muy bien cómo cuatro hombres destacábanse del grupo y desvió hacia ellos, astuta, su atención. Era su táctica, asustar al rebaño, hacerle huir y caer sobre los rezagados. Saltó de su escondrijo, tras un gran matorral, como disparada por muelles, distendiendo los poderosos músculos. La separaban apenas treinta metros del primitivo que iba por aquel lado, pero los salvó con la velocidad del rayo.

Los cazadores no sentían miedo, al menos no un miedo intelectual. La esperaron a pie firme y le lanzaron sus azagayas a un tiempo. Eran magníficos lanzadores, pero quizá el deseo de que los Hijos del Sol vieran su valor y eficacia les traicionaron un poco. Una de las azagayas rozó el cráneo de la leona en pleno salto y la otra se le clavó en un brazuelo.

Con un espantoso rugido, la leona cayó, se revolvió y quebró la azagaya como si fuera una caña seca. Luego volvió a saltar, enfurecida por las heridas. Los dos primitivos estaban ya empuñando sus hachas de sílex. Los que formaban el corro se encontraban a cincuenta pasos de distancia, y cuatro o cinco azagayas que volaron hacia la leona, no le acertaron. La fiera salvó la distancia que la separaba de los cazadores en tres ágiles brincos a pesar de su herida, y en el último brinco le pegó tal zarpazo a uno de ellos, que lo envió a dos metros largos de distancia. El otro le saltó encima justo cuando ponía las patas en tierra. Fue una acción salvajemente heroica, también suicida. Su hachazo dio de lleno a la fiera en el cráneo, pero no podía matarla, naturalmente. Y la leona, rugiendo de nuevo, se le revolvió.

Entonces Atto se olvidó de que escoltaba al Ser de Luz en la cacería. De todos modos, sabía que el león no iba a intervenir, demasiado orgulloso para ello, mientras no lo atacaran directamente. Giró veloz y lanzó con destreza su azagaya tras correr unos metros y detenerse en seco. Un tiro perfecto, que atravesó el costillar de la leona haciéndola caer, sin soltar a su presa, y aún no muerta. Atto empuñó su hacha y corrió a rematarla, también a salvar a su compañero. El herido por el primer zarpazo de la leona ya se incorporaba, con el brazo y el hombro rasgados y cubiertos de sangre.

Talgor lo vio todo con una fascinación absoluta. Le bullía la sangre como nunca, agitada por un violento ardor de lucha, totalmente ancestral. De pronto advirtió que se había quedado solo ante el león macho. El rey de las fieras y él, solos, cara a cara.

Lo que hizo fue a la vez consciente e impulsivo. Girando, descubrió a la gran fiera aún parada sobre la roca, azotándose los flancos con la cola y mirándole, impresionante y poderoso. Les separaban, en línea recta, unos cien pasos. Un buen blanco y un tiro digno de un Orden Primero. De un dios cazador.

No vaciló. Avanzó un poco a terreno más cómodo para él, y alzó el arco, tensándolo. Vio cómo el león aceptaba su reto, alzando la formidable cabeza y abriendo la boca para rugir, ahora con un tono más bronco, su aguzada vista permitiéndole notar la distensión súbita de aquella poderosa musculatura.

Tenía sus propios músculos y nervios, en total tensión, la mirada fija en el punto adecuado, no hacía apenas viento y éste le venía por la espalda. Su cerebro calculó instantáneamente todo lo necesario y soltó la flecha en el momento justo.

Vio cómo el gran león iniciaba su salto y, también, cómo lo frenaba en seco, al clavársele en pleno pecho la certera flecha. La gran fiera malherida, no obstante saltó, pero pesadamente, lanzando un nuevo rugido, ahora de dolor y de furia entremezclados, que hizo retroceder a Atto cuando ya llegaba cerca de la leona también malherida, y mirar en aquella dirección a la horda.

Talgor no tenía pensamientos, ahora, sino para el león. Rápido, tomó y alistó una nueva flecha en el arco. No podía tener la certeza de haberlo matado.

No lo había matado. Una sola flecha, por certera que fuese, era poca cosa para acabar con un gran león. Al caer incluso se la había clavado algo más hondo, quebrando el astil con su peso. Enfurecido, incorporóse y saltó hacia el audaz cazador que así lo hería.

Sin embargo, estaba muy seriamente tocado y sus poderosos músculos lo acusaron, perdiendo potencia y agilidad. Sus saltos eran largos aún, pero mucho más lentos. Rugía, por el contrario, de modo espeluznante y su gran melena, erizada, le daba un aspecto atemorizador.

Talgor no sentía ningún miedo, sólo viva ansiedad, total euforia. Tensó de nuevo el arco, esperó a que saltara y le clavó otra flecha certera. Esta vez, el león cayó y no pudo volver a saltar; pero se

arrastró, indomable y magnífico, hacia su vencedor.

Ahora, Atto estaba como clavado en su sitio. El cazador herido en el hombro, que acababa de rematar a la leona, también miraba, sin hacer caso a sus tremendas heridas. Y la horda. Pues las otras dos leonas, al oír los rugidos del macho y saberle malherido por ellos, habían dado media vuelta de repente. Una de ellas había resultado también herida.

Talgor avanzó, sin prisa ni pausa, hacia su gran presa. Mientras lo hacía, puso otra flecha en el arco.

Y al llegar a veinte pasos de la fiera moribunda, se detuvo. Necesitaba verla bien.

El león apenas sangraba por las heridas, en cambio bastante por la boca. Estaba tocado en un pulmón y en el corazón, heridas mortales. Pero su feroz energía combativa no le permitía tenderse y dar el cuello. Vio detenerse a su vencedor, alta figura esbelta contra el cielo brillante, y creyó que aún podría alcanzarlo. Con un esfuerzo, reunió sus últimas energías vitales.

Talgor lo contemplaba fascinado. Jamás hubiera podido imaginarse la existencia de una fiera tan enorme y tan hermosa, una máquina tan potente y perfecta de matar. Era como el símbolo del Lejano Tiempo, cuando la Tierra era verde y estaba repleta de vida.

Por un instante hubo un mudo e impresionante diálogo entre el león moribundo y el hombre supercivilizado que lo mataba. Luego, con un ronco rugido, el primero intentó su último salto.

Y el segundo le disparó una tercera flecha, ahora a uno de los ojos. Se le metió por él hasta el cerebro y lo remató.

CAPÍTULO XIII

Atto se tiró a sus pies lo mismo que hiciera el primer día, pero su veneración, ahora, era total. No habló. Aquello, y que no gimiera como lo viniera haciendo hasta entonces, lo demostró a Talgor.

Lo mismo hicieron los demás primitivos. Ni se ocuparon de sus compañeros heridos por la leona. Vinieron presurosos a tirarse al suelo ante el dios cazador, el Gran Flechero, el Matador del León y del Leopardo, sin ayudas. Para ellos, ahora, Talgor era algo más concreto, también más temible.

Astrea temblaba cuando se le agarró con nerviosismo. Pero en sus pupilas había una excitación total y en su aliento, también. Ella, mujer al fin, reaccionaba violentamente ante la gran hazaña del hombre, lo admiraba casi más por haber matado al león a flechazos que por su superioridad intelectual. Erkon no cesaba de darle vueltas al león muerto y gruñir comentarios asombrados.

Luego los primitivos celebraron la Danza del León. Era la más importante, la más solemne. Sólo muy de tarde en tarde les era dable realizarla. Y en esta ocasión revestía mucho mayor significado, porque era un Hijo del Sol, un Ser de Luz, amigo y protector suyo, el que había dado muerte al gran felino sin ayudas. La adoración al Dios Flechador estaba patente en sus rostros. Resultó en verdad una ceremonia impresionante.

Los primitivos llevaban una existencia muy dura y morían pronto. El cazador que atacó temerariamente a la leona, había sido medio destrozado por ella y no sobrevivió sino unos minutos a sus heridas. Nadie le lloró, ni se ocuparon de él, en cuanto hubo muerto. El otro, que había salido seriamente herido, tenía medio arrancada la carne del hombro y la espalda. Resistió una cura salvaje hecha por las mujeres, sin un gemido, enseñando los dientes lobunos, aunque tenía la cara gris.

A media tarde se reanudó la marcha. Habían realizado el entierro del muerto de un modo curioso, con un ritual a la vez ingenuo e impresionante. Excavaron un hoyo en la tierra y lo metieron de costado, en posición fetal, junto a sus armas, cubriéndolo después de tierra, mientras las mujeres se arrancaban el cabello a puñados y se herían el rostro con las uñas, hasta sangrar, aullando como perras

azotadas. Luego los cazadores bailaron alrededor de la tumba y Atto colocó sobre la misma una lasca grande de piedra, vertical. Y eso fue todo.

Pernoctaron en lo alto de un cerrillo boscoso. Era un buen lugar para pasar la noche. Los primitivos ya lo habían usado, dijo Atto. Allí estaban a salvo de las fieras nocturnas, aunque ahora ellos no temían a ninguna, ni siquiera al Gran Gato Cavernario.

—Es casi doble de grande que el que tú has matado, y no es igual, sólo se le parece en la melena. Nadie, ningún hombre hijo de mujer, puede con él, sólo reuniéndonos muchos cazadores podemos darle muerte. Pero ya quedan pocos, hay que viajar al Norte, a las grandes montañas. Vive en las cavernas y puede con todos, incluso con la gran bestia de nariz serpentina. Cuando tú lo desees, Atto te acompañará allí, a cazarlo.

Era toda una oferta.

Habían desollado al león y también a la leona. Su carne sirvió aquella noche para que los primitivos diéranse un festín. De nuevo Talgor debió asar y comer el corazón y el hígado, aunque sólo aprovechó lo mínimo de ambos. Su estómago se rebelaba contra el salvaje alimento, pero dentro de él una parte de su ser erguía con orgullo. Atto no quiso probar las vísceras del león, fue muy concreto en sus razones.

—Sólo quien caza al león puede comer sus vísceras. Además, tengo miedo.

Tenía miedo. Talgor ya podía leer, telepáticamente, en el poco desarrollado cerebro del primitivo. Incluso estaba seguro de poder dominarlo del mismo modo, muy pronto, transmitiéndole sus órdenes sin necesidad de dirigirle la palabra y desde la distancia. Tales experimentos formaban parte de la educación de un Orden Primero, los primitivos serían cobayas docilísimos; ya lo estaban siendo. Y cuando intuyera que dominaba telepáticamente su voluntad, ya no habría nada, ni nadie, que destruyera su poder total sobre ellos. En realidad, ya no existía tal posibilidad.

—Haces bien —le dijo—. En adelante, ningún cazador comerá la pieza que ha cazado sin quemar en mi honor sus vísceras, así tendrá que ser, díselo a todos, ésa será la ley.

Lo sería por muchos milenios. Resultaba grato officiar de dios.

Cuando el nuevo día se levantó, los viajeros reanudaron la

marcha. Y poco después, alcanzaban la cima de un áspero collado desde el cual se divisaba un vasto panorama, bajo el brillante nuevo sol.

Un vasto y esplendoroso panorama. A su izquierda, el mar centelleante como un espejo de estaño, puro. Lejos, al Sur, una gran isla muy montuosa. Hacia el Oeste, lejos también, otra gran isla, muy próxima a la costa. Ante ellos, la costa se extendía en una sucesión de hermosas playas separadas por acantilados, hasta el espolón montañoso que casi parecía tocar aquella isla. La llanura era grande, no demasiado, accidentada en algunos puntos por pequeñas elevaciones de terreno, cerrada por un anfiteatro de montañas que terminaban en una mucho mayor y más abrupta, emplazada hacia el Norte y el Noroeste. Bosques, bosquecillos y praderas, se alternaban por toda ella. Los primeros se espesaban hacia las laderas y en el centro del valle.

Talgor contempló aquel paisaje con el espíritu fuertemente conturbado por poderosas emociones; con una expresión y una mirada extraña. Luego separóse, en compañía de Erkon, y trazó sobre otra de aquellas pieles de vejiga, preparadas por él en la isla, el mapa exacto de la región con extraordinaria precisión de detalles, dejó que el zumo de bayas se secara, enrolló la piel y la ató con una tira de corteza de arbusto. Parecía hondamente reconcentrado, tanto que ni la misma Astrea, dejada por él con las mujeres de la horda más que dolida, se atrevió a preguntarle.

Atto, poco después, les indicó con el dedo un determinado punto en la llanura.

—Allí acampamos los de Etana. Todo este valle nos pertenece. Echamos de él a otras tribus, hace muchas lunas. Pero aún intentan venir a quitárnoslo, pues es el mejor y el que más caza tiene.

Un alto promontorio junto al mar, como a cuatro o cinco kilómetros de distancia de una colina de forma peculiar, solitaria, aislada en la llanura.

Según Atto, había otras tribus en las montañas, pero eran pequeñas en comparación con la suya. Ellos, repitió con orgullo, eran muchos y los más fuertes. Ahora lo serían mucho más, porque los Hijos del Sol, el Dios Flechador y la Diosa que mataba al Espíritu del Fuego en el cuerpo de los hombres dándoles la Vida, también el Dios Pelirrojo que sabía sacar el Fuego de dos piedras y fabricar hermosos utensilios y armas poderosas, estaban con ellos, eran sus amigos.

Envió por delante a tres cazadores, los más jóvenes y ágiles, a avisar a la tribu su llegada, y todos los prodigios que les habían sucedido en aquella memorable peregrinación, comunicándoles también que con ellos venían los Seres de Luz enviados por su padre, el Sol, a engrandecer a la tribu de Etana. Y los demás siguieron lentamente su camino, cargados con los despojos de las grandes fieras cazadas por Talgor.

Era ya pasado el caluroso mediodía cuando, sin nuevas aventuras, el grupo de viajeros se acercó al alto promontorio, avanzando sobre la arena mojada de la grande y hermosa playa. Vieron cómo toda la tribu de Etana les venía al encuentro, en asombrada y temerosa procesión.

«Veinte manos de hombres y tres más», según las cuentas de Atto, eran los cazadores de la tribu. También había al parecer una docena de viejos aún útiles pues a los ya inútiles los abandonaban a su suerte, para pasto de las fieras y tantos niños y adolescentes como cazadores, lo cual aseguraba el poder belicoso de la tribu. El número de hembras se aproximaba al de los machos. En total la gran tribu de Etana contaba con unos cuatrocientos individuos de ambos sexos. Ninguna, según Atto, de cuantas los de Etana conocían, llegaba a tal número de individuos. Todas acampaban a dos o tres jornadas de marcha, en otros valles y llanuras, más allá de los montes, o en las grandes islas. Aun así, eran frecuentes sus peleas y siempre sangrientas.

Ahora, una mujer vieja venía por delante de la horda atemorizada y atónita. Atto dijo que se trataba de su madre, la Gran Hechicera de la tribu, sacerdotisa y también dueña del poder. Porque los de Etana eran más civilizados que las otras tribus vecinas, ellos lo sabían. Lo que Atto no sabía era explicar por qué.

Etana era muy vieja, para lo usual en aquella época entre los primitivos. Doce manos, y tres más, había reverdecido la tierra desde que su madre la echó fuera del vientre. Sin embargo se conservaba sana y vigorosa, nunca sufrió enfermedad y poseía un cerebro mucho más inteligente que el de todos los demás miembros de la tribu. Eso la había convertido en Gran Sacerdotisa y en indiscutida jefa de la misma. Antaño, en los días de su madre, era el mejor de los cazadores, el más fuerte, quien gobernaba la tribu, como solía ocurrir en las demás. Pero su madre y ella hicieron una verdadera revolución, validas de su femenil sagacidad, cuando una epidemia casi aniquiló a la tribu, debilitándola y dejándola a merced de sus enemigos. No fue fácil convencer a los machos cazadores, pero con la ayuda de lo

sobrenatural y más de un trucopícaro, las dos mujeres se salieron con la suya. Ahora, la tribu llevaba su nombre y reconocía su dominio legítimo, puesto que ella supo proporcionarles mucha prosperidad.

Ahora, Etana estaba a la vez alegre y conturbada. Porque ella conocía grandes y terribles secretos, presagios y prodigios. Y ahora, su hijo Atto, uno de sus ocho hijos varones, de los cuales cinco le vivían, y sus dos hijas menores, le traían de la Isla Sagrada nada menos que a tres Hijos del Sol, dioses poderosos y magníficos, de singular belleza, que el mismísimo Padre del Día había, enviado a los de la tribu para engrandecerla. Eran exactamente los viejos presagios, los sueños oscuros de su mente.

Llegó, con paso ágil, vestida con una falda de piel de pantera. Llegó a prudente distancia de los Hijos de Luz, que se habían adelantado, escoltados por sus propios hijos, y se detuvo, porque las rodillas se le doblaban y todos sus huesos se derretían de exultante terror sagrado. Allí estaban, los dioses, los Hijos del Sol, los Seres de Luz de la profecía.

Muchas, muchísimas lunas atrás, cuando la tribu de Etana residía en la Tierra al otro lado del Mar, cuando ni siquiera aquel mar existía, había llegado una mujer de la tribu a ver cara a cara a un dios, a un Ser de Luz. Ocurrió un día en que ella se alejó de la caverna, recolectando bayas comestibles. Era joven, hermosa y ágil, se llamaba Etana, como ella misma. De repente, ante ella surgió el dios y la dejó aniquilada por el terror sagrado. Pero aquel dios no le hizo ningún daño, luego la devolvió a la tribu, cargada de regalos. Al pronto, los machos de la tribu quisieron matarla, pero tuvieron miedo de lo que decía y la dejaron viva, aunque considerándola «tabú», aislándola, por si acaso. A su debido tiempo, aquella otra Etana tuvo una hija cuyos cabellos eran como rayos de sol. Los de la tribu supieron, entonces, que dijo la verdad y la veneraron profundamente.

Tiempo adelante ocurrió el Gran Cataclismo. Fue un tiempo terrible, en el que los Antepasados y los Dioses se irritaron profundamente contra los primitivos; hicieron temblar a la tierra, derrumbarse montañas y abrirse los abismos profundos, de los que salieron negras nubes que ocultaron al Padre del Día, y la oscuridad reinó sobre la tierra mientras, los hombres aullaban como perros y tanto ellos como todos los animales huían despavoridos. Muchas montañas se abrieron, vomitando fuego, donde habían habido montes aparecieron llanuras y hasta mares. Los ríos cambiaron su curso, o desaparecieron, o surgieron donde nunca los hubo. Los de Etana habían sido empujados después de la llegada del Ser de Luz hacia el

Oeste, por unas hordas de hombres más altos y fuertes, de cabellos rojos y ojos verdes, surgidos del Mundo Más Allá de los Montes Nevados. Cuando se inició el Gran Cataclismo aún retrocedieron más y más. Y estaban atravesando la Tierra Entre Mares, cuando aquélla se hundió y los mares se abatieron sobre las tierras, anegándolas y dejando emerger sólo, acá y allá, algunas islas, entre ellas la pequeña donde se salvaron siete cazadores y tres mujeres, únicos supervivientes de la que fuera una gran tribu. Una de las mujeres supervivientes descendía de la primera Etana y fue la directa antepasada de la que ahora, con ojos anublados por profundísima emoción, veía cumplirse las profecías del Ser de Luz a su lejana antepasada, profecías que pasaron de madres a hijas y nunca fueron reveladas a los hombres.

«Un día llegará en que otros como yo vendrán a vosotros y os traerán inmensos beneficios. Entonces tu pueblo dejará de ser salvaje y sojuzgará a muchosotros, forjando el embrión de un verdadero Estado.»

Por eso, cuando la vieja Madre Hechicera llegó a corta distancia de los Seres de Luz en quienes cumplíase la profecía, le bastó una mirada para comprender que sus días de espera habían terminado. Eran de verdad Hijos del Sol, Seres de Luz. Y se anunciaban con prodigios, con grandes bienes a su tribu, haciéndola sojuzgar ya a los habitantes de las islas.

Cayó de bruces, sintiendo entrechocar sus viejos huesos, y adoró plenamente a aquellos que le traían la mayor dicha posible. Así, en aquella postura, la Gran Madre Hechicera dio la bienvenida a los nuevos dioses con voz trémula. Una nueva Era acababa de comenzar.

CAPÍTULO XIV

Un día cualquiera, Talgor pidió a Astrea que se preparara para realizar una excursión y ordenó a Atto que le diera, como escolta, a una docena de los más jóvenes y expertos cazadores de la tribu. Cuando todo estuvo preparado marcharon, alejándose del gran promontorio en cuya red de cavernas, casi sobre el mar y magníficamente situadas para prevenir cualquier posible ataque de otros hombres, o de bestias feroces, habitaba la tribu de Etana, temporalmente, en su rotatorio y eterno migrar por la amplia y hermosa región que señoreaba. También se llevaron a algunos de los feroces perros que habían hecho alianza con la tribu, animales casi tan salvajes como los mismos lobos, pero que aceptaban ser mandados y guiados por los hombres a cambio de compartir con ellos las presas que cazaban conjuntamente. No hacía tanto tiempo que tal alianza entre el hombre y el perro se había realizado. Ocurrió después que se encontraron juntos bajo el Gran Cataclismo, aislados por el mar.

Era una magnífica mañana, bastante calurosa. Ahora, Astrea lucía un espléndido vestido cuidadosamente diseñado por ella misma y cortado habilidosamente por Erkon. Una camisa corta, hecha con vellones de unos animales pacíficos, muy cubiertos de un espeso pelo rizado, cuyos machos tenían grandes cuernos acaracolados, y cuya carne era sabrosa y exquisita, a los que Talgor denominó corderos; camisa tejida por las mujeres, penosamente, siguiendo instrucciones de Talgor, en el aparato, mágico artilugio fabricado por Erkon, el dios mañoso, y encima un jubón de piel de leopardo. Calzaba borceguíes fabricados con cuero de toro salvaje y tenía, para cuando caía la noche y refrescaba, una amplia capa de aquella misma tela de vellones de cordero. En cuanto a Talgor, vestía un jubón de león y con las crines de la melena del rey de las fieras había hecho fabricar un adorno que aumentaba su majestuosa estatura. Un ancho cinto de cuero crudo, con una ingeniosa hebilla tallada en marfil, ceñía su cintura y de ella pendía una excelente hacha de sílex, que había aprendido a manejar diestramente en un tiempo tan breve, que sólo un dios lo podía conseguir. También disponía de un arco mucho mejor construido que el anterior, perfectamente templado al fuego y reforzado con aros de marfil; de un haz de largas flechas con puntas talladas en marfil, agudas y afiladas, astiles seleccionados entre los rebrotes largos, rectos y duros de determinados árboles de la llanura. Nadie sino él utilizaba aquella arma; los primitivos, Atto incluido,

sentían hacia ella un respeto sobrenatural.

Ahora caminaron sin prisa ni pausa por la amplia y hermosa llanura, repleta de árboles de muchas clases, donde abundaban los animales de todo género, dado que las fieras, continuamente perseguidas por los primitivos, se habían replegado un tanto hacia las colinas boscosas. Como llevaban comida preparada, no se detuvieron a cazar.

Un río grande y de buen caudal descendía por la mitad de la llanura. Lo atravesaron, con agua hasta la cintura y, en algún momento, casi hasta el pecho, cosa de dos kilómetros más allá del istmo delante de las cavernas de la pequeña península. Sus aguas eran cálidas y límpidas, descendían tranquilas y sus dos orillas estaban cubiertas de una densa vegetación. Al parecer, hasta no mucho antes había habido allí lagartos acorazados de terribles bocas, pero a la sazón ya sólo eran un recuerdo.

Al otro lado, la campiña se extendía riente y hermosa bajo el sol. Vieron volar sobre ellos, con majestuosidad, a un par de enormes aves que Talgor llamó águilas. Se colocaron a su derecha y siguieron volando en dirección a aquella colina de escasa altura y de formas peculiares, casi blanca, que Talgor parecía gustar de contemplar a veces, durante largas horas, como sumido en profundos pensamientos durante los cuales nadie se le podía acercar, ni la misma Astrea.

—Eso es lo que los muy antiguos denominaban un presagio fausto —dijo, al observar el vuelo de las águilas. Y no dijo por qué.

Más tarde cruzaron otro río más pequeño, de unos veinte a veinticinco metros de anchura y poco menos de un metro en su parte más profunda, cuyas aguas eran algo más rápidas y frías que las del anterior.

Iban ya llegando a aquella colina y Astrea supo que se encaminaban a ella. Eso la complació, a la vez que la intrigaba. ¿Conocería al fin la causa del interés que Talgor mostraba por aquella colina?

A simple vista parecía inaccesible, las grandes rocas blanco-grises de su cima semejabán una verdadera muralla. Pero cuando se lo dijo a Talgor obtuvo una sorprendente respuesta.

—Es accesible por su lado occidental.

—¿Te lo ha dicho Atto?

—Yo lo sé.

Astrea quedóse mirándole fijamente. ¿Cómo lo sabía? Hasta entonces, que ella supiera, no había venido solo hasta esta colina. Y sin embargo... Una vez más se dio cuenta de la potente excitación latente tras su apariencia fría y serena. Ella sólo era una Orden Segundo, no podía ni de lejos alcanzar a comprender a un Orden Primero; sin embargo, últimamente entre ambos habíase establecido una relación espiritual tan íntima, profunda y completa, que su sensibilidad alcanzaba a aprehender al menos una parte de aquel cerebro superior y sus designios, pensamientos, impulsos. Allí había un misterio, algo trascendental. Y tal vez Talgor la traía aquí, a esta colina, para comunicárselo.

En efecto, poco después, cuando apenas si habían iniciado la ascensión a la colina, donde, por cierto, parecía que por la ladera occidental era posible trepar sin demasiado esfuerzo hasta la cumbre, Talgor ordenó a los primitivos que se quedaran esperándoles y a ella que le siguiera. Y solos, reanudaron la ascensión.

Talgor caminaba como si, en efecto, conociera aquella colina. Iba despacio, a menudo deteniéndose para examinar el terreno cercano, o una roca, o volviéndose para contemplar la llanura que acababan de cruzar, la que se extendía hacia el río grande y más allá, en dirección a aquella alta montaña lejana. Su expresión era reconcentrada como nunca. Le ayudaba a sortear los obstáculos del camino, pero no pronunciaba palabra.

Y ella no se atrevía a preguntarle nada.

Hacía calor. Las águilas habían desaparecido, debían estar lejos. La ladera aparecía bastante arbolada, con árboles extraños, otros ya conocidos, como aquellos altos y rugosos troncos resinosos y copa rumorosa a los que Talgor, tan rápido en nombrar, denominaba pinos. No se tropezaban alimañas peligrosas, sólo algún que otro animal pequeño, aparte las muchas aves cantoras. De pronto, Astrea sintió sed y lo dijo.

—Ahora beberás. Sígueme.

Intrigada, ella obedeció. Talgor separóse hacia la izquierda y, no habrían avanzado cien pasos, cuando llegaron a una grieta, al pie de los acantilados, blanco- grises, frondosa de vegetación. Por allí manaba, rumorosa, una fuente. Y en su charco estaba bebiendo una pareja de ciervos jóvenes, macho y hembra, que no huyeron, aunque les habían oído llegar. Simplemente se quedaron mirándoles con sus

ojos húmedos, lo cual, de por sí, ya era asombroso.

Talgor hizo cuenco con sus manos, llenándolas de agua, que le ofreció a Astrea. Cuando ella hubo bebido, sació él su sed. El agua era fresca y dulce, mucho mejor que la que bebían en el promontorio donde habitaban con los primitivos. Y la pareja de ciervos permanecía cerca, sin ningún temor. Astrea le señaló el hecho a Talgor con extrañeza.

—No comprendo por qué no huyen.

—Tal vez porque saben que no vamos a causarles daño. Sigamos hasta la cima.

Por fin llegaron. Astrea se vio en una explanada relativamente llana, a la que seguía otra, luego otra, escalonadas como si hubieran sido cortadas a nivel. Allí había bastante vegetación, eso era todo. Desde la parte superior sin duda debía divisarse toda la llanura, desde el mar a los montes.

Talgor se había detenido y lo examinaba todo de aquel modo intenso, con aquel resplandor tan extraño en las pupilas. Parecía transfigurado por algo que la mujer no podía comprender y ya la tenía en vilo. Pero no le dio tiempo a decidirse a preguntarle. Tomándola de la mano, la condujo hacia un bosquillo que crecía en la segunda terraza. Lo componían acaso una treintena de árboles, no altos, ni mucho menos, más bien achaparrados, de troncos extrañamente retorcidos, como atormentados, sugiriendo a la mente figuras monstruosas. Las hojas eran pequeñas, lanceoladas, estrechas; por un lado de color verde desvaído, por el otro, gris, de tal guisa que al removerlas el viento, semejaban como plateadas. Y tenían por frutos unas bayas pequeñas, de un color verde intenso. Talgor se detuvo debajo de uno de aquellos árboles y alargó la mano, tronchando una rama y tendiéndosela. Su voz tuvo potentes resonancias.

—Toma.

—¿Qué debo hacer? ¿Es comestible? ¿Qué árbol es éste?

—Vosotros, los del Orden Segundo, recibís en los primeros estudios un barniz de cultura general que comprende nociones someras acerca de todo. Además, por tu profesión debiste estudiar la antigua flora terrestre. Fíjate bien en esas hojas, en esos frutos. ¿No te recuerdan nada?

Súbitamente tensa, Astrea puso mayor atención en la rama. Y lentamente, a su cerebro llegó un recuerdo, algo realmente increíble,

prodigioso.

—Esto... esto parece... una rama de olivo como los que hubo en nuestro planeta en la Edad Oscura...

—Exacto. Es una rama de olivo, el árbol consagrado a la Paz por los antiguos. ¿Aún no lo has comprendido, Astrea?

—¿Comprender, qué?

—La evidencia puesta ante tus ojos. Mira este bosquecillo de olivos. Acuérdate de esos pinos majestuosos. De toda la fauna que llevas conocida, de toda esta flora.

Ahora, ella estaba comprendiendo. De hecho, se trataba de algo que andaba rondándole la mente como una inquietud primero vaga, más potente cada día, últimamente ya agobiadora, pero aún inexplicable. Era eso... Era eso...

—¿Quieres decir... que estamos en la Tierra?

—Al fin lo has comprendido. Sí, Astrea, estamos en la Tierra. Sólo que quince o veinte mil años antes de nuestra época.

—No... No...

—¿Por qué no? Deberías saber que el Tiempo, como el Espacio, sólo son conceptos absolutamente falsos, relativos, dos medidas que inventaron los hombres ya en los albores de las primeras civilizaciones para poder enmarcarlo todo dentro de la capacidad de asimilación de sus cerebros. Esa máquina que nos desintegró debería, según los cálculos de sus inventores y perfeccionadores, lanzarnos a través del Espacio Infinito. Nos ha lanzado a través del Tiempo Indefinido. En algún punto del mismo, el rayo, o los rayos, que nos transportaban chocaron con una simple onda de inversión, fuimos sencillamente rebotados, reexpedidos a nuestro planeta. Nos es absolutamente imposible saber a qué velocidad hemos viajado en nuestro viaje de ida y vuelta, ni tampoco sabemos, en nuestro mundo, el que nos obligaron a abandonar, cuántos Tiempos existen, ni cuántas Dimensiones. Desde que se proscribió al Supremo Hacedor como un viejo mito de la Edad Oscura, suplantándolo por la Ciencia, todo son preguntas sin respuesta, es la única verdad. Todo son Misterios Insondables.

Hizo una breve pausa y prosiguió, en el mismo tono profundo, sonoro y penetrante, sin que la aturdida mujer fuera capaz de reaccionar:

—No estamos en algún lejano e ignorado mundo que, por

increíble casualidad, posea idénticas características al que tenía el nuestro en los albores de las civilizaciones; estamos en nuestra vieja y amada Tierra, sólo que, al retornar a ella, hemos sido enviados hacia atrás en el tiempo terrestre. Es sencilla la explicación. Tomas un espejo, lo enfocas al sol, recibes su luz y la reflejas, enviándola a un lugar distinto, trasladándola automáticamente en el espacio terrestre; pues lo mismo nos ha ocurrido, pero en el tiempo. Podíamos haber sido lanzados a diez mil, o veinte mil años por delante de nuestra propia época, acaso más cerca de la misma en unos cuantos siglos, o milenios. Lo que no podíamos era retornar a ella, como la luz reflejada por el espejo no puede devolverse exactamente al mismo punto solar de donde procede. Y eso es todo.

Hizo otra pausa y cogió con energía el brazo de la mujer, haciéndola moverse al compás de sus palabras.

—En términos de espacio terrestre nos encontramos exactamente a unos dos mil ciento veinte kilómetros al Este-Sureste de nuestra ciudad natal. Más exactamente aún, encima del punto simbólico donde dentro de miles de años nacerá la más bella y esplendorosa de todas las civilizaciones de la que nosotros denominamos Edad Oscura. ¿No te dice nada ese ramo de olivo?

—Estoy demasiado aturdida para comprender, Talgor. Y no poseo un cerebro semejante al tuyo.

—Entonces yo te lo aclararé. Tuve la primera premonición de la verdad el mismo día en que nos descubrimos en un mundo nuevo, allí, sobre la colina de la pequeña isla sagrada de los primitivos. Me resultaron sus contornos extrañamente familiares, pero entonces no hice caso a mis recuerdos. Luego, cuando comenzamos a navegar y a bordear islas, aquella idea arraigó en mi mente cada vez con más fuerza. Pero fue en aquella donde recalamos y comenzamos a actuar como dioses benéficos, donde comprendí la tremenda verdad. ¿Sabes por qué? Yo había estado en aquella isla, y en la que caímos, no hace aún ni seis meses del tiempo terrestre. Concretamente, en mi penúltimo viaje de investigación y meditación, antes de que mis colegas del Orden Superior me detuvieran y comenzaran a juzgarme.

—¿Dónde estamos, Talgor? ¿Cuál es nuestro destino?

—Acaso el más grande y magnífico que podía cabernos, como humanos. Y desde luego, para mí mucho más apetecible que el que me esperaba en nuestro tiempo. Caímos en la isla de Delos, en las Cicladas, en medio del mar Egeo de los antiguos, donde los viejos y bellos mitos hicieron nacer a Apolo, el Flechador, el dios solar, y a

Artemisa, su hermana, la Virgen Cazadora. Ahora mismo, Astrea, tú y yo nos encontramos sobre la colina de la Acrópolis de Atenas. ¿Te das cuenta? Aún no hace seis meses del tiempo terrestre yo me encontraba en este mismo lugar, rodeado de mármoles rotos y caídos, de silencio, desolación y soledad, teniendo a mi espalda, como un himno imperecedero, los restos del Partenón y a todo mi alrededor una llanura calcinada, donde una vez existió la ciudad de nombre más resonante de la Edad Oscura y sólo quedaban, acá y allá, restos de restos cubiertos por una tierra estéril que comenzaba, tras mil años de no conocer ninguna clase de vegetación, a verdear de nuevo en una promesa de resurrección. Nada de nada, lo mismo que ahora. Pero ahora la Tierra es verde y está llena de vida, de ruidos, de esperanzas y posibilidades inmediatas. Ahora los hombres son aún poco más que bestias, se devoran ritualmente entre sí, pero todavía no aprendieron a aniquilarse por millones y millones, menos aún a autodestruirse como especie y convertir su mundo en un desierto estéril. Ahora tú y yo, Astrea, somos dioses en un mundo tierno y magníficamente moldeable. ¿Lo comprendes, Astrea, lo comprendes? Ahora somos dioses, los dioses que por siglos y siglos venerarán generaciones y generaciones de humanos, cuando el relato de nuestra llegada desde el Sol vivificador ya sólo sea un minúsculo grano de verdad, envuelto en inmensidades de mitos. El Supremo Hacedor nos ha hecho un magnífico regalo, Astrea, una nueva vida donde seremos dioses y podremos realizar todo aquello que anhelaban nuestros corazones; lo que ni tú ni yo hubiéramos logrado en nuestro mundo sin alma, todo ciencia y tecnoburocracia.

Se había transfigurado, parecía haber cobrado mayor estatura. Y a los ojos de la mujer apareció, en efecto, como un ser superior, como un dios. Ella no podía ahora pensar, ni hablar, sólo sentir. También estaba sintiéndose transfigurada, porque, y eso sí podía entenderlo muy bien, la Gran Promesa cuyas puertas acababan de abrirse tenía un claro nombre. Amor.

Quedaron allí, a solas consigo mismos y con todo lo que dentro de ellos existía, en la cima de la pequeña colina calcárea, junto al bosquecillo de olivos silvestres.

En la colina de la Acrópolis, diez, o tal vez quince mil años antes de Pericles y de Fidias. En el Tiempo Inconcreto. Dioses.

FIN

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

Una
ventana
abierta al futuro
gracias a la pluma
de unos autores
que constituyen
para los aficio-
nados a
la

"CIENCIA-FICCION"
la mejor garantía de calidad



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España
Printed in Spain